

### Prólogo del autor

En su gran trabajo, *La formación de Irlanda y su ruina*, la única contribución a la historia irlandesa conocida que responda a los métodos de la ciencia histórica moderna, la autora, Stopford Green, al ocuparse del efecto de la dispersión de la raza irlandesa sobre Irlanda en tiempos de Enrique VIII e Isabel, la consiguiente destrucción de la cultura gaélica y la ruptura con la tradición y el derecho gaélicos, señala cómo los irlandeses educados en escuelas en el extranjero abandonaron o desconocían totalmente el patrimonio de la antigua Erin, y, por tanto, no sentían simpatías por el espíritu de las Leyes Brehon [1], ni por el orden social del que éste era expresión jurídica. Dice que ellos “inculcaban la teoría, *tan antagónica a la ley inmemorial de Irlanda*, de que sólo de los viciados sumideros de la herejía podía proceder la idea de que el pueblo irlandés podría elegir un gobernante y conferir autoridad suprema a quien quisiera”. En otras palabras, el nuevo irlandés, educado según las normas extranjeras, habría adoptado como suyo el sistema feudal-capitalista de Inglaterra, convirtiéndolo en un exponente para Irlanda y así lo impuso al irlandés gaélico. Cuando la dispersión de los clanes, consumada por Cromwell, significó la ruina de la Irlanda gaélica, la totalidad de la educación superior de los irlandeses a partir de ese momento siguió este canal extranjero y estuvo marcada por este tinte.

En otras palabras, la cultura gaélica de los caudillos irlandeses se rompió violentamente en el siglo XVII y, en su lugar, en las mentes de los estudiantes irlandeses se implantaron las escuelas continentales de los déspotas europeos, después les enviaban de regreso a Irlanda para predicar la fanática creencia en las prerrogativas reales y feudales tan ajena al genio de Gael como el dominador inglés al suelo irlandés. ¡Cuánta luz arrojó esta obra sobre la historia de Irlanda de los siglos XVIII y XIX! ¡Y qué comentario sobre el auténtico origen de la llamada “veneración irlandesa a la aristocracia”, sobre la que escriben tan elocuentemente los charlatanes burgueses de la literatura irlandesa! Se puede ver cómo esta veneración era tan exótica, tan importada, como la casta aristocrática a la que se veneraba. Ambas eran

“... nauseabundas flores extranjeras  
sembradas aquí para envenenar nuestros campos”.

Pero esta insidiosa mentira sobre las tendencias aristocráticas de los irlandeses se ha implantado tan profundamente en el pensamiento irlandés, que su erradicación de las mentes de la población costará mucho tiempo, como conseguir que los irlandeses comprendan que toda la concepción de la historia irlandesa ortodoxa de los últimos doscientos años era una traición y un abandono de las mejores tradiciones de la raza irlandesa. No hay duda de que es así. ¡Examinemos

esta cuestión un poco más a fondo!

De la misma manera que un arroyo no se puede salir de su curso, también es cierto que, una literatura nacional no puede elevarse por encima del nivel moral, ni de las condiciones sociales del pueblo del que deriva su inspiración. Para comprender la literatura nacional de un pueblo debemos estudiar su situación social y política, teniendo en cuenta el hecho de que sus escritores son un producto de las mismas, que los hijos de sus cerebros se concibieron y nacieron en unas condiciones históricas concretas. Irlanda, al mismo tiempo que perdía su antiguo sistema social, perdía también su lenguaje como vehículo de pensamiento de quienes actuaban como sus dirigentes. Como resultado de esta doble pérdida, el desarrollo de la nación sufrió, social, nacional e intelectualmente un prolongado anquilosamiento. Durante los últimos años del siglo XVII, todo el siglo XVIII y la mayor parte del XIX, el pueblo irlandés fue, social y políticamente, el más bajo ilota de Europa. El campesino irlandés, privado de su posición de miembro de un clan propietario de sus tierras tribales y controlando su administración junto a sus compañeros, pasó a ser un mero arrendatario, sometido al desahucio, a la deshonra y el atropello a manos de un irresponsable propietario privado. Políticamente no existía, legalmente carecía de derechos, intelectualmente se hundía bajo el peso de la humillación social y se resignaba al doloroso pozo de la pobreza. Había sido conquistado y sufría las terribles consecuencias de la derrota a manos de una clase dirigente y una nación que siempre han actuado siguiendo la máxima romana: “*Vae Victis!*” (¡Ay de los vencidos!)

Para más humillación, aquellos de su nombre y raza que consiguieron escapar de la ruina general y enviaron a sus hijos a educarse en escuelas extranjeras descubrieron, con el regreso de aquellos “gansos salvajes” a su hábitat natural, que los embarcados hacia Francia, Italia o España, llenos de odio hacia la Corona inglesa y el destacamento de terratenientes ingleses en Irlanda, regresaban como meros seguidores católicos de un pretendiente al trono inglés, utilizando el prestigio de su educación extranjera para desacreditar las ideas gaélicas de igualdad y democracia, implantando en su lugar, en las mentes de la joven generación de entonces, ideas feudales acerca del derecho divino de los reyes a gobernar y de los súbditos a obedecer incondicionalmente. Los estudiantes irlandeses en las universidades del continente fueron el primer producto de un plan, que el Papado sigue llevando a cabo con su acostumbrada maestría y persistencia —una persistencia a la que importa poco el paso de los siglos—, un plan que considera la Irlanda católica simplemente como un instrumento a utilizar en la reconquista espiritual de Inglaterra para el catolicismo. Fracasó, ridículamente, en su intento de lograr que un solo trabajador irlandés, en la ciudad o en el campo, moviese un dedo por la causa de los Estuardo en los años de las rebeliones escocesas de 1715 y 1745, aunque también les impidió mover un dedo por su propia causa o aprovecharse en algo de las rencillas civiles de sus enemigos. Hizo más. Mató a la Irlanda gaélica; un católico de habla irlandesa no tenía ningún valor como misionero del catolicismo en Inglaterra, y un campesino que atesorase la lengua de sus padres podía sentir también cierto respeto por los principios de la política social y la civilización bajo las cuales sus antepasados vivieron y prosperaron durante innumerables años. Y estos principios eran,

incluso, más desagradables para los mecenas franceses, españoles o papales de las escuelas irlandesas en el continente que para los monarcas ingleses. Así pues, los irlandeses pobres no eran sólo parias en el sistema social de su tiempo, sino que tampoco podían esperar el resurgimiento de la vida intelectual a través de las conquistas de sus hijos. A estos últimos se les enseñaba a despreciar el lenguaje y tradiciones de sus padres.

Fue en este o durante este período cuando al campesino irlandés se le aplastó al punto más bajo, cuando lo más que podía esperar era que le compadecieran, igual que se compadecía a los animales; fue en este período cuando nació la literatura irlandesa en inglés. Esta literatura irlandesa no estaba escrita para los irlandeses como sí era el caso de la auténtica literatura irlandesa, escrita por irlandeses y sobre irlandeses, sino que era para el consumo de ingleses o anglo-irlandeses.

Por tanto, se podría decir que el irlandés en la literatura inglesa nació con una disculpa en la boca. Sus creadores no conocían nada del irlandés libre e independiente de la Irlanda gaélica, pero sí sabían del irlandés conquistado, robado, esclavizado, embrutecido, desmoralizado, el producto de generaciones de dominio terrateniente y capitalista, se apoderaron de él, lo colocaron ante la mirada del mundo y pidieron a las naciones que lo aceptasen como el verdadero tipo irlandés.

Si se inclinaba ante un representante de la realeza con una sumisión *abyecta* nacida de cien años de ilegalidad política y de formación en ideas extranjeras, se señalaba su humillación con orgullo, como una muestra de “la antigua fidelidad celta a los monarcas hereditarios”; si, con la memoria de las perennes hambrunas, los desahucios, las cárceles, las ejecuciones y los arrendamientos precarios obscureciendo su cerebro, se humillaba ante las clases más altas o se pegaba como un perro a sus fortunas personales, su adulación era citada como una manifestación de “la antigua veneración irlandesa hacia la aristocracia”, y si la continua inseguridad de su vida despertaba en él un deseo feroz de posesión de un trozo de tierra para salvaguardar a sus seres queridos, en un sistema donde la tierra era la vida, este recién nacido ansia de tierra se pregonaba triunfalmente como prueba del “apego irlandés al principio de la propiedad privada”. Se debe entender que ahora no hablamos de los calumniadores ingleses del irlandés, sino de sus apologistas irlandeses. El difamador inglés nunca hizo tanto daño como éstos auto-constituidos diseñadores del carácter irlandés. El difamador inglés rebajaba a los irlandeses ante los ojos del mundo, pero sus profesores y escritores irlandeses de clase media los rebajaban ante sus propios ojos de la clase media, les rebajaba a sus propios ojos, ensalzando como virtud irlandesa cualquier vicio adulador engendrado por generaciones de esclavitud. En consecuencia, cuando un irlandés, campesino, trabajador o artesano, se agrupaba con sus compañeros para enfrentarse a sus opresores en defensa de su derecho a vivir de la tierra de sus padres, las clases “respetables” que habían embebido ideas extranjeras deploraban públicamente su actuación y de manera empalagosa lo atribuían a los “efectos malignos del equivocado modo inglés de

gobernar el carácter irlandés"; pero cuando ocasionalmente un irlandés, abandonando todas las tradiciones de su raza, saltaba por encima de sus compañeros para alcanzar riqueza o posición, se apoyaba su carrera como muestra de lo que podían hacer los irlandeses en circunstancias favorables. Los siglos XVII, XVIII y XIX fueron, en realidad, la Vía Dolorosa de la raza irlandesa. En ellos, el gaélico irlandés naufragó completamente y, en su lugar, los políticos de clase media, los capitalistas y los eclesiásticos trabajaron para producir un irlandés híbrido, que asimilara un sistema social, un idioma y un carácter extranjeros. En el esfuerzo por asimilar los dos primeros el irlandés, desgraciadamente, tuvo demasiado éxito, tanto, que hasta el día de hoy la mayoría de los irlandeses no saben que sus padres conocían desde siempre otro sistema de propiedad y los irlandeses de la propia Irlanda se agarran lastimosamente a su lengua materna con el vacilante acento de un extranjero. Afortunadamente, el carácter irlandés ha demostrado ser demasiado difícil de meter dentro de los respetables moldes extranjeros, el retroceso de ese carácter del abrazo mortal del convencionalismo capitalista inglés, igual que ha llevado a una revaluación del gaélico, que con toda probabilidad también llevará a un nuevo estudio y apreciación del sistema social bajo el cual el gaélico alcanzó el punto más elevado de civilización y cultura en Europa.

En la reconversión de Irlanda al principio gaélico de propiedad común de un pueblo de sus fuentes de alimentación y mantenimiento, el peor obstáculo a vencer será la oposición de los hombres y mujeres cuyas ideas sobre el carácter y la historia de Irlanda proceden de la literatura anglo-irlandesa. Esta literatura, tal como hemos explicado, nació en las peores agonías de la esclavitud de nuestra raza, lleva sobre sí todas las marcas de nacimiento de ese origen, pero la mayor de las ironías es que estas marcas de nacimiento de esclavitud son aclamadas por nuestros maestros como "las características nativas de los celtas".

Una de estas marcas de nacimiento esclavo es la creencia en el sistema capitalista de la sociedad; el irlandés se libera de esta marca de esclavitud en el momento en que es consciente de la realidad de que el capitalismo es lo más extraño a Irlanda.

De aquí que durante más de doscientos cincuenta años, hayamos tenido en Irlanda el sorprendente fenómeno de irlandeses de las clases medias y altas inculcando a los trabajadores irlandeses, como un deber sagrado nacional y religioso, la necesidad de mantener un orden social contra el que sus antepasados gaélicos habían luchado, a pesar de las celdas de las prisiones, el hambre y la espada, durante más de cuatrocientos años. Contrariamente al proceder de los normandos establecidos en Irlanda, de quienes se dijo que habían llegado a ser "más irlandeses que los irlandeses", las clases propietarias irlandesas se hicieron más inglesas que los ingleses y así han continuado hasta nuestros días.

Por tanto, creemos que este libro, al intentar describir la actitud de las masas desposeídas del pueblo irlandés en la gran crisis de la historia moderna

de Irlanda, podría considerarse justamente como parte de la literatura del renacimiento gaélico. Así como la lengua gaélica, despreciada por las clases propietarias, buscó y encontró su fortaleza en los corazones y los hogares de las "órdenes inferiores", para renacer a partir de ahí, el escritor cree que será un lugar en la civilización mayor y más duradero de lo que fue antaño, como dicen las palabras de Thomas Francis Meagher, las mismas "chozas miserables han sido los sagrados altares, en que las tradiciones y las esperanzas de Irlanda se han atesorado y transmitido".

El patriotismo apóstata de la clase capitalista irlandesa, elevándose sobre la ruptura con la tradición gaélica, rechazará, por supuesto, esta concepción y, saturado de extranjerismos, continuará arrojando el epíteto de "ideas extranjeras" contra la democracia irlandesa militante. Pero el actual renacimiento céltico de Irlanda, si lleva como debería ser, a una reconsideración y a un estudio más analítico de las leyes y la estructura social de Irlanda antes de la invasión inglesa, entre otros buenos resultados tendrá también el siguiente: confirmará y establecerá la verdad de esta concepción. Hasta ahora, el estudio de la realidad social de Irlanda ha estado viciado por un gran error. Para una descripción e interpretación de la vida social y las costumbres irlandesas, el estudio dependía totalmente de la descripción e interpretación realizadas por hombres que carecían completamente de conocimientos y visión sobre los hechos y el espíritu de las cosas que intentaban describir. Imbuidos de la concepción del orden social feudal o capitalista, los escritores se esforzaban siempre por explicar las instituciones irlandesas en los términos de un orden de cosas respecto al cual dichas instituciones eran completamente ajenas. Los títulos irlandeses, indicativos de la función en la sociedad representada por sus titulares, eran explicados por los escritores mediante lo que ellos pensaban que eran títulos análogos en el orden feudal de Inglaterra, olvidando el hecho de que, dado que una forma de sociedad era la antítesis de la otra y no su imagen, la primera serie de títulos no podría tener el mismo significado que la otra, y mucho menos ser una traducción de la misma.

El mismo error, en gran parte, fue cometido en América por los primeros conquistadores españoles, cuando intentaron describir los sistemas sociales y políticos de México y Perú, con los mismos resultados, es decir, provocar una confusión casi interminable en cualquier intento de comprender tal y como era la vida en aquellos países antes de la conquista. Los escritores españoles no podían elevarse mentalmente por encima de la estructura social de Europa occidental, de ahí sus maravilloso y extraños relatos sobre despóticos "emperadores" y "nobles" peruanos y mexicanos, donde en realidad existía el sistema familiar elaboradamente organizado de un pueblo no implicado aún completamente en el Estado político. No se pudo hacer hasta que la publicación de la monumental obra de Morgan, *La sociedad primitiva*, que fue la llave para el estudio de la civilización nativa americana, se encontró en manos del estudiante. La misma llave que abrirá, sin embargo, las puertas que encierran el secreto de nuestra civilización nativa celta, y así será posible que todos puedan tener una mayor

comprensión de la misma.

Mientras tanto, deseamos presentar a nuestros lectores las dos proposiciones en las que se basa este libro, proposiciones que creemos engloban al mismo tiempo los frutos de la experiencia del pasado y el pensamiento maduro del presente, sobre los puntos en consideración.

Primero, que en la evolución de la civilización, el progreso de la lucha por la libertad nacional de cualquier nación sometida debe, forzosamente, mantener el ritmo con el progreso de la lucha por la libertad de la clase más sometida en esa nación, y que el cambio de las fuerzas económicas y políticas que acompañan al desarrollo del sistema de sociedad capitalista lleva inevitablemente al creciente conservadurismo del elemento no trabajador, y al vigor y potencia revolucionaria de la clase obrera.

Segundo, que el resultado de la larga y dilatada lucha de Irlanda ha sido, hasta ahora, la desaparición del antiguo caciquismo, o, a través de sus degenerados descendientes, llegaron a aceptar la injusticia, convirtiéndose en parte integrante de los partidarios del orden establecido; la clase media, nacida en medio de la lucha nacional, como sucedió en 1798, debido al peso de la rivalidad económica de Inglaterra, aupada de golpe a la posición de dirigentes revolucionarios contra el despotismo de sus competidores industriales, también se ha inclinado ante Baal, y tiene ya mil lazos económicos en forma de inversiones que la atan al capitalismo inglés y en contra de cualquier ligazón sentimental o histórica que le pudieran empujar hacia el patriotismo irlandés; sólo la clase obrera irlandesa se mantiene como heredero incorruptible de la lucha por la libertad en Irlanda.

A esa clase obrera irlandesa invicta va dedicado este libro escrito por alguien que pertenece a sus filas.

James Connolly

## **Capítulo I**

### **Las lecciones de la historia**

*“¿No es la historia sino una fábula aceptada por muchos?”*

Napoleón

En sí mismo resulta significativo que el escritor tenga que hacer un comentario sobre el papel subordinado que se asignaba al trabajo en la política irlandesa, y que para beneficio de sus lectores considere necesario explicar su propósito antes de exponer en detalle la posición de los trabajadores irlandeses en el pasado y las lecciones que se derivan de un estudio de esa posición para guiar el movimiento de la clase obrera hoy en día. Si la historia fuese lo que debería ser, un reflejo literario preciso de los tiempos que pretende tratar, las páginas de historia se verían, casi en su totalidad, engrosadas con un recital de los errores y las luchas del pueblo trabajador, que constituye, y siempre ha constituido, la gran masa de la humanidad. Pero la historia, en general,

trata a la clase obrera como el manipulador político trata al trabajador, es decir, con menosprecio cuando permanece pasivo, y con escarnio, odio y tergiversación, cuando se atreve a manifestar el deseo de acabar con el yugo de la servidumbre política o social. Irlanda no es una excepción a la regla. La clase dominante siempre ha escrito la historia de Irlanda en interés de la propia clase dominante.

Siempre que surgió la cuestión social en la historia irlandesa moderna, siempre que la cuestión del trabajo y sus errores figuraron en los escritos o discursos de nuestros políticos irlandeses modernos, fue simplemente porque podían ser utilizados como armas en la guerra contra un adversario político, y en absoluto porque la persona que las utilizó estuviera personalmente convencida de que la esclavitud del trabajo fuese un mal en sí misma.

Este libro pretende, en primer lugar, demostrar esa afirmación. Demostrarla mediante una referencia a la evidencia –documental y de otro tipo–, que ilustre el estado de la clase obrera irlandesa en el pasado, la casi total indiferencia de nuestros políticos irlandeses ante los sufrimientos de las masas de la población y la verdadera esencia de muchas de las agitaciones políticas que ocuparon el campo de batalla durante los siglos XVIII y XIX. Se presta especial atención al período anterior a la Unión y se aportan pruebas relacionadas con la situación de Irlanda antes y durante la existencia del Parlamento de Grattan [2]; sobre la condición de los trabajadores en el campo y en la ciudad, y la actitud hacia el trabajo adoptada por políticos de todos los lados, ya fuesen patriotas o arribistas políticos. En otras palabras, nos proponemos hacer lo que esté en nuestra mano para compensar el abandono de la cuestión social por parte de nuestros historiadores y preparar el camino con el fin de que otras plumas, más hábiles que la nuestra puedan demostrar al lector la forma en que las condiciones económicas han controlado y dominado nuestra historia irlandesa.

Pero, como introducción a este ensayo, es necesario recapitular algunos de los hechos más destacados de la historia sobre los que siempre hemos insistido y que son esenciales para tener un conocimiento más profundo de la “cuestión irlandesa”.

Políticamente, Irlanda ha estado bajo el control de Inglaterra durante los últimos 700 años, durante la mayor parte de ese tiempo el país ha sido escenario de constantes guerras por parte de los nativos irlandeses contra el dominio inglés. Hasta el año 1649, estas guerras se complicaron debido a que iban dirigidas tanto contra el orden político como *social* reconocido por el invasor inglés. Puede que sorprenda a muchos lectores saber que, hasta la fecha antes mencionada, la base de la sociedad en Irlanda, excepto dentro del Pale (una pequeña franja de territorio alrededor de la capital, Dublín), descansaba sobre la propiedad comunal o tribal de la tierra. El jefe irlandés, aunque era reconocido por las cortes de Francia, España y Roma como igual ante los príncipes reinantes en Europa, en realidad, mantenía su posición gracias a la tolerancia de su pueblo, como un administrador de los asuntos tribales de su pueblo, mientras que la tierra o territorio del clan estaban completamente apartados de su jurisdicción privada. En las zonas de

Irlanda donde durante los 400 años posteriores a la primera conquista (así llamada), los gobernadores ingleses no podían entrar, excepto cuando iban al frente de un poderoso ejército, el orden social vigente en Inglaterra —el feudalismo— era desconocido, y como estas zonas comprendían la porción más grande del país, con el tiempo llegó a entenderse que la guerra contra el opresor extranjero también representaba una guerra contra la propiedad privada de la tierra. Pero en 1649, con la disolución forzosa del sistema de clanes, el aspecto social de la lucha irlandesa desapareció de la vista, su lugar fue usurpado por meras expresiones políticas de la lucha por la libertad. Este hecho, por supuesto, era en cualquier caso inevitable. La propiedad comunal de la tierra, indudablemente, habría dejado paso al sistema de propiedad privada del terrateniente-capitalista, incluso cuando Irlanda hubiera permanecido como país independiente. Al ocurrir esto debido a la presión de la fuerza armada exterior, en lugar de por la actuación de fuerzas económicas internas, el cambio ha provocado un amargo y justo resentimiento entre la amplia masa del pueblo irlandés, muchos aún mezclan con sus sueños de libertad el anhelo de regresar al antiguo sistema de tenencia de la tierra, ahora orgánicamente imposible. La dispersión de los clanes, por supuesto, puso fin al liderazgo de los jefes y, en consecuencia, *la aristocracia irlandesa en su totalidad es de origen extranjero o traidor*, los movimientos patrióticos irlandeses recaían completamente en manos de la clase media y se convertían, en su mayor parte, en simples expresiones idealizadas de los intereses de esta clase media.

Por tanto, los portavoces de la clase media, en la prensa y en la tribuna política, han buscado, consecuentemente, la mutilación del movimiento nacional irlandés, la distorsión de la historia irlandesa y, sobre todo, la negación de toda relación entre los derechos sociales de los desposeídos irlandeses y los derechos políticos de la nación irlandesa. Se esperaba y pretendía por este medio, crear “un auténtico movimiento nacional”, es decir, un movimiento en que cada clase reconozca los derechos de las demás clases y, dejando a un lado sus desacuerdos, se unan en una lucha nacional contra el enemigo común: Inglaterra. Sobra decir que con tales frases la clase obrera fue la única engañada. Cuando se eliminan de la controversia pública las cuestiones de intereses “de clase” entonces el triunfo es para la clase poseedora, una clase conservadora, cuya única esperanza de seguridad reside en esa eliminación.

Como un fideicomisario fraudulento, el burgués nada teme más que una investigación imparcial y rigurosa sobre la validez de sus títulos de propiedad. De aquí que la prensa y los políticos burgueses se esfuercen incesantemente por inflamar la mente de la clase obrera hasta enfurecerla con cuestiones que van más allá del campo de mira de sus propios intereses de clase. Guerra, religión, raza, lenguaje, reforma política, patriotismo —aparte de los méritos intrínsecos que puedan poseer—, en manos de la clase poseedora todos sirven como contrairritantes, cuya función es evitar la catástrofe de la revolución social engendrando calor en aquellas partes del cuerpo político que alejan al proletariado de la

capacidad de realizar una investigación económica y, por consiguiente, de la conciencia de clase.

El burgués irlandés ha sido durante mucho tiempo adepto a tales maniobras y, debemos confesarlo, ha encontrado en sus compatriotas de la clase obrera un material excesivamente maleable. Durante los últimos cien años, cada generación en Irlanda ha presenciado un intento de rebelión contra el dominio inglés. Cada conspiración o rebelión ha arrancado la mayoría de sus partidarios de los órdenes inferiores de la ciudad y del campo, sin embargo, bajo la inspiración de un puñado de doctrinarios de la clase media, la cuestión social ha sido rigurosamente excluida del campo de acción cubierta por la rebelión, en el caso de que tuviera éxito, con la esperanza de que con esa exclusión sería posible conciliar a las clases superiores y reclutarlas para la lucha por la libertad. En casi todos los casos, el resultado ha sido siempre el mismo. Los trabajadores, aunque suministraban la parte mayor de reclutas para las filas de los revolucionarios y, por consiguiente, la mayoría de las víctimas para la prisión y el patíbulo, pero no pudieron ser imbuidos en masa con el fuego revolucionario necesario para poner a hacer peligrar seriamente un dominio implantado hace setecientos años en el corazón de su propio país. Todos tenían suficiente ansia de libertad, pero eran conscientes de las inmensas dificultades, además de contar con unos dirigentes que les decían de forma explícita *que no debían esperar cambio alguno en su condición de subordinación social, aunque tuvieran éxito*, sometidos a la prueba desertaban en bloque y dejaban solos a los más puros de mentes y caballerosos de su clase para que hicieran frente a los problemas y saciar la venganza del tirano, una advertencia para aquellos que en cualquier país olvidaran la verdad vital de que las revoluciones triunfantes no son el producto de nuestro cerebro, sino de la maduración de las condiciones materiales.

La clase alta también, despectivamente, hizo oídos sordos al encanto del patriota burgués. Ellos (la clase alta) se aferraban, como era natural, a su propiedad o tierra; bajo el poder protector de Inglaterra se sentían seguros de su posesión, pero de ninguna manera estaban asegurados contra su destino en caso de una insurrección revolucionaria victoriosa. La clase terrateniente, por consiguiente, se mantuvo decididamente leal a Inglaterra y, mientras los poetas y románticos de la clase media se entusiasmaban con la esperanza de una "unión de clases y credos", la aristocracia perseguía sus intereses privados frente a sus arrendatarios con una implacabilidad que amenazaba con despoblar el país, y llevó incluso a un periódico conservador inglés, el *London Times*, a declarar que "el nombre de un terrateniente irlandés apesta en las narices de la Cristiandad".

Bueno es recordar, como advertencia contra futuras necesidades similares, que la generación de terratenientes irlandeses que escucharon los elocuentes ruegos de Thomas Davis, era la misma que en los años del hambre "ejercitó sus derechos con una barra de hierro y renunció a sus deberes con una barra de latón".

La clase media baja en el pasado dio a la causa nacional muchos patriotas

desinteresados, pero, en conjunto, aunque deseaban y estaban dispuestos a complacer a sus humildes compatriotas y calmar su conciencia gritando más alto que nadie su incansable devoción a la causa de la libertad, como clase, se esforzaron incesantemente por desviar a la opinión pública hacia los caminos de la agitación constitucional por cualquier reforma que pudiese poner fin a la irritante e innecesaria burocracia, mientras mantenían inalterable la base de la esclavitud nacional y económica. Esta política les permite disfrazarse de patriotas ante la multitud irreflexiva y, al mismo tiempo, da mayor fuerza a sus palabras cuando, como “dirigentes patriotas”, desacreditan todo movimiento revolucionario que les exija mayores pruebas de sinceridad de las que puedan proporcionar la fuerza de sus pulmones, o mayores sacrificios de los que permitirían sus finanzas. En 1848 y 1867 los movimientos de la Joven Irlanda (*Éire Óg*) y el Movimiento Feniano, nos proporcionan una ilustración clásica de esta política de la clase media irlandesa.

Tal es nuestra visión de la política e historia irlandesas. Los capítulos siguientes presentarán ante nuestros lectores los hechos sobre los que se basa dicho punto de vista.

## Capítulo II

### Los Jacobitas y el pueblo irlandés

*“Si alguna vez hubo un período en que a los hombres en posiciones públicas les correspondía ser explícitos, si hubo alguna época en que esos azotes de la raza humana llamados políticos debían dejar a un lado su duplicidad y finura, debe ser en este momento. Estad seguros de que el pueblo de este país no soportará más que unas cuantas fracciones familiares jueguen con su bienestar; estad seguros que están convencidos de que su verdadero interés consiste en echar abajo a esos hombres que no tienen más objetivo que el de enaltecerse a sí mismos y a sus familias a expensas del pueblo, para situar en su lugar a hombres que representen a la nación, que rindan cuentas ante la nación y se ocupen de ella”.*

Arthur O'Connor, en la Cámara de los Comunes irlandesa  
4 de mayo de 1795

Puede decirse que la historia moderna irlandesa, propiamente entendida, comienza con el fin de las guerras Williamistas en el año 1691. Toda la vida política de Irlanda durante los siguientes doscientos años recibe su tono y sólo puede ser entendida a la luz de ese conflicto entre el rey James de Inglaterra y el pretendiente a su trono, William, Príncipe de Orange. Incluso hasta este momento y esta generación, la política irlandesa ha estado y está determinada en gran parte por la luz bajo la cual los diferentes sectores del pueblo irlandés contemplaban el prolongado conflicto que se cerró con la rendición de Sarsfield y la guarnición de Limerick ante las fuerzas del partido Williamista que les cercaban. No

obstante, nunca hubo en la historia de Irlanda una guerra en la que el pueblo irlandés tuviese menos razón para interesarse por uno u otro bando. Desgraciadamente, está fuera de toda duda que los católicos irlandeses de aquella época lucharon como leones por el rey James. Está fuera de toda duda que los católicos irlandeses vertieron su sangre como si fuese agua y perdieron sus riquezas como si fuesen polvo en su esfuerzo por mantener al rey James en el trono. Pero está igualmente fuera de toda duda que toda esta lucha nada tenía que ver con ellos; que el rey James era uno de los representantes más despiadados de la raza más despiadada que ha ocupado un trono; que el “pío, glorioso e inmortal” William era un mero aventurero que luchaba por cuenta propia, estando su ejército formado por los espadachines pobres de Europa, que se preocupaban tan poco por el protestantismo como por la vida humana; y que ninguno de los ejércitos tiene el menor derecho a que se le considere como un ejército patriota que combatía por la libertad de la raza irlandesa. Lejos de estar justificados los himnos de alabanza prodigados a Sarsfield y al ejército jacobita, es dudoso que una época más iluminada o patriótica que la nuestra no les condene poco menos que como traidores por su acción al apartar al pueblo irlandés de su obediencia a la causa de la libertad de su país, para arrojarles a una guerra en favor de un tirano extranjero —un tirano que, incluso en medio de las luchas en su favor, se opuso a los esfuerzos del parlamento de Dublín por anular la supremacía del parlamento inglés. La guerra entre William y James ofreció al pueblo sometido de Irlanda una espléndida oportunidad para hacer una proclama en favor de su libertad, mientras las fuerzas de sus opresores se desgarraban en una guerra civil. La oportunidad fue desechada y el pueblo sometido tomó posición en favor de las facciones opuestas de sus enemigos. La razón no es difícil de encontrar. Los caballeros y nobles católicos que en aquel momento tenían el liderazgo del pueblo de Irlanda eran, todos y cada uno de ellos, hombres que poseían una propiedad considerable en el país, propiedad a la que, a pesar de su catolicismo, no tenían ni más ni menos derecho que el más simple aventurero cromwelliano o williamista. Las tierras que poseían eran tierras que en tiempos antiguos pertenecieron al pueblo irlandés —en otras palabras, eran tierras tribales—. Como tales, era el campesinado —entonces reducido a la posición de mero arrendatario— el legítimo propietario del suelo, mientras que la caballería jacobita del rey James no era sino la descendencia de hombres que habían obtenido su propiedad en alguna antigua confiscación, como botín de conquista; de hombres que habían tomado posición con el opresor contra sus propios compatriotas y a quienes se permitió conservar su propiedad como fruto de la traición; o, finalmente, de hombres que habían accedido a solicitar del Gobierno inglés una merced que les diera un título personal sobre las tierras de su clan. No podía esperarse ninguna verdadera acción nacional de semejante combinación y, desde el principio al fin de su conducta pública, actuaron como una facción inglesa y tan sólo como una facción inglesa. Cualquiera que fuese el punto en que pudiesen estar en desacuerdo con los williamistas, estaban en perfecto acuerdo con ellos al

menos en un punto, es decir, que el pueblo irlandés debía ser un pueblo sometido; y se comprenderá fácilmente que, incluso aunque la guerra hubiera terminado con la completa derrota de William y el triunfo de James, el grueso de los irlandeses, bien como trabajadores del suelo o como nación, no habrían mejorado sustancialmente. El innegable patriotismo de los hombres de fila no altera la verdad de la situación.

Vieron solamente al nuevo enemigo inglés establecido en Irlanda; estuvieron, generosa pero estúpidamente, dispuestos a darle crédito con todas las virtudes y atributos de los irlandeses patrióticos (en inglés dice:

*They saw only the new enemy from England, the old English enemy settled in Ireland they were generously, but foolishly, ready to credit with all the virtues and attributes of patriotic Irishmen.*)

Para ilustrar todavía más nuestro punto de vista en cuanto al carácter de los dirigentes jacobitas en Irlanda, podemos aducir el resultado del gran reparto de tierra de Irlanda en 1675. Entonces fueron acotados once millones de acres, de los cuales cuatro millones estaban en posesión de colonos protestantes, como resultado de anteriores confiscaciones.

Este tipo de tierras nunca fueron molestadas, pero el resto fue distribuido del siguiente modo:

	Acres
A soldados que habían servido en la guerra irlandesa	2.367.715
A 49 oficiales	497.001
A aventureros (que habían prestado dinero).	707.321
A proveedores (a quienes se les había prometido tierra)	477.873
Al duque de Ormond y al coronel Butler	257.518
Al duque de York	169.436
A obispos protestantes ...	31.526

Las tierras que se dejaron a los católicos fueron distribuidas entre los caballeros" católicos del siguiente modo:

	Acres
A quienes fueron declarados "inocentes", es decir, a quienes no habían luchado por la libertad, sino que se habían alineado junto al Gobierno ...	1.176.570
A proveedores(tierra prometida) ...	497.001
Nombrados en posesión ...	68.260
Restituciones ...	55.396
A quienes fueron trasladados a Connaught, bajo James I	541.330

Se verá, pues, que, con la excepción de las tierras de Connaught, todas las tierras en manos de los católicos acomodados en toda Irlanda eran tierras ganadas del modo que antes describimos: como botín de la conquista o fruto de la traición. Incluso en esa provincia, las tierras de las gentes acomodadas fueron conseguidas bajo un arriendo feudal de la Corona inglesa, y, por consiguiente, sus propietarios entraron en un acuerdo directo con el invasor para invalidar los derechos de la comunidad del clan en favor de sus propias conveniencias personales. Aquí estaba, pues, la verdadera razón para la negativa de los dirigentes irlandeses de aquella época a levantar el estandarte de la nación irlandesa, en lugar de la bandera de una facción inglesa. No luchaban por la libertad para Irlanda, por la restitución de los derechos del pueblo irlandés, sino más bien para asegurar que la clase que entonces gozaba del privilegio de robar al pueblo irlandés no se viese obligada a dejar paso a su vez a una nueva horda de ladrones de tierra. Mucho se ha dicho de su intento de anular la Ley de Poyning (2) y, en otro sentido, por dar mayor fuerza legislativa a las resoluciones del Parlamento de Dublín, como si tales actos fuesen una prueba de su deseo sincero de liberar al país y no simplemente de asegurarse su propia tenencia de poder. Pero estas pretensiones de algunos escritores son únicamente otra prueba de la dificultad de comprender los hechos históricos sin tener un principio central que nos guíe y nos dirija en la tarea.

Para el beneficio de nuestros lectores podemos exponer aquí la clave socialista de las páginas de la historia, con el fin de que se comprenda más fácilmente por qué en el pasado las clases gobernantes se han propuesto en todo momento la conquista del poder político como garantía para su dominación económica o, para explicarlo con más sencillez, para la esclavitud social de las masas, y por qué la libertad de los trabajadores, incluso en un sentido político, será incompleta e insegura hasta que arranque a las clases gobernantes la posesión de la tierra y los instrumentos de producción de la riqueza. Esta proposición o clave para la historia, según fue establecida por Carlos Marx, el más grande de los pensadores modernos y el primero de los socialistas científicos, es la siguiente:

“Que en cada época histórica el modo dominante de producción, de intercambio económico y organización social que necesariamente se desprende de él, forman la única base sobre la que se puede explicar la historia política e intelectual de esa época”.

En Irlanda, en la época de la guerra Williamista, el “modo dominante de producción e intercambio económico” era el modo feudal basado en la propiedad privada de las tierras robadas al pueblo irlandés, y todas las luchas políticas del período se construyeron sobre los intereses materiales de un puñado de usurpadores que deseaban retener y otro puñado que deseaba obtener el dominio sobre esas tierras; en otras palabras, la aplicación de la mencionada clave al problema que plantea el Parlamento

jacobita del rey James, explica de una vez por todas la razón de los llamados esfuerzos patrióticos de los católicos acomodados. Sus esfuerzos iban dirigidos a la conservación de sus propios derechos de propiedad, así como contra el derecho del parlamento inglés a interferir en esos derechos o regularlos. El llamado parlamento patriótico era, en realidad, como cualquier otro parlamento que se haya sentado en Dublín, simplemente una colección de ladrones de tierra y sus lacayos; su patriotismo consistía en un esfuerzo por retener para sí mismos el botín sacado del campesinado nativo; la influencia inglesa contra la que protestaban era la influencia de sus compadres ladrones de Inglaterra, hambrientos de una parte del botín; y, debido a su lucha contra el gobierno del rey William, Sarsfield y sus seguidores no llegaron a ser patriotas irlandeses más de lo que llega a serlo un *whig* (3) irlandés fuera del gobierno, debido a su odio por los tories que están en él. Las fuerzas que se batieron junto a los muros de Derry o Limerick no eran las fuerzas de Inglaterra e Irlanda, sino las fuerzas de dos partidos políticos ingleses en pugna por la posesión de los poderes de gobierno; y los dirigentes de los expatriados irlandeses en los campos de batalla europeos no vertían su sangre por fidelidad a Irlanda, como pretenden creer nuestros historiadores, sino porque se habían comprometido con el bando derrotado de la política inglesa. Este hecho fue ilustrado completamente por la acción de los franco-irlandeses en la época de la Revolución Francesa y, como resultado, Europa fue testigo del espectáculo de los nuevos exiliados republicanos irlandeses luchando por la Revolución Francesa, y los hijos de los exiliados aristócratas irlandeses luchando bajo la bandera de Inglaterra para aplastar esa misma revolución. Es tiempo de que aprendamos a apreciar y valorar la verdad sobre esos asuntos y quitarnos de los ojos las telarañas tejidas a su alrededor por nuestros políticos escritores de historia, ignorantes e inescrupulosos.

Por otra parte, es igualmente necesario recordar que el rey William, cuando había sometido al fin a sus enemigos en Irlanda, mostró con sus acciones que él y sus partidarios estaban animados por el mismo sentimiento y las mismas consideraciones de clase que sus oponentes. Cuando la guerra terminó, William confiscó un millón y medio de acres y los distribuyó entre los saqueadores aristócratas que le siguieron del siguiente modo:

Entregó a Lord Bentick, 135.300 acres; a Lord Albemarle, 103.603; a Lord Coningsby, 59.667; a Lord Romney, 49.517; a Lord Galway, 36.142; a Lord Athlone, 26.840; a Lord Rochford, 49.512; al Dr. Leslie, 16.000; a Mr. F. Keighley, 12.000; a Lord Mountjoy, 12.000; a Sir T. Prendergast, 7.083; al Coronel Hamilton, 5.886 acres.

Estos son unos cuantos de los hombres cuyos descendientes, algunos irlandeses presuntamente sanos, imaginan que se convertirán en "nacionalistas" predicando una "unión de clases".

Tampoco debe olvidarse, aunque sólo sea como prueba de su

sinceridad religiosa, que el rey William otorgó 95.000 acres saqueados al pueblo irlandés a su favorita Elisabeth Villiers, Condesa de Orkney. Pero el virtuoso parlamento irlandés se interpuso, recuperó la tierra y la distribuyó entre sus amigos inmediatos, los aventureros irlandeses legitimistas.

### Capítulo III

#### Rebeliones campesinas

*“Permitir que una pequeña clase, sea extranjera o nativa, obtenga el monopolio de la tierra, es una injusticia intolerable; su puesta en práctica no es ni más ni menos un robo de las duras y laboriosas ganancias del pobre”.*

*Irish People (Órgano de la Hermandad Feniana), 30 de julio de 1864.*

En el capítulo anterior señalábamos que la guerra Williamista en Irlanda, desde Derry a Limerick, fue principalmente una guerra por el dominio sobre el pueblo irlandés, y que todas las cuestiones de libertad nacional o industrial fueron ignoradas por los dirigentes de ambos bandos; como si estuviesen, como dicen sus prototipos modernos, “más allá de la política práctica”.

Cuando la nación se había entregado una vez más a las tareas de la paz y todo temor a un levantamiento católico o jacobita había abandonado la mente, incluso del más timorato terrateniente de poca monta, los infortunados habitantes de Irlanda, católicos o protestantes, vieron claramente qué poca diferencia había representado la guerra respecto a su posición como clase sometida. El católico, que había sido tan estúpido como para adherirse al ejército de James, no podía, como es natural, esperar mucha consideración de sus conquistadores, y no recibió ninguna, pero tuvo la consolación de ver cómo la tropa de sus enemigos protestantes era tratada poco mejor que él, si es que se la trataba mejor. Cuando la hambrienta horda de aventureros que habían llenado compañías al servicio de William se habían hartado del botín por el que habían cruzado el canal, no mostraron más disposición a recordar las demandas del soldado común, con la ayuda de la espada que había subido al poder, que la que muestran nuestros gobernantes actuales cuando envían al asilo los restos esqueléticos de los pobres tontos que, con crimen y pillaje, ganaron para sus amos un imperio en India o África. En poco tiempo, los inquilinos protestantes y católicos ya sufrían la opresión común. Finalmente se decidió la cuestión de la supremacía política, el yugo de la esclavitud económica cayó cruelmente sobre las espaldas del pueblo trabajador. Todas las sectas religiosas padecieron igualmente por esta causa. Las leyes penales entonces en funcionamiento contra los católicos hacían la vida de los católicos propietarios más

insegura que si el caso hubiera sido distinto; pero para la amplia masa de la población, la miseria y la fatiga motivadas por la elaboración de leyes económicas llevaban consigo un sufrimiento mucho mayor del que podían infligir en cualquier momento las leyes penales.

De hecho, el efecto de estos códigos en el empobrecimiento de los católicos ricos se ha exagerado mucho. Los intereses de clase, que en todo momento unen al sector poseedor de la comunidad funcionaron en un nivel muy elevado, imposibilitando la aplicación del poder de persecución hasta sus últimos límites legales. Los católicos ricos eran tranquilamente tolerados y recibían, en general, de los protestantes ricos una cantidad de respeto e indulgencia que éstos en ningún momento extendían a sus arrendatarios o trabajadores. Hasta tal punto esto era cierto que, como los judíos, algunos católicos se hicieron famosos como prestamistas de dinero y en el año 1763 se presentó en la Cámara de los Comunes irlandesa un proyecto de ley para dar más facilidades a los protestantes que quisieran pedir dinero prestado a los católicos. El proyecto de ley proponía que los católicos pudieran llegar ser acreedores hipotecarios de propiedades de tierra, con el fin de que los propietarios que quisieran pedir dinero prestado pudiesen dar una hipoteca sobre sus tierras como garantía al prestamista católico. El proyecto de ley fue rechazado, pero su presentación demuestra lo poco que habían funcionado las leyes penales para impedir la acumulación de riqueza por parte de las clases poseedoras católicas.

Así, el sistema social de este modo firmemente enraizado en el suelo de Irlanda —y aceptado como legítimo por la clase dirigente sin diferencias de religión— fue un enemigo mayor de la prosperidad y felicidad del pueblo que cualquier legislación que pueda imaginar el fanatismo religioso. Los políticos irlandeses modernos, inspirados bien por una feliz ignorancia de los hechos de la historia o bien indiferentes hasta lo sublime ante sus enseñanzas, tienen el hábito de atribuir la fuente de la miseria de Irlanda a la Unión Legislativa, pero el conocimiento más superficial de la literatura anterior a la Unión revelará unos antecedentes de hambre, opresión e injusticia debidos a causas económicas, que no han sido superadas en ninguna otra etapa de la historia irlandesa moderna. Así, Swift, que escribía en 1729, en esa obra maestra del sarcasmo titulada: *Una modesta propuesta para impedir que los hijos de los pobres de Irlanda puedan convertirse en una carga para sus padres o su país, y para hacerles beneficiosos para el público*, quedó tan impresionado por el espectáculo de pobreza y miseria que, aunque no sentía amor por el pueblo, para el cual no encontró, en realidad, mejor nombre que “el viejo salvaje irlandés”, elaboró la acusación más vehemente y amarga de la sociedad de sus días— y el más impresionante cuadro de desesperación— jamás revelada por la literatura. He aquí, en realidad, su *Propuesta*:

“Es objeto de melancolía para quienes pasean por esta gran ciudad o viajan por el país, ver las calles, las carreteras y las puertas de los tugurios abarrotados de mendigos del sexo femenino, seguidos por tres, cuatro o seis niños, todos en harapos e importunando a todo viandante para pedirle una limosna. Yo, por consiguiente, propongo a la consideración pública que de los

ciento veinte mil niños ya computados, veinte mil sean reservados para la procreación... que los cien mil restantes, al alcanzar el año de edad, sean ofrecidos en venta a las personas de la calidad y fortuna de todo el reino, siempre que la madre les haya amamantado en el último mes, con el fin de entregarlos rollizos y gordos para una buena mesa. Un niño dará para dos platos en los convites a los amigos, y cuando la familia coma sola en los cuartos delanteros o posteriores, dará para un plato razonable; y condimentado con un poco de pimienta o sal, puede dar un buen cocido al cuarto día, especialmente en invierno... Ya he calculado que el coste de alimentar al hijo de un mendigo (en cuya lista incluyo a todos los trabajadores que viven en chozas y a cuatro quintos de los agricultores) es aproximadamente de dos chelines al año, harapos incluidos; y creo que ningún caballero se negaría a dar diez chelines por el corpachón de un niño bien gordo que, como he dicho, dará para cuatro platos de excelente carne nutritiva”.

¡Sarcasmo, realmente, pero qué terrible debe haber sido la miseria que hizo permisible este sarcasmo! Grande como sin duda fue, la sobrepasó doce años después de la hambruna de 1740, cuando se estima que perecieron de hambre o de las enfermedades provocadas por el hambre un número no inferior a 400.000. Esto puede parecer una exageración, pero la afirmación está ampliamente confirmada por testimonio de la época. Así, el obispo Berkeley, de la Iglesia Anglicana, escribiendo al señor Thomas Prior, de Dublín, en 1741, menciona que “el otro día escuché a uno del condado de Limerick decir que pueblos enteros estaban completamente despoblados. Dos meses antes escuché a sir Richard Cox decir que quinientos murieron en la parroquia, aunque se trataba de un condado, creo, no muy poblado”. Y un panfleto titulado: *Los gemidos de Irlanda*, publicado en 1741, afirma: “La escasez universal fue seguida de disentería y fiebres malignas, que barrieron a multitudes de todo género, hasta el punto de que pueblos enteros quedaron mermados”.

Esta hambruna, hay que subrayar, como toda hambruna moderna, solamente era atribuible a causas económicas; la sufría el hombre de todas las religiones y políticas; el rico de todas las religiones y políticas quedaba igualmente exento. Es también digno de mención, como ilustrativo de la manera en que los escribas a sueldo de las clases poseedoras han escrito la historia, que, mientras ha surgido una voluminosa literatura alrededor de las leyes penales –un tema de interés meramente póstumo– una cuestión de una importancia tan impresionante, tanto histórica como prácticamente, como las causas que provocaron el hambre irlandesa, no merece, no obstante, mención alguna, excepto nimias e inevitables referencias en la historia nacional.

El país no se había recuperado de los horribles efectos de esta hambruna cuando otro acontecimiento económico sumió a los habitantes en la más negra desesperación. Al atacar y destruir una enfermedad grandes cantidades de ganado en Inglaterra, los gobernantes aristócratas de ese país –temerosos de que la inminente subida del precio de la carne condujese a petición de mayores salarios por parte de las clases

trabajadoras de Inglaterra— levantaron el embargo de ganado, carne, mantequilla y queso irlandeses en los pueblos (**en el original es puertos**) ingleses, estableciendo así, parcialmente, el libre comercio de esos artículos entre los dos países. El resultado inmediato fue que todas esas provisiones alcanzaron tal precio en Inglaterra que, en comparación, el cultivo agrícola llegó a ser improductivo, y se llevaron a cabo todos los esfuerzos, por consiguiente, para transformar la tierra arable en caminos para los rebaños o tierras de pasto. La clase terrateniente comenzó por desalojar a sus arrendados, disolviendo las pequeñas granjas e incluso apoderándose de tierras comunales y pastos de los pueblos de todo el país, con los más desastrosos resultados para el pueblo trabajador y los labradores en general. Donde un centenar de familias había cosechado un sustento de sus pequeñas granjas o alquilando su trabajo a los propietarios de las grandes granjas, una docena de pastores ocupaban ahora su puesto. Inmediatamente surgieron por toda Irlanda, cantidad de sociedades secretas, en las que el pueblo desposeído se esforzó, mediante actos ilegales y métodos violentos, por contener la avaricia de sus amos e imponer su derecho a vivir. Se reunían en grandes grupos, generalmente a medianoche, y procedían a derribar cercas, desjarretar ganado, levantar los pastos dejándolos inútiles, quemar las casas de los pastores; y, en resumen, a sembrar el temor entre sus gobernantes para que abandonasen la política de pastos en favor del cultivo, y para que dieran más empleo a los trabajadores y más seguridad al labrador. Estas organizaciones secretas asumieron distintos nombres y frecuentemente adoptaron diferentes métodos, y ahora resulta imposible decir si poseían o no alguna organización coherente. En el sur se llamaron Whiteboys (muchachos blancos), por la costumbre de usar camisas blancas encima de sus ropas en sus expediciones nocturnas. Hacia el año 1762 colocaban sus proclamas en lugares visible del condado —especialmente Cork, Waterford, Limerick y Tipperay— amenazando con vengarse de aquellos que hubieran caído en su desgracia como ganaderos, expulsando a los terratenientes, etc.

Estas proclamaciones estaban firmadas por una mujer imaginaria, algunas veces llamada “Sive Oultagh”, otras “Reina Sive y sus súbditos”. El gobierno luchó contra estos pobres desventurados del modo más vengativo; ahorcando, fusilando, deportando sin piedad; invadiendo pueblos al anochecer en busca de sospechosos de pertenecer a los whiteboys, y arrastrando a esas pobres criaturas ante magistrados que nunca consentían en oír prueba alguna en favor de los presos, sino que les condenaba a cualquier castigo que su espíritu de clase o una digestión imperfecta pudieran dictarle.

El espíritu de la clase dirigente contra aquellos pobres esclavos en rebelión puede juzgarse por dos incidentes que ejemplifican cómo los propietarios católicos y protestantes se unían para fortalecer la justicia y mantener sus privilegios, incluso en una época en que se nos ha hecho creer que las leyes penales formaban una barrera insuperable para tal unión. En el año

1762, el gobierno ofreció la suma de 100 libras por la captura de los cinco primeros jefes Whiteboys. Los habitantes protestantes de la ciudad de Cork añadieron a dicha oferta 300 libras por el jefe y 50 libras por cada uno de sus cinco cómplices detenidos. Inmediatamente, los católicos ricos de esa ciudad añadieron a las sumas mencionadas una promesa de 200 libras por el jefe y 40 libras por cada uno de sus cinco primeros subordinados. Esto ocurría en una época en que un gobernador inglés, Lord Chesterfield, declaraba que si los militares hubieran matado tantos terratenientes como éstos a Whiteboys, habrían contribuido más efectivamente a restaurar la calma, una observación que transmite una ligera idea de la carnicería hecha entre el campesinado. No obstante, Flood, el gran “patriota” protestante, de quien David canta:

“Bendito sea Harry Flood, que noblemente nos defendió durante sombríos años”.

Denunció ferozmente al Gobierno, en la Cámara de los Comunes irlandesa, en 1763, por no dar muerte a suficientes Whiteboys. A eso lo llamó “clemencia”.

## Capítulo IV

### Revueltas sociales, milanos y cuervos políticos

*“Cuando la aristocracia avanza, el pueblo retrocede; cuando el pueblo avanza, la aristocracia, temerosa de quedarse atrás, se insinúa en nuestras filas y se elevará a tímidos líderes de auxiliares traidores”.*

Manifiesto Secreto de los Proyectores de la Sociedad Irlandesa Unida, 1791.

En el norte de Irlanda, las organizaciones secretas del campesinado eran conocidas variadamente como Oakboys (Muchachos de Roble) y Hearts of Steel o Steelboys (Corazones de Acero o Chicos de Acero). Los primeros dirigían sus esfuerzos, principalmente, contra el sistema de reparación forzosa de las carreteras, mediante el cual tenían que contribuir con su trabajo gratuito al mantenimiento de las carreteras del país; un sistema, ni que decir tiene, que ofrecía a los ricos del país todas las oportunidades de asegurarse mano de obra gratuita para el embellecimiento de sus propiedades y carreteras privadas con el pretexto de servir a fines públicos. La organización de los Oakboys era particularmente fuerte en los condados de Monaghan, Armagh y Tyrone. En un panfleto publicado hacia el año 1762 se relata un “levantamiento” del campesinado en el primero de los condados citados y las heroicas hazañas del oficial al mando de las tropas encargadas de suprimir dicho levantamiento de un modo que recuerda irresistiblemente los relatos actuales en los periódicos ingleses de las

expediciones de castigo del ejército británico contra el “pillaje” de las tribus montañosas de India o los dacoits (4) de Birmania. La obra se titula: *Descripción real y fidedigna de las recientes insurrecciones del norte, con una narración de la campaña del coronel Coote entre los Oakboys del Condado de Monaghan, etc.* El historiador cuenta cómo, al oír hablar del “levantamiento”, el valiente oficial británico partió con sus hombres hacia la ciudad de Castleblayney; cómo en el camino adelantó a numerosos grupos de campesinos que marchaban en la misma dirección, cada uno con una rama de roble o un ramillete prendido en su sombrero como signo de sus pérfidas simpatías; cómo al entrar en Castlebayney advirtió a la gente que se dispersara y sólo recibió réplicas provocativas e incluso manifestaciones hostiles; cómo se refugió entonces en el mercado y se preparó para su defensa si fuese necesario; y cómo, tras ocupar ese refugio toda la noche, se encontró a la mañana siguiente con que los rebeldes se habían retirado de la ciudad. A continuación viene una descripción de la entrada, igualmente valerosa, del general en la ciudad de Ballybay. Aquí se encontró con que todas las casas se le cerraban, cada casa exhibiendo una rama de roble en sus ventanas, y todo el pueblo parecía preparado para resistir hasta el final. Decidido, al parecer, a dar un ejemplo y provocar, así, el terror, el valiente soldado y sus hombres procedieron a detener al cabecilla, y tras una severa lucha consiguieron entrar en algunas chozas de los pobres y detener a algunas personas, que fueron arrastradas, por consiguiente, hasta la ciudad de Monaghan, para allí ser tratados de acuerdo con las formas de una ley en la que se excluía rigurosamente toda consideración de justicia.

Se nos informa que en la ciudad de Clones, la gente hizo frente a las fuerzas reales, en la plaza del Mercado, pero, por supuesto, fueron derrotados. Los Oakboys de Monghan fueron conducidos entonces a lo largo de las fronteras de su propio condado hasta Armagh, donde tomaron posiciones por última vez, pero fueron atacados y derrotados en una batalla campal, cuya severidad puede calibrarse por el hecho de que no se informó del número de bajas en el bando de las tropas.

Pero el sentimiento general del pueblo era tan profundamente contrario al sistema de trabajo obligatorio y gratuito en las carreteras, que el Gobierno abolió posteriormente su aplicación e instituyó un impuesto de carreteras que preveía el pago del trabajo necesario mediante una tasa sobre los propietarios e inquilinos de las propiedades del distrito. No hace falta decir que a los pobres campesinos, que sufrían martirio en prisión debido a sus esfuerzos para remediar lo que el Gobierno, mediante dicha legislación remediadora, admitió que era una injusticia, se les dejó pudrirse en sus celdas, destino usual de los pioneros de la reforma.

Los Steelboys eran una organización más fuerte, y tenían su cuartel general en los condados de Down y Antrim. Eran, en su mayoría, presbiterianos, y otros disidentes de la Iglesia establecida y, como los Whiteboys, su fin era la abolición o reducción de los diezmos y la restricción del sistema de unificación de las granjas para fines de pasto. Con frecuencia aparecían con armas y se movían con un cierto grado de disciplina, uniéndose de partes muy separadas, en obediencia, al parecer, a las órdenes de un centro común. En el año 1772, seis de ellos fueron detenidos y encerrados en la cárcel de Belfast. Sus asociados se

reunieron, inmediatamente, por millares y marcharon a la luz del día sobre esa ciudad, se hicieron dueños de ella, tomaron por asalto la cárcel y liberaron a sus camaradas. Esta atrevida acción provocó la consternación en las filas de las clases gobernantes, fueron despachadas tropas al lugar y se tomaron todas las precauciones para asegurar la detención de los dirigentes. De los numerosos presos que se hicieron, unos cuantos fueron seleccionados para ser juzgados, pero, ya sea como resultado de la intimidación o debido a la simpatía con los presos, difícil es decirlo, el jurado de Belfast se negó a condenarlos, y cuando la sede del juicio fue trasladada a Dublín, el Gobierno tuvo el mismo infortunio. La negativa de los jurados a condenarles fue debida, en gran parte probablemente, a la impopularidad de la ley entonces recién implantada para capacitar al Gobierno para juzgar a personas acusadas de ofensas agrarias en un condado que no fuera el suyo propio. Cuando esta ley fue retirada, las condenas y ejecuciones prosiguieron tan alegremente como antes. Muchos cadáveres campesinos pendieron de la horca y muchas vidas prometedoras fueron condenadas a marchitarse y decaer en los inmundos límites de la celda de la prisión para saciar la venganza de las clases dominantes. Arthur Young, en su *Vuelta a Irlanda*, describe así el estado de cosas contra el que se rebelaban esos pobres campesinos:

“Un terrateniente en Irlanda apenas puede inventar una orden que un sirviente, trabajador o labrador ose negarse a ejecutar... La falta de respeto o cualquier cosa que tienda a la insolencia, puede castigarla con su bastón o su fusta, con la seguridad más perfecta. Si un pobre osara levantar la mano en defensa propia, se le romperían los huesos... Terratenientes de importancia me han asegurado que muchos de sus labradores se sentirían honrados enviando a sus esposas e hijas a la cama de su amo —una señal de esclavitud que prueba la opresión bajo la cual deben vivir tales personas.”

El estudiante atento observará que los “patriotas” que ocupaban el estrado público en Irlanda durante el período que hemos tratado, ni una sola vez levantaron sus voces contra semejante injusticia social. Como sus imitadores hoy, consideraban la miseria del pueblo irlandés como palanca adecuada para la agitación política; y, como sus imitadores hoy, estuvieron dispuestos en todo momento a rebasar al Gobierno en su denuncia de todos aquellos que, más honestos que ellos, intentaban encontrar una cura radical para semejante miseria.

Debe observarse que la lucha del trío de patriotas —Swift, Molyneux y Lucas— fue simplemente una repetición de la lucha emprendida por Sarsfield y sus seguidores en su día —un cambio de personajes y de puesta en escena, en realidad, más no un cambio de carácter; una batalla entre milanos y cornejas.

Se vieron miembros de una clase privilegiada, que vivía del expolio del pueblo irlandés, pero pronto percibieron, con consternación, que no podían mantener su posición como clase privilegiada sin la ayuda del ejército inglés y, como pago por suministrar ese ejército, la clase dirigente inglesa estaba decidida a tomar la parte del león en el expolio. El Parlamento irlandés era, en esencia, una

institución inglesa; nada parecido existía antes de la Conquista. En este sentido, descansaba sobre los mismos cimientos que la institución de los terratenientes y los capitalistas y el hijo natural de ambos: la pobreza. Inglaterra envió una caterva de aventureros a conquistar Irlanda; al vencer, en parte, estos aventureros establecieron un Parlamento que arreglase las disputas entre ellos e impusiese medidas para robar a los nativos e impedir a sus colegas tiranos, que se habían quedado en Inglaterra, la exigencia del botín. Pero, con el paso del tiempo, la sección de ladrones de tierra que residía en Inglaterra reclamó su derecho a supervisar las acciones de los aventureros que estaban en Irlanda y, por consiguiente, a controlar su Parlamento. De aquí surgió la ley de Poyning y la subordinación del Parlamento de Dublín al Parlamento de Londres. Viendo que esta posición subordinada de su Parlamento capacitaba a la clase dirigente inglesa para despojar a los trabajadores irlandeses de los frutos de su sudor, los más clarividentes de la clase privilegiada de Irlanda se alarmaron, temerosos de que el proceso de despoja-miento fuese demasiado lejos y no dejase nada para que ellos engordaran.

Repentinamente, se convirtieron en patriotas, ansiosos de que Irlanda – que, en su fraseología, significaba la clase dirigente de Irlanda – se liberase del control de Inglaterra sobre el Parlamento. Sus panfletos y discursos y todos los pronunciamientos públicos, se dedicaban a contar al mundo lo más hermoso, equitativo y por completo más deleitable que sería para el pueblo irlandés verse robado en interés de una aristocracia nativa, en lugar de contemplar el penoso espectáculo de que esa aristocracia se viese obligada a repartir el botín con su rival inglés... Quizá Swift, Molyneux o Lucas ni siquiera se confesaron a sí mismos que tal era la base de su credo político. La raza humana ha mostrado en todo momento inclinación a disculpar sus más bajas acciones con una multitud de pretextos de todo tipo, e incluso cubrir sus iniquidades con el encanto de un falso sentimentalismo. Pero no tratamos con apariencias, sino con realidades y, para ser justos con nosotros mismos, debemos exponer la fútil sofistería que intenta conferir a una lucha sórdida y egoísta las apariencias de un movimiento patriótico. En oposición al movimiento del pueblo, los políticos patriotas y el Gobierno eran una masa íntegra.

En su lucha contra los diezmos, el campesinado de Munster, en 1786, hizo público un notable documento, que reproducimos aquí como ilustración del pensamiento provinciano en aquella época. Este documento fue reproducido en muchos periódicos de la época y reimpresso, asimismo, en un panfleto de octubre de aquel año.

### **Carta dirigida al campesinado de Munster**

“Para borrar la mala impresión producida por las calumnias de nuestros enemigos, pedimos licencia para presentaros nuestra demanda de protección de un género humano y humildemente solicitamos la vuestra, si dicha demanda os parece fundada en la justicia y el buen hacer.

“En toda época, país y religión, se permite que los clérigos engañen, usurpen y se aferren a sus prerrogativas mal adquiridas. A menudo, el choque de sus intereses y opiniones ha inundado con sangre cristiana esta isla desde antaño devota.

“Hace unos treinta años, nuestros infelices padres, fatigados hasta el límite del sufrimiento humano, luchando vanamente en el trabajo como leones cautivos, intentaron hacer pedazos sus cadenas, pero, en vez de conseguirlo, las hicieron más compactas. Exhausto por la sangrienta lucha, el pobre de esta provincia se sometió a su opresión, alimentando con su vida a todas las sanguijuelas destructoras.

“El lujoso párroco ahogó en el alboroto de su mesa los más amargos gemidos de aquellos miserables que su apoderado despojaba, y el remanente que le quedaba al pobre después de la rapiña del apoderado era rebañado, seguramente, por el rapaz cura; pero era blasfemia quejarse de él; el Cielo, pensábamos, debería lanzar su rayo para hacer estallar al miserable que escatimaba el reparto del Santo Padre. Saqueados de este modo por cualquier clérigo, teníamos motivo para desear nuevamente a nuestros Druidas.

“Al final, sin embargo, el Cielo piadoso tuvo a bien disipar la sombría nube de fanatismo que pendió sobre nosotros durante tanto tiempo. La liberalidad lanzó sus confortantes rayos e iluminó la choza del campesino, al igual que el espléndido salón; O'Leary nos dijo, claro como un fraile, que un Dios de amor universal no limitaría su Salvación a una sola secta y que el mejor título de la corona era la elección de los súbditos.

“Mejoradas así nuestra religión y nuestra política... decidimos evidenciar en cada ocasión el cambio de nuestros sentimientos y esperábamos conseguir el éxito en nuestros sinceros intentos. Examinamos la doble causa de nuestros males y debatimos largamente cómo eliminarlas, hasta que, finalmente, nuestros acuerdos concluyeron en esta protesta pacífica general.

“La humanidad, la justicia y la política dan fuerza a nuestra petición. En tanto el agricultor diezmero goce del fruto de nuestro trabajo, la agricultura decaerá, y en tanto el sacerdote opresor pida por el matrimonio más de lo debido, la población disminuirá.

“Que la ley se muestre amistosa hacia nosotros y nosotros lo seremos eternamente hacia ella. Nuestra sinceridad en el celo de nuestra devoción, una vez profesada, nunca fue puesta en cuestión, y nos atrevemos a decir que al campesinado de Munster jamás podrá imputársele semejante cosa.

“En una reunión muy numerosa y pacífica de los delegados del campesinado de Munster, celebrada el martes, 1 de julio de 1786, se acordaron unánimemente las siguientes resoluciones, a saber:

“Decidido: Que continuaremos oponiéndonos a nuestros opresores por los medios más justificados a nuestro alcance, bien hasta que se harten con nuestra sangre o hasta que la humanidad alce su voz iracunda en los consejos de la nación para proteger al campesino trabajador y aligerar su

carga.

“Decidido: Que la inconstancia de la multitud hace necesario para todos y cada uno de nosotros jurar que no pagaremos voluntariamente a sacerdote o clérigo más de lo siguiente:

“Patatas, primera cosecha, 6 chelines por acre; ídem, segunda cosecha, 4 chelines; trigo, 4 chelines; cebada, 4 chelines; avena, 3 chelines; pradería, 2 chelines, 8 peniques; matrimonio, 5 chelines; bautismo, un chelín, 6 peniques; confesión de cada familia, 2 chelines; misa dominical del párroco, un chelín; extremaunción, un chelín.

Firmado por decreto,  
William O'Driscoll,  
General del Campesinado de Munster”.

## Capítulo V

### El parlamento de Grattan

*“Las dinastías y los tronos no son la mitad de importantes que los talleres, las granjas y las factorías. Más aún, debemos decir que las dinastías y los tronos, e incluso los gobiernos provisionales, son buenos para cualquier cosa justamente en la medida en que aseguran juego limpio, justicia y libertad a los que trabajan”.*

John Mitchell, 1848.

Llegamos ahora al período de los Voluntarios. En este año, 1778, el pueblo de Belfast, alarmado por rumores sobre supuestos corsarios franceses, acudió al Secretario de Estado irlandés en el Castillo de Dublín a pedirle una fuerza militar que protegiese su ciudad. Pero el ejército inglés hacía tiempo que había sido destacado a Estados Unidos –entonces las colonias norteamericanas rebeldes de Inglaterra– e Irlanda estaba prácticamente vacía de tropas. El Castillo de Dublín respondió a Belfast con la famosa carta que afirmaba que la única fuerza disponible para el Norte era “una tropa o dos de caballería, o parte de una compañía de inválidos”.

Al recibir estas noticias el pueblo comenzó a armarse por sí solo y a organizar públicamente cuerpos de Voluntarios en todo el país. En poco tiempo Irlanda poseía un ejército de unos 80.000 soldados ciudadanos, equipados con todos los accesorios de guerra; adiestrado, organizado e igual, en todos los sentidos, a cualquier fuerza bajo el mando de un gobierno regular. Todos los gastos de **incorporación (embodiment, encarnación, en el original)** a este ejército voluntario se pagados mediante suscripciones de individuos privados. Tan pronto como había pasado la primera alarma de invasión extranjera, los Voluntarios volvieron su atención a los asuntos internos y comenzaron a formular ciertas reivindicaciones de reforma – demandas que el gobierno no tenía fuerza suficiente para resistir –. Con el

tiempo, tras una agitación de varios años por parte de los Voluntarios, frente a la intriga por parte del Gobierno, el partido “patriota”, dirigido por Grattan y Flood, y apoyado por la presión moral (?) de una parada de los Voluntarios junto a los muros del Parlamento, consiguió obtener de la legislatura un abandono temporal de la demanda planteada por el Parlamento inglés de imponer leyes a la asamblea de College Green. Esto y la concesión de libre comercio (que permitía a los mercaderes irlandeses comerciar en igualdad de términos que sus rivales ingleses) inauguraron lo que es conocido en la historia como el Parlamento de Grattan. En la actualidad nuestros agitadores políticos nunca se cansan de decirnos, con la más penosa reiteración, que el período cubierto por el Parlamento de Grattan fue un período de prosperidad sin precedentes para Irlanda y que, por consiguiente, debemos esperar una reanudación de ese mismo estado de felicidad con el regreso a nuestra “legislación nativa”, como ellos denominan, de manera en cierto modo graciosa, a ese producto abortivo de la intriga política que es el Home Rule (5).

Si hacemos una selección, podemos contradecir a nuestros historiadores políticos, remarcando que la prosperidad de la que ellos hablan, es prosperidad puramente capitalista, es decir, prosperidad medida simplemente por el volumen de riqueza producido, e ignorando por completo la forma en que la riqueza se distribuye entre los trabajadores que la producen. Así, en un **artículo (capítulo)** anterior citamos un manifiesto publicado por el campesinado de Munster en 1786, en el cual –cuatro años después de que el Parlamento de Grattan se hubiera establecido– instaban al cuerpo legislativo a apoyarles, y tomaban la decisión, si esa ayuda no iba a producirse –y no se iba a producir– de “resistir a nuestros opresores hasta que se harten de nuestra sangre”, una expresión que parece indicar que la “prosperidad” del Parlamento de Grattan no había penetrado demasiado en Munster. En el año 1794, un panfleto publicado en la calle Capel, número 7, de Dublín, afirmaba que el salario medio diario de un trabajador del Condado de Meath alcanzaba sólo los seis peniques diarios en el verano y cuatro peniques diarios en el invierno; y en las páginas del *Dublin Journal*, un órgano ministerial, y el *Dublin Evening Post*, que apoyaban al partido de Grattan, en el mes de abril de 1796, puede encontrarse un anuncio de un sermón de caridad que se pronunciaría en la capilla de la parroquia Parish, Meath Street, Dublin, anuncio en el cual aparece la declaración de que en tres calles de la parroquia de St. Catherine “han sido halladas no menos de 2.000 almas en condiciones de inanición”. Evidentemente, la “prosperidad” no significaba mucho para el pueblo de St. Catherine.

Pero no es ésta la base de la que queremos partir por ahora. Antes bien, admitiremos, para el propósito de nuestro argumento, que la definición capitalista de la “prosperidad” del Home Rule es la correcta, y que Irlanda era próspera bajo el Parlamento de Grattan, pero debemos

rechazar categóricamente que tal prosperidad estuviera producida por el parlamento más que en un grado infinitesimal. Aquí, nuevamente, la filosofía socialista de la historia proporciona la clave del problema, apunta al desarrollo económico como la verdadera solución. El repentino avance del comercio en el período en cuestión fue debido casi exclusivamente a la introducción de la fuerza mecánica y el consiguiente abaratamiento de las mercancías manufacturadas. Era la época de la Revolución Industrial, cuando las industrias domésticas que habíamos heredado de la Edad Media fueron reemplazadas finalmente por el sistema fabril de los tiempos modernos. La máquina continúa inventada por Arkwright en 1769 (la afirmación en castellano es incorrecta, Connolly dice Warper frame, Marco giratorio); la hiladora, patentada por Hargreaves en 1770 (Connolly dice spinning jenny, se suele utilizar tal cual en la historiografía en castellano, la hiladora no es la palabra exacta); la hiladora mecánica intermitente de Crompton (Crompton) (Connolly dice mechanical mule, en castellano también se usa mule o mule jenny), introducida en 1779; y la aplicación en 1788 de la máquina de vapor a los altos hornos, todas ellas se combinaron abaratando el coste de producción y bajando, por consiguiente, el precio de las mercancías en las diferentes industrias afectadas. Esto puso en escena nuevas huestes de clientes y dio, por lo tanto, un inmenso ímpetu al comercio en general, tanto en Gran Bretaña como en Irlanda. Entre 1782 y 1804, el comercio de algodón más que triplicó su rendimiento total; entre 1783 y 1796, el comercio de lino aumentó casi tres veces; en los ocho años entre 1788 y 1796, el comercio del hierro duplicó su volumen. Este último comercio no sobrevivió durante mucho tiempo este estallido de prosperidad. La invención de la fundición mediante carbón en vez de madera, en 1750, y la aplicación del vapor a los altos hornos, de la que ya hablamos, colocó al fabricante irlandés en una desventaja enorme al tratar con su rival inglés, pero en los tiempos felices del comercio activo —entre 1780 y 1800— esto no se sintió muy agudamente. Pero cuando el comercio asumió nuevamente su aspecto normal de aguda competencia, a los fabricantes irlandeses, carentes de una reserva nativa de carbón y dependientes casi por completo del carbón inglés importado, les fue imposible competir con sus rivales comerciales del país hermano, a quienes, al contar con abundantes reservas de carbón en su propia puerta, les fue muy fácil, antes de los tiempos del ferrocarril, vender a bajo precio (vender por debajo del precio, malvender, undersell) y arruinar a los infortunados irlandeses. El mismo destino, y por la misma razón, le correspondió a otros importantes comercios irlandeses. El período marcado políticamente por el Parlamento de Grattan fue un período de inflación comercial debido a la introducción de adelantos mecánicos en las industrias principales del país. En tanto esta maquinaria funcionó manualmente, Irlanda pudo mantener su puesto en los mercados, pero con la aplicación del vapor al servicio de la industria, que comenzó a pequeña escala en 1785, y la introducción del telar eléctrico, que fue de uso general por vez primera en 1813, la enorme ventaja natural de una reserva indígena de carbón resolvió finalmente la partida a favor de los fabricantes ingleses.

Un parlamento nativo podía haber demorado la decadencia consiguiente, al igual

que un parlamento extranjero la podía haber acelerado, pero, en cualquier caso, bajo condiciones capitalistas, el proceso en sí era tan inevitable como la evolución económica de la que era uno de los síntomas más importantes. Lo poco que tenía que hacer el parlamento puede medirse comparando las posiciones de Irlanda y Escocia. En el año 1799, el señor Foster afirmó en el parlamento irlandés que la producción de lino era en Irlanda dos veces mayor que en Escocia. Las cifras reales que dio se referían al año 1796 –23.000.000 de yardas para Escocia, frente a 46.705.319 para Irlanda—. La diferencia, en favor de Irlanda la atribuyó al parlamento nativo. Pero hacia el año 1830, según el *Diccionario Comercial de McCulloch*, solamente el puerto de Dundee, en Escocia, exportaba más lino que toda Irlanda. Ambos países habían sido privados de la autonomía. ¿Por qué había avanzado la manufactura escocesa mientras que la de Irlanda había decaído? Porque Escocia poseía una reserva nativa de carbón y todas las posibilidades para fines industriales de las que Irlanda carecía.

La “prosperidad” de Irlanda bajo el Parlamento de Grattan fue debida casi tan poco a ese parlamento como es debido el polvo provocado por las revoluciones de la rueda de un carruaje a la presencia de la mosca que, posada en el carruaje contempla el polvo y se imagina creadora del mismo. Y, por consiguiente, la verdadera prosperidad no puede llegar a Irlanda excepto mediante medidas algo más drásticas de lo que nunca imaginó ese parlamento.

## Capítulo VI

### Traición capitalista a los Voluntarios Irlandeses

*“Recuerda, no obstante, en lo bueno y lo malo,  
lo vana que fueron las oraciones y las lagrimas,  
lo vana que fueron las palabras hasta que brillaron las espadas  
de los voluntarios irlandeses”*

#### Thomas Davis

La teoría de que la “prosperidad” efímera de Irlanda en la época a la que nos referimos fue motivada por el parlamento de Grattan, sólo es útil para sus propagadores como un apoyo de su argumento de que la Unión Legislativa entre Gran Bretaña e Irlanda destruyó el comercio de este último país y que, por consiguiente, la revocación de esa Unión conseguiría el restablecimiento de todos los manufactureros irlandeses (en el original no aparece “irlandeses”, no aparece nada) sobre una base compensatoria. El hecho de que la Unión pusiera a todos los fabricantes irlandeses, legalmente, sobre una base de absoluta igualdad con los fabricantes de Inglaterra, normalmente es ignorado o, lo que es peor, pervertido, al insistir en él hasta el punto de dar la impresión de que es

todo lo contrario. De hecho, muchos miles de nuestros compatriotas creen todavía que las leyes inglesas prohíben la explotación en Irlanda de ciertos minerales y la fabricación de ciertos artículos.

Una ligera reflexión acabaría con semejante idea. Un capitalista inglés invertiría con gusto su dinero en Tombuctú, China o Rusia, o en cualquier parte donde crea que pueda asegurarse un beneficio, incluso aunque sea en el territorio de su enemigo mortal. No invierte su dinero con el fin de dar empleo a sus obreros, sino para sacar un beneficio y sería estúpido, por tanto, esperar que iba a permitir a su parlamento hacer leyes que le prohibían abrir minas o factorías en Irlanda para extraer un beneficio de los obreros irlandeses. Y no existe, ni existió desde la Unión, ley semejante.

Si el estudiante quiere proseguir el estudio de esta sorprendente controversia sobre la historia de Irlanda y comparar esta teoría parlamentarista de la decadencia industrial irlandesa con la que acabamos de adelantar —la teoría socialista esbozada en nuestro anterior [artículo \(capítulo\)](#)— tiene un camino fácil y efectivo que seguir para someter este asunto a prueba. Que escoja a los exponentes más destacados del parlamentarismo y les plantee la siguiente pregunta:

Expliquen, por favor, el proceso por el cual el traslado del parlamento de Dublín a Londres —un traslado que no fue acompañado en absoluto por ninguna interferencia legislativa en la industria irlandesa— impidió a la clase capitalista irlandesa continuar produciendo mercancías para el mercado irlandés.

No darán una respuesta lógica a esta pregunta —una respuesta aceptable un solo momento para cualquier pensador de cuestiones económicas digno de estima—. Se limitarán, sin duda, a una larga enumeración del número de comerciantes y trabajadores empleados en la manufactura en Irlanda antes de la Unión y el número empleado en algún período específico, veinte o treinta años después. Este fue el método adoptado por Daniel O'Connell, el Libertador, en su primer gran discurso en favor de la abolición de la Unión, el discurso en el que comenzó su agitación para abolirla, y ha sido servilmente copiado y popularizado por sus imitadores, desde entonces. Pero ni O'Connell ni ninguno de sus imitadores han intentado jamás analizar y explicar el proceso por el cual dichas industrias fueron destruidas. La mayor aproximación a tal explicación que se ha ensayado, es la afirmación de que la Unión llevó al absentismo de los terratenientes y a la retirada de éstos como clientes de los fabricantes irlandeses. Semejante explicación, simplemente, no es en absoluto una explicación. Es peor que infantil. ¿Quién va a sostener seriamente que la pérdida de unos cuantos miles de clientes aristócratas acabara, por ejemplo, con la industria papelera, tan floreciente en Irlanda en una época y ahora apenas existente? El distrito de la ciudad de Dublín, situado entre Thomas Street y la South Circular Rr., fue una vez un activo enjambre de hombres ocupados en el curtido de la piel y todas las actividades comerciales, relacionadas con él. Ahora, este comercio ha desaparecido totalmente de este distrito. ¿Eran los miembros del parlamento irlandés y los terratenientes irlandeses los únicos que usaban zapatos en Irlanda, las únicas personas para quienes se curtía y manufacturaba la piel? Si no es así, ¿cómo es que su emigración a

Inglaterra hizo imposible que el fabricante irlandés produjese zapatos o correaes para los millones de personas que todavía quedaban en el país después de la Unión? La misma observación es aplicable a los tejedores, una institución tan floreciente en un tiempo en el mismo distrito; al comercio lanero, al comercio pescadero, **al comercio del hierro, al comercio de la molienda de harina**, y así, sucesivamente, en esa línea. **(No sé en que texto está basado la traducción pero en el original no aparece lo marcado en rojo)**. El pueblo de Irlanda todavía tenía todas estas necesidades de la vida, después de la unión lo mismo que antes, pero, no obstante, el superficial historiador nos dice que el fabricante irlandés era incapaz de responder a su demanda y que, por lo tanto, abandonó el negocio. Bueno, los irlandeses tenemos fama de poseer un fuerte sentido del humor, pero uno se inclina casi a dudar, al ver la seriedad con que ha sido aceptada esta teoría parlamentaria por las masas del pueblo irlandés.

Seguramente resulta una teoría divertida si consideramos que lleva implícito que los fabricantes irlandeses se aflagieron tantísimo por perder el comercio de unos pocos miles de bulliciosos terratenientes, que no pudieron continuar sacando beneficios cubriendo las necesidades de los millones de irlandeses que estaban a sus puertas. Los fabricantes, mineros, mercaderes y pescadores ingleses, escoceses, franceses y belgas pudieron ponerse y se pusieron gordos y prósperos atendiendo las necesidades de la comunidad irlandesa, pero el fabricante irlandés no pudo. Tuvo que cerrar la tienda e ir a la casa de caridad, porque milord Rackrent del Castillo Rackrent, y su personal inmediato se habían trasladado a Londres.

Si nuestros historiadores parlamentaristas no hubieran sido los más superficiales de todos los escribanos de la historia, si su trivialidad no hubiera sido tan fenomenal que sólo puede hallarse igual en el fanatismo y la estupidez de sus rivales realistas, habrían formulado fácilmente, partiendo del mismo conjunto de hechos, otra teoría igualmente útil para su causa y más en consonancia con la verdad. Esa otra teoría puede formularse de este modo:

Que la Ley de la Unión fue posible porque la manufactura irlandesa era débil y, por consiguiente, Irlanda no tenía una clase capitalista enérgica, con suficiente espíritu público e influencia para impedir la Unión.

Al iniciarse la decadencia industrial, la clase capitalista irlandesa fue incapaz de combatir la influencia del fondo de corrupción del gobierno inglés o crear y dirigir un partido suficientemente fuerte para detener la desmoralización de la vida pública irlandesa. Tenemos la seguridad de que es esta la formulación adecuada del caso. No que la pérdida del parlamento destruyó la manufactura irlandesa, sino que la decadencia de la manufactura irlandesa, debida a causas ya esbozadas, hizo posible la destrucción del parlamento irlandés. Si hubiera existido en Irlanda una clase capitalista fuerte, emprendedora y boyante, se habría conseguido, bajo las armas de los Voluntarios y sin derramar una gota de sangre, una reforma parlamentaria que habría investido a las masas irlandesas con el sufragio, y con parlamento elegido en tales condiciones, la Ley de la Unión habría sido

imposible. Pero la clase capitalista irlandesa utilizó a los Voluntarios para conseguir del Gobierno inglés reformas comerciales y después, encabezada por Henry Grattan, abandonó y denunció a los Voluntarios cuando esta institución intentó mediante la reforma del sistema representativo, hacerlo más responsable ante la voluntad del pueblo y asegurarse así en la paz lo que habían ganado mediante amenaza de violencia. Una Irlanda controlada por el sufragio popular, sin duda habría intentado salvar la industria irlandesa cuando todavía era tiempo, mediante un riguroso sistema de protección, que habría impuesto sobre las mercancías importadas una tasa suficientemente pesada para neutralizar las ventajas que para el extranjero suponía su reserva de carbón, y semejante sistema habría podido prevenir esa decadencia de la industria irlandesa que, como ya hemos afirmado, de otro modo era inevitable. Pero la única esperanza de hacer realidad esa Irlanda residía entonces en la fuerza armada de los Voluntarios, y como entonces la clase capitalista no se sentía suficientemente fuerte como clase para mantener el timón del Estado contra la aristocracia por un lado y el pueblo por el otro, se vio obligada a escoger la única alternativa que le quedaba, a saber, elegir entre unir su destino con una u otra de las clases en contienda. Decidió poner su confianza en la aristocracia, abandonó al populacho y, como resultado, fue desamparada por la clase a quien se había confiado y cayó en la bancarrota y la esclavitud junto a la clase a quien había traicionado.

Una breve ojeada a la historia del movimiento Voluntario ilustrará la traición de largo alcance con que la clase capitalista de Irlanda emuló a sus compatriotas aristócratas que

*“Vendieron por tierras y oro su país y su Dios”,*

pero que, a diferencia de ella, se las ingeniaron para evitar el odio que sus acciones provocaban.

Al comienzo de este movimiento Irlanda estaba bajo los Leyes Penales. Aún se hallaban en los libros de leyes decretos de ferocidad sin igual contra el católico-romano. Esas leyes, aunque aparentemente estaban creadas para convertir a los católicos a la fe protestante, en realidad estaban encaminadas principalmente a convertir la propiedad católica en propiedad protestante. El hijo de un propietario católico podía despostrar a su propio padre y tomar posesión de su propiedad simplemente con hacer juramento de que él, el hijo, había aceptado la religión protestante. Desde ese momento el padre, según la ley, sería pensionista de la generosidad del hijo. La esposa de un católico podía privar a su marido de todo control sobre su propiedad con sólo hacerse protestante. Un católico no podía poseer un caballo que valiese más de cinco libras. Si lo hiciese, cualquier protestante podía quitarle su caballo a la luz del día dándole como pago cinco libras ¡Sor todos los derechos sobre el caballo. Por la cabeza de un maestro o un cura católico se ponía el mismo precio que por la cabeza de un lobo. Los católicos no podían ser

elegidos para ningún puesto público y eran excluidos de la mayoría de las profesiones.

De hecho, la religión católica era una institución ilegal. No obstante, creció y floreció y, casualmente, puede verse que ganó influencia en los afectos y los corazones del pueblo irlandés con tanta rapidez como la perdió en Francia o en Italia, donde la religión católica era una institución dominante del Estado –un hecho que deben advertir esos católicos que piden que la financiación de las instituciones católicas se obtenga de los fondos públicos.

El estudioso debe recordar, no obstante, que las Leyes Penales, aunque todavía se hallaban en los libros de leyes, habían sido en gran parte inoperantes antes del último cuarto del siglo XVIII. Esto no fue debido a ninguna clemencia por parte del Gobierno inglés, sino que fue resultado del disgusto que sentían por esas leyes la mayoría de los protestantes irlandeses inteligentes. Estos se negaron, simplemente, a sacar de ellas ventaja incluso para su engrandecimiento personal, y hay archivados muy pocos casos en los que la propiedad de los católicos fuese arrancada por sus vecinos protestantes como resultado de las Leyes Penales en las generaciones posteriores al término de la guerra williamista. De hecho estas leyes eran demasiado horribles para llevarse a la práctica, y en este punto la opinión pública fue más lejos que la promulgación legal. Todos los historiadores concuerdan en esto.

Los límites de clase se trazaron mucho más estrictamente que los límites religiosos, como ha sucedido siempre en Irlanda desde el hundimiento del sistema de los clanes, y como sucede hoy. Tenemos, en relación con esto, las palabras de una autoridad tan eminente como el arzobispo Whately, que viniendo como vienen de la pluma de un partidario del Gobierno británico y la institución protestante, son doblemente valiosas como testimonio del hecho de que la política y las divisiones irlandesas giraban en primer lugar alrededor de la cuestión de la propiedad, y sólo nominalmente sobre cuestiones de religión. Dice:

“Han llegado a mi conocimiento muchos ejemplos de los más furiosos partidarios de Orange que echan de sus posesiones a unos arrendatarios protestantes que habían estado allí durante generaciones y dejan la tierra a católico-romanos... con un adelanto de un chelín por acre”.

Recuérdese que estos protestantes así desahuciados eran los hombres y mujeres cuyos padres habían ganado Irlanda para el rey William y el protestantismo, contra el rey James y el catolicismo, y los desahucios que aquí se registran eran la recompensa por la victoria de sus padres y su propia fidelidad. Además de esta delimitación de clase en el campo económico, la representación política del país era propiedad exclusiva de la clase superior.

Una mayoría de los miembros del parlamento irlandés tomaba asiento en nombre de ciertos miembros de la aristocracia dueños de las propiedades sobre las que se situaban los burgos que ellos “representaban”. Tales burgos eran llamados “burgos de bolsillo” por el hecho de estar tan

controlados por los aristócratas terratenientes como si los llevaran en el bolsillo. Además de esto, en toda la isla el poder de elegir a los miembros del Parlamento era posesión exclusiva de unos pocos privilegiados. La gran masa de la población católica y protestante no tenía derecho a voto. Esta era la situación cuando surgió el movimiento Voluntario. Había, pues, tres grandes injusticias sociales ante el público irlandés. El parlamento inglés había prohibido el comercio irlandés con Europa y América, excepto a través de un puerto inglés, mutilando así el desarrollo del capitalismo irlandés; la representación en la Cámara de los Comunes de Dublín se negaba tanto a los obreros protestantes como a los católicos y a todos excepto unos cuantos capitalistas protestantes y los elegidos de la aristocracia; y, finalmente, todos los católicos padecían imposibilidades religiosas. Tan pronto como los Voluntarios (que eran todos protestantes) tuvieron armas en sus manos, comenzaron a agitar por la remoción de todas esas injusticias. Sobre la primera todos eran unánimes y, por consiguiente, cuando desfilaron por las calles de Dublín el día en que se reunía el parlamento, colgaban en las bocas de sus cañones letreros con las significativas palabras,

#### **Libre comercio o nada**

y la amenaza que implicaba un pueblo unido en armas, ganó su causa. El libre comercio quedó garantizado. Y en ese momento una República Irlandesa se habría conseguido con tanta seguridad como el libre comercio. Pero cuando los hombres de filas de los Voluntarios procedieron a esbozar sus demandas por la remoción de las injusticias políticas restantes — demandar la representación popular en el parlamento — todos sus dirigentes desertaron. Habían elegido aristócratas, hombres de leyes con lengua locuaz y patriotas profesionales como jefes, y todas las filas superiores les traicionaron cuando hicieron falta. Después de garantizarse el libre comercio fue convocada una convención de Voluntarios en Dublín para considerar la cuestión de la representación popular en el Parlamento. Lord Charlemont, comandante en jefe de la institución, repudió la convención; su ejemplo fue seguido por toda la morralla de los funcionarios aristócratas y finalmente, cuando le tocó el turno a Henry Grattan, que debía su fortuna política y personal a los Voluntarios, éste les denunció en el Parlamento como una “chusma armada”.

La Convención se suspendió en medio de la confusión, tras alguna discusión sin fruto, y en un intento posterior de convocar otra convención la reunión fue prohibida por decisión del Gobierno, siendo detenidos y fuertemente multados los firmantes de la convocatoria de la asamblea. El Gobierno, al haber hecho la paz en América, reconociendo la independencia americana, había podido llevar a Irlanda tropas en cantidades masivas y prepararse para un enfrentamiento con los Voluntarios. Su negativa a considerar las demandas de representación popular fue la declaración de guerra, y el fracaso del último intento de convención fue el signo de su victoria. Los Voluntarios, de hecho, se rindieron sin llegar a luchar. La responsabilidad de esta vergonzosa

rendición corresponde enteramente a la clase capitalista irlandesa. Si se hubiese mantenido junto a los reformadores, la deserción de la aristocracia habría importado poco, si bien es cierto que el elemento radical debía haber previsto y haberse preparado para esa deserción. Pero la acción de los mercaderes de unir su destino al de la aristocracia no se pudo prever; era una acción demasiado vergonzosa para que la anticipase alguien que no estuviese entre los perpetradores. No debemos imaginar, por otra parte, que estos elementos reaccionarios no hicieron intentos de ocultar su traición a la causa de la libertad.

Por el contrario, fueron muy cuidadosos en mantener la apariencia de la simpatía popular y en hacer lo posible por desviar la opinión pública por otros derroteros diferentes a los de los problemas verdaderos. Hay un pasaje delicioso en la "Vida de Henry Grattan", editada por su hijo, que describe la manera en que el Gobierno obtuvo la posesión de las armas de los diferentes cuerpos de los Voluntarios de Dublín, y que por sí mismo presenta un cuadro microcósmico de muchas épocas de la historia de Irlanda e ilustra las características de las clases y el papel que juegan en la vida pública irlandesa.

Dublín es Irlanda en miniatura; no, Dublín es la esencia concentrada de Irlanda. Todo lo que hace de Irlanda grande o miserable, imponente o escuálida, idealmente revolucionaria o irremediablemente reaccionaria, espléndidamente generosa o vilmente traidora, es más fuerte y más pronunciado en Dublín que en cualquier otra parte de Irlanda. De este modo, la parte que juega Dublín en cualquier crisis nacional es, con toda seguridad, un simple reflejo metropolitano del papel jugado por las mismas pasiones en todas las provincias de Irlanda. De ahí el valor de la siguiente contribución inconsciente al estudio de la historia de Irlanda, en la pluma del hijo de Henry Grattan.

En Dublín había tres Divisiones de Voluntarios, correspondientes a las tres divisiones populares de las fuerzas "patrióticas". Eran el Cuerpo Libertad, reclutado exclusivamente entre la clase obrera; el Cuerpo de Mercaderes, compuesto por la clase capitalista, y el Cuerpo de Abogados, los miembros de la fraternidad legal. Henry Grattan Jr., al hablar de la acción del Gobierno después de la aprobación del "Proyecto de Ley de Armas y Pólvora para Cañones", que exigía a los Voluntarios la entrega de sus armas a las autoridades para ponerlas a buen seguro, dice que el Gobierno "se hizo con la artillería del Cuerpo Libertad, llegó a un acuerdo privado por el cual tomó posesión de la perteneciente al Cuerpo de Mercaderes; indujo a los abogados a entregar las suyas haciendo antes de rendirse una procesión pública".

En otras palabras y lenguaje más claro, el Gobierno tuvo que usar la fuerza para tomar las armas de los trabajadores, pero los capitalistas entregaron las suyas en secreto como resultado de un contrato privado de cuyos términos no tenemos conocimiento; y los abogados llevaron las suyas por las calles de Dublín en un desfile público para mantener el prestigio de la fraternidad legal a los ojos de los crédulos trabajadores

irlandeses, y después, cuando sus gargantas aún estaban roncas de vitorear públicamente las “armas de los Voluntarios”, en privado entregaron esas armas a los enemigos del pueblo.

Los trabajadores lucharon, los capitalistas vendieron y los abogados estafaron.

Entonces, como siempre en Irlanda, el destino del país dependía del resultado de la lucha entre las fuerzas de la aristocracia y las fuerzas de la democracia. La clase obrera en la ciudad y el campesinado en el campo estaban entusiasmados por el éxito de las fuerzas revolucionarias en América y Francia, y ardían en deseos de emular sus hechos en Irlanda. Pero la clase capitalista irlandesa sentía más horror hacia el pueblo que temor hacia el Gobierno británico y en la crisis de destino de su país, su influencia y sus consejos se retiraban del campo popular. Mientras se libraba esa batalla con resultados tan fatales para la causa de la libertad, proseguía en todo el resto de Irlanda una batalla más espectacular sobre un tema de burla. Y según el hábito de las cosas en Irlanda, esta batalla de pega recibe la mayor cantidad de atención en la historia irlandesa. Ya hemos aludido a Henry Flood, que se distinguió en el Parlamento irlandés como nuestro herodiano Herodes al denunciar al Gobierno por no ahorcar suficientes campesinos para satisfacerle. El señor Henry Grattan también se lo hemos presentado a nuestros lectores. Estos dos hombres eran los dirigentes parlamentarios del “partido patriota” en la Cámara de los Comunes –los “Harries rivales”, como les describió sarcásticamente la multitud 'de Dublín—. Cuando la amenaza de los Voluntarios obligó a las autoridades inglesas a renunciar a todos sus derechos de hacer leyes constrictoras del Parlamento irlandés, estos dos patriotas disputaron y, según nos cuentan los graves y doctos historiadores, el objeto de su disputa dividió a toda Irlanda. Al decir cuál era ese objeto, esperamos que nuestros lectores no nos acusen de burlarnos; no nos burlamos, aunque la tentación es casi irresistible. Exponemos con sobriedad los hechos históricos. Los graves y doctos historiadores nos dicen que Grattan y Flood disputaron porque Flood insistía en requerir de Inglaterra la promesa de no interferir nunca más haciendo leyes de gobierno del Parlamento irlandés, y Grattan insistía en que para el honor de Inglaterra sería un insulto requerir una promesa tal.

Como hemos dicho, los graves y doctos historiadores declaran que toda Irlanda tomó partido en esta disputa, incluso un hombre que aborrecía tanto a Inglaterra como John Mitchell, en su Historia de Irlanda parece creer que así fue. Sin embargo, nos negamos por completo a dar crédito alguno a esta historia. Estamos firmemente convencidos de que si, mientras Grattan y Flood apestaban el aire con sus declamaciones acerca de este tema, un investigador hubiese ido a cualquier campo de segadores irlandeses y le preguntase al primer segador que encontrara su opinión sobre el asunto, ese segador habría dado en la médula de la cuestión sin perder un solo golpe de su hoz. De

seguro habría dicho:

“Y bueno, ¿qué importa lo que Inglaterra nos prometa? ¿No va a romper su promesa de todos modos, tan pronto como le convenga y pueda hacerlo?”

Es difícil creer que Grattan o Flood puedan haber pensado seriamente que cualquier promesa podía atar a Inglaterra, un país ya entonces famoso en todo el mundo por su falta de fidelidad y su desacato a los tratados. Hoy el relato de los hechos de esta famosa controversia se parece a un pobre intento humorístico, pero a la vista del trágico marco de la controversia debemos decir que tiene con el humor la misma relación que un chiste con una cámara de torturas. Grattan y Flood, en este caso, no fueron más que dos hábiles actores que se entregaban a la payasada oratoria ante el lecho de agonía de las esperanzas asesinadas de un pueblo. Si hiciese falta cualquier otro argumento, aparte de lo absurdo de las sofisterías legales por ambas partes, para demostrar lo poco que semejante batalla de pega interesaba en realidad a la gran masa del pueblo, el historial de los dos dirigentes bastaría. El señor Flood no sólo era un conocido enemigo del campesinado oprimido y un hombre que odiaba a los católicos —es decir, a la gran masa de los habitantes de Irlanda—, sino que también habló y votó en el Parlamento irlandés a favor de una moción para pagar los gastos de un ejército de 10.000 soldados británicos que sería enviado para suprimir la revolución en América, y, por su parte, el señor Grattan aceptó una donación de 50.000 libras del Gobierno por sus “patrióticos” servicios y, más tarde, en exceso de gratitud hacia esta oportuna ayuda, devolvió el pago al Gobierno al traicionar y denunciar a los Voluntarios.

Sobre el resto de las grandes cuestiones del momento ambos adoptaban una posición ambigua, jugando a un tira y afloja.

On the other great questions of the day they were each occupying an equivocal position, playing fast and loose. **For instance:** –

**Mr. Flood believed in Democracy – amongst Protestants, but opposed religious freedom.**

**(Faltaba esta parte)**

El señor Gratian creía en la libertad religiosa entre propietarios, pero se oponía a toda extensión del sufragio a la clase obrera. <sup>1</sup>

El señor Flood habría concedido el sufragio a todos los protestantes, ricos o pobres, pero se lo negaba a todos los católicos, ricos o pobres.

El señor Grattan habría concedido el voto a cualquier hombre que fuese propietario, independientemente de su religión, oponiéndose a su extensión a cualquier hombre carente de propiedad. En la Cámara de los Comunes irlandesa denunció virulentamente a los United Irlahmen, de quienes hablaremos más tarde, por proponer el sufragio universal, el cual, declaró, arruinaría al país y destruiría todo orden.

Puede verse que el señor Grattan era el hombre de Estado capitalista ideal;

su espíritu era la encarnación del espíritu de la burguesía. Cuidaba más por los intereses de la propiedad que por los derechos del hombre o por la supremacía de cualquier religión.

Su temprana inclinación en esta dirección puede verse en una carta que envió a su amigo, un tal señor Broome, fechada el 3 de noviembre de 1767 y reproducida por su hijo en la edición que hizo de la vida y los discursos de su padre. La carta muestra al eminentemente respetable antirrevolucionario y religioso señor Henry Grattan, como un verdadero librepensador, partidario del amor libre y filósofo epicúreo, que había comprendido tempranamente la sabiduría de no permitir que estas opiniones fuesen conocidas por la multitud común a quien aspiraba gobernar. Extractamos:

“Tú y yo, en esto como en la mayoría de las demás cosas, estamos de acuerdo; pensamos que el matrimonio es una institución artificial, no natural, e imaginamos a las mujeres como un barco demasiado frágil para un viaje tan largo y tempestuoso como el de la vida... Me he convertido en un filósofo epicúreo; considero a este mundo nuestro 'non plus ultra' y a la felicidad nuestro gran objetivo en ella... Semejante tema es demasiado amplio y demasiado peligroso para una carta; en privado nos explayaremos más copiosamente sobre él.”

Se observará que no es este quizá el Grattan de la rapsodia del poeta Moore, pero el Grattan auténtico.

Sorprende poco que, el populacho de Dublín, apedrease en una ocasión a este Grattan, a su regreso de Inglaterra, después de asistir al Parlamento de Londres. A él no le engañaron su retórica y sus hazañas, por mucho que embrujasen a los historiadores. El hecho de levantarse dramáticamente de su lecho de enfermo para comparecer ante los traidores compradores que vendieron sus votos para aprobar la Unión con el fin de pedirles que no cumpliesen su contrato, compone, verdaderamente, un bello cuadro para que se explayen los historiadores románticos, pero para el pueblo común fue una pobre compensación de los insultos y las traiciones a los voluntarios y de la oposición y tergiversación del sufragio universal.

Una final y concluyente prueba, en nuestra opinión, del modo cómo los verdaderos nacionalistas y pensadores progresistas de Irlanda, consideraban al “Parlamento del 82”, lo tenemos en el siguiente extracto del famoso panfleto escrito por Theobald Wolfe Tone y publicado en septiembre de 1791, titulado: *Un Argumento en favor de los Católicos de Irlanda*. Es interesante subrayar que esta mordaz descripción de la “gloriosa revolución de 1782”, en la pluma del más preclaro irlandés de su época, ha sido tan poco del gusto de nuestros historiadores y periodistas, que fue rígidamente boicoteada, por todos ellos, hasta que el escritor aquí presente la reimprimió en 1897, en Dublín, en una serie de “*Lecturas del 98*”, que contenía también muchos otros documentos olvidados e inconvenientes del mismo período. Desde entonces ha sido reeditado varias veces tal y como nosotros reimprimimos el extracto,, pero a juzgar por el modo en que algunos de nuestros amigos declaran aún que, ellos

“apoyan la constitución del 82”, pensamos que ha sido editada en vano para algunas personas.

### **Wolfe Tone sobre el Parlamento de Grattan**

(Extracto del famoso panfleto: *Un Argumento en favor de los católicos de Irlanda*, publicado en septiembre de 1791)

“He dicho que no tenemos Gobierno Nacional. Antes de 1782 no se pretendía que lo tuviésemos, y es, al menos, una especulación curiosa, si no útil, examinar cómo mantenemos la misma observación ahora. Y tengo poco temor a ser impugnado cuando afirmo que todo lo que conseguimos mediante lo que nos complacemos en dignificar con el nombre de Revolución, fue simplemente el medio para hacer el bien según la ley, sin recurrir a la gran regla de la naturaleza, que está por encima de todo Estatuto positivo. Si hemos hecho el bien o no, por qué dejamos de hacer el bien, es una cuestión seria. El orgullo de la nación, la vanidad de los individuos implicados, la moderación de algunos hombres honestos, la corrupción de los bribones, sé que se alarmarán cuando afirmo que la Revolución de 1872 fue el negocio más chapucero e imperfecto que jamás haya ridiculizado un glorioso epíteto, asumiéndolo indignamente. Para ningún irlandés es agradable hacer semejante concesión, pero no puede favorecerse que la verdad salga malparada. Es mucho mejor que sepamos y sintamos nuestra verdadera situación, que engañarnos a nosotros mismos o ser estafados por nuestros enemigos con elogios que no merecemos o imaginarias bendiciones de las que no gozamos.

“Dejo a los admiradores de esa era que expresen abundantes declaraciones; es un bello tema y peculiarmente halagüeño para mis compatriotas, muchos de los cuales fueron actores y casi espectadores del mismo. Sea para mi la desagradable tarea de despojarles de su plumaje y su oropel y mostrar la figura desnuda. La operación será severa, pero si asistimos a ella de un modo conveniente, puede darnos una fuerte y sorprendente lección de caución y sabiduría.

“La Revolución de 1872, fue una revolución que dio a los irlandeses la posibilidad de vender su honor, su integridad y los intereses de su país, a un precio mucho más alto; fue una revolución que, mientras dobló de un golpe el valor de cada traficante de las ciudades del reino, dejó esclavos, tal y como los encontré, a las tres cuartas partes de nuestros compatriotas, y que dejó el Gobierno de Irlanda en las manos infames, inicuas y despreciables que se habían pasado la vida degradándola y saqueándola; es más, algunos de los cuales decidida aunque desesperadamente, habían dado su último voto contra nuestra famosa revolución. ¿Quién de los veteranos enemigos del país perdió su posición o su pensión? ¿Quién entre las filas de la oposición fue llamado para un puesto militar o un ministerio? Nadie. El poder permaneció en las manos de nuestros enemigos, para ser ejercido nuevamente en ruina nuestra, con esta diferencia: que antes teníamos nuestras aflicciones, injurias e

insultos gratis a manos de Inglaterra; pero ahora pagamos muy caro para recibir lo mismo con agravante, de manos de irlandeses; ¡no obstante, alardeamos de ello y lo llamamos revolución!”.

Y así cerramos este capítulo sobre los voluntarios – un capítulo de grandes oportunidades perdidas, de confianza popular traicionada—. Unos cuantos extractos de algunos versos escritos en la época en Dublín, sirven como epítome de esos tiempos, aunque parezcan un poco amargos.

¿Quién amotinó al pueblo?

Los Rivales Harries fueron  
y se tiraban de las narices  
y decían que ellos amotinaron al pueblo.

¿Qué hicieron los Voluntarios?

Reunirse y desfilar  
hasta que sus laureles marchitaron.  
Eso hicieron los Voluntarios.

¿Cómo murieron los Voluntarios?

Como mueren los esclavos,  
se arrojaron a sus tumbas,  
así murieron los Voluntarios”.

## Capítulo VII

### Los Irlandeses Unidos

*“Nuestra libertad debe mantenerse frente a todos los peligros. Si los hombres con propiedades no nos ayudan, entonces deben caer; nos liberaremos nosotros mismos con la ayuda de esa amplia y respetable clase de la comunidad: los hombres que carecen de propiedad”.*

**Theodore Wolfe Tone**

Contemporáneamente con la traición y la caída de los Voluntarios, Irlanda presenció el ascenso y avance de la Society of United Irishmen (Sociedad de Irlandeses Unidos). Esta organización fue, al principio, una asociación abierta y pacífica, que intentaba utilizar los medios normales de agitación política con el fin de extender su propaganda entre las masas y prepararlas, así, para el cumplimiento de su fin mayor, es decir, la consecución en Irlanda de una república en las líneas de la establecida en Francia con la revolución. Después, incapaz de mantener su carácter público frente a la severa persecución por parte del gobierno británico, de todo lo que tuviera un sabor mínimamente parecido a una naturaleza democrática, la organización asumió el velo y los métodos de la clandestinidad y alcanzó, de este modo, proporciones tales que la

capacitaron para entrar en negociaciones con el Directorio Revolucionario de Francia sobre una base de igualdad de poder nacional y así poder firmar tratados. Como resultado de este acuerdo secreto entre la Francia revolucionaria y la Irlanda revolucionaria contra el enemigo común, la Inglaterra aristocrática, desde el continente fueron enviadas varias flotas y ejércitos para ayudar a los republicanos irlandeses, pero todas esas expediciones acabaron en un resultado desastroso. La primera, bajo el mando de Grouchy y Hoche, fue dispersada por una tormenta, algunos de los barcos tuvieron que regresar a Francia para ser reparados y, cuando el resto, incluyendo la mayor parte del ejército, llegó a la Bahía de Bantry, en la costa irlandesa, el comandante francés exhibió en toda su plenitud esa vacilación, indecisión y falta de iniciativa que posteriormente mostraría, con resultados igualmente fatales para Napoleón, en la víspera de la batalla de Waterloo. Finalmente, a pesar de las desesperadas protestas de los revolucionarios irlandeses, a bordo, levó anclas y retornó a Francia, sin disparar un solo tiro ni desembarcar un solo cabo de guardia. De haber habido un hombre a la altura de las circunstancias y hubiese desembarcado su expedición, Irlanda casi sin duda, se habría separado de Inglaterra y se habría convertido en dueña de sus propio destino nacional.

Otra expedición, habilitada por la República Holandesa en alianza con Francia, fue detenida por vientos en contra hasta que la flota británica tuvo tiempo de llegar al escenario de la batalla y, entonces, el comandante holandés, caballerosa pero estúpidamente, aceptó el reto británico de combatir y, al luchar en condiciones desiguales y adversas, fue derrotado.

Otro oficial francés, el General Humbert, realizó otro intento desautorizado, pero gallardo; desembarcó, en efecto, en Irlanda, proclamó la República Irlandesa, en Killala, Connacht, armó a grandes cantidades de los Irlandesds Unidos entre los habitantes y, junto a ellos, combatió y derrotó totalmente una fuerza británica muy superior en Castlebar y penetró muy dentro del país, antes de ser rodeado y obligado a rendirse ante una fuerza más de diez veces superior. El número de los expedicionarios franceses en este caso era insuficiente para el propósito de permanecer el tiempo necesario para permitir que el pueblo llegara hasta ellos y se armase y organizase de modo eficiente y de ahí su fracaso. Pero si Humbert hubiese poseído el número comandado por Grouchy, o si Grouchy hubiese poseído el arrojo y la bravura de Humbert, la República Irlandesa habría nacido, para bien o para mal, en 1798. Es una observación en cierto modo trillada, pero tan cierta que obliga a la repetición, hicieron más por Inglaterra los elementos que su ejército. Verdaderamente, ya sea en conflicto con las fuerzas expedicionarias francesas de Humbert, con los presbiterianos y los católicos del United Irish Army (Ejército Irlandés Unido), bajo el mando del General Munro en el norte, o con las fuerzas insurgentes de Wicklow, Wexford. Kildare y Dublín, mal se puede decir que el ejército británico haya justificado en ningún momento su reputación. Toda la gloria correspondía, verdaderamente, al otro lado, así como, la mayoría de las veces, también la humanidad y todo el fervor por la libertad humana. El pueblo estaba miserablemente armado, era totalmente inexperto y se vio forzado a actuar sin

ningún plan de campaña sistemático, debido al repentino arresto y encarcelamiento de sus dirigentes. No obstante, lucharon y derrotaron a las tropas británicas en una veintena de campos de batalla, a pesar de que éstas estaban totalmente disciplinadas, espléndidamente armadas y dirigidas como una gran máquina desde un centro común. Para reprimir la insurrección de los condados de Wicklow y Wexford solamente, se requirieron todos los esfuerzos de 30.000 soldados; si los planes de los Irlandeses Unidos para un levantamiento concertado en toda la isla en una fecha determinada, no hubiesen fracasado, la tarea del gobierno, para competir con las fuerzas republicanas, habría sido demasiado grande como para poder cumplirla. Pero la falta de medios de comunicación que prevalecía en aquellos días, hizo posible que la insurrección de cualquier distrito casi se combatiese y se perdiese antes de que las noticias sobre su desarrollo penetrasen en algunas otras partes del país.

Mientras las fuerzas del republicanismo y el despotismo combatían, de ese modo, por la supremacía de la tierra, la victoria estaba decidiéndose, en realidad, a favor del último por su superioridad en el mar. Los éxitos de la flota británica, por sí solos, hicieron posible mantener las playas de Inglaterra libres de enemigos invasores y capacitar a Pitt, el primer ministro inglés, para subvencionar y mantener a los ejércitos de los aliados déspotas de Europa en su conflicto con las fuerzas de la libertad y el progreso en todo el continente. Frente a este hecho indudable es en cierto modo más humillante verse obligado a reconocer que la mayoría de los que servían en esa flota eran irlandeses. Pero, a diferencia de los que servían en el ejército británico, los marineros y soldados de la marina estaban allí contra su propia voluntad. Durante los procedimientos de coerción del gobierno británico en Irlanda, en su intento de hacer que el movimiento revolucionario estallase prematuramente, las autoridades suspendieron la Ley del Habeas Corpus (la garantía de un proceso legal ordinario) e instituyeron la Ley Marcial y el sistema de "Alojamientos Libres" para el ejército. Bajo este último, la tropa era huésped obligado de la población civil, cada familia estaba obligada a proporcionar alimento y hospedaje a un número determinado de soldados. Contra todos los intentos de resistencia o cualquier protesta que se hiciera contra la conducta licenciosa de la brutal soldadesca, o cualquier incauta expresión que ésta oyera por casualidad durante su mal recibida estancia en las casas del pueblo, las autoridades tenían un gran remedio soberano, es decir, deportación a bordo de la flota británica.

Miles de jóvenes fueron presos en toda la isla y marcharon encadenados a los diferentes puertos, permaneciendo desde entonces a bordo de los barcos de guerra ingleses, y obligados allí a luchar por el gobierno que había roto sus hogares, arruinado sus vidas y desolado su país. Allí donde un distrito fuera sospechoso de simpatías traicioneras, era sometido a la Ley Marcial; después, todo joven prometedor era aprehendido y arrojado en prisión como sospechoso, sin posibilidad de juicio. Después, a todos los que no eran ejecutados o azotados hasta la muerte, los llevaban a bordo de la flota. En toda Irlanda, pero especialmente en Ulster y Leinster, durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, los periódicos y las cartas privadas de la época están llenos de testimonios sobre tales procesos y hablan del gran número de personas que, en todas partes,

eran enviadas a bordo de la flota como resultado de la gran escalada de intimidación del pueblo. Grandes cantidades de ellos eran de los Irlandeses Unidos, empeñados en el esfuerzo de derrotar al despotismo que sufría el pueblo de Irlanda y, como resultado de su presencia a bordo, cada barco británico se convirtió pronto en un nido de conspiradores. Los “Jack Tars (6) de la Vieja Inglaterra” conspiraban para destruir el Imperio Británico y cualquier persona un poco al tanto de los hechos relativos al tratamiento que sus superiores y las autoridades les reservaban, no puede sorprenderse de sus actos. El tema no es del agrado de los historiadores patrioteros de las clases gobernantes inglesas y, por consiguiente, a menudo mienten complacidos, pero la fría realidad es que las “paredes de madera de Inglaterra”, tan amadas por los poetas de ese país, eran verdaderos infiernos flotantes para los pobres marineros y soldados.

El fustigamiento por las ofensas más triviales era infligido bajo la palabra sin pruebas del oficial más bajo, los cuartos en que los hombre eran obligados a dormir y a comer bajo cubierta se hallaban en las condiciones más viles y mugrientas; el alimento era de lo más asqueroso y todo marino tenía que pagar tributo a un avaricioso cabo de mar para escapar de la verdadera inanición, y toda la vida de los oficiales del barco, desde el capitán hasta el más joven brigadier, se basaba en la riqueza y la distinción y en un ambiente de odio y desprecio hacia todo lo perteneciente a las clases inferiores. Los motines y los intentos de motín eran, por consiguiente, constantes y los Irlandeses Unidos, reclutados, por la fuerza, encontraban un fértil campo para sus operaciones. En los archivos gubernamentales de los consejos de guerra en la marina la acusación de “tomar el juramento secreto de los Irlandeses Unidos” es uno de los más comunes contra los acusados, y el número de hombres fusilados y deportados allende los mares por este delito es, sencillamente, enorme. Los marineros ingleses y escoceses se adscribían libremente a las filas de los conspiradores, y el número de descontentos creció hasta tal punto, que en una ocasión –el motín del Norte– los marineros fueron capaces de rebelarse, deponer a sus oficiales y tomar el mando de la flota. Las mentes más sabias de entre ellos, los ejemplares Irlandeses Unidos, propusieron llevar los barcos a un puerto francés, pero finalmente se vieron obligados a acceder a la propuesta de intentar ganarse a los marineros de algunos otros barcos del puerto de Londres antes de partir para Francia. Esto hicieron, e incluso amenazaron con bombardear la ciudad; pero el retraso permitió al gobierno, agrupar sus barcos leales y permitió también que los esclavos “leales” aún a bordo de los barcos en rebeldía, jugaran con los sentimientos “patrióticos” de los vacilantes entre los amotinados británicos, describiéndoles la probabilidad de verse encerrados en prisiones francesas, en vez de ser bienvenidos, como aliados. Al final, el almirante y los oficiales, prometiendo una “satisfacción de sus justas quejas”, consiguieron ganar a un número suficiente en cada barco como para paralizar cualquier posibilidad de resistencia y el motín fue sofocado. A ello prosiguió el relato usual de fusilamientos, apaleamientos y deportaciones, pero las condiciones de vida a bordo estuvieron lejos de mejorar. Puede sorprender que hombres reclutados por la fuerza y conspiradores contra un gobierno tiránico pudieran luchar en favor de ese gobierno, como lo hicieron estos infortunados bajo Nelson,

pero debe tenerse en cuenta que, una vez a bordo de un buque de guerra y, una vez que ese buque entre en acción con un enemigo a mar abierto, no hay posibilidad de escapar o tan siquiera cooperar con el enemigo; el instinto de conservación obligaba a los rebeldes Irlandeses Unidos y a los descontentos amotinados a luchar tan lealmente por el barco como lo hacían los esclavos sin alma, de los cuales ellos mismos formaban parte. Y siendo hombres mejores, de más hombría sin duda, combatían mejor.

Al concluir este breve resumen de este aspecto de aquella gran sublevación democrática, deseamos recoger del *Press*, órgano de los Irlandeses Unidos, publicado en Dublín, la siguiente pequeña noticia del período que confiamos sea considerada como altamente ilustrativa de los tiempos en cuestión, al tiempo que es la confirmación de los puntos antes expuestos.

### **Calcinación**

“Cerca de Castle Ward, una aldea norteña, a un padre y un hijo, les quemaron las cabezas, en su propio fuego, para arrancarles una confesión sobre un escondite de armas. El motivo fue que se halló el cierre de un arma de fuego en una vieja casa propiedad de la mujer del anciano. Se sabe que, la pareja mencionada tenían dos hijos que sirven a bordo de la flota británica, uno bajo el mando de Lord Bridgport y el otro de Lord St. Vincent”.

## **Capítulo VIII**

### **Los Irlandeses Unidos, demócratas e internacionalistas**

*“Ay! Irlandeses, que han hecho con vuestras fiestas,  
Dejad todos los credos y profesiones de acuerdo,  
Si los Orange y os Verdes, ya no se observaran,  
Ay! Naboclis, que fácil sería para Irlanda liberarse”.*  
Jamie Hope.

Como señalamos en algún otro lugar (*La esperanza de Erin, el fin y los medios*), la civilización nativa irlandesa desapareció prácticamente con la derrota de la insurrección de 1641 y la disolución de la Confederación de Kilkenny. Esta gran insurrección significó la última aparición del sistema irlandés de los clanes, basado en la propiedad común y una organización social democrática, como rival del orden político social del feudalismo capitalista, basado en el despotismo político de los propietarios y la esclavitud política y social de los productores de la época.

En el curso de esta insurrección, los nobles anglo-irlandeses, que consideraban las tierras tribales irlandesas propiedad privada suya bajo el sistema feudal inglés unieron realmente su destino al de los hombres de las tribus nativas irlandesas, pero esta unión nunca fue cordial y su presencia en los consejos de los insurgentes fue en todo momento una prolífica fuente de discusión, traición e incapacidad. Aunque hicieron promesa de luchar por el catolicismo, en realidad buscaban únicamente conservar su derecho a las tierras que poseían como resultado de

anteriores confiscaciones a los mismos hombres o a los antepasados inmediatos de los hombres a cuyo lado combatían. Temían ser confiscados por la nueva generación de ingleses en caso de que la insurrección fuese derrotada, y temían ser confiscados por los clanes insurgentes en caso de que la insurrección fuese victoriosa.

En la vacilación y la traición consiguiente a este estado de ánimo puede hallarse la única explicación a la derrota de este magnífico movimiento de los clanes irlandeses, un movimiento que había llegado a proporciones tales que mantuvo su predominio y creó leyes para la mayor parte de Irlanda, acuñó su propia moneda, tuvo su propia flota y publicó patentes de corso para los corsarios extranjeros, hizo tratados con naciones extranjeras y exigió impuestos para el mantenimiento de los diversos ejércitos, que combatían bajo su bandera. El hecho de haber alistado bajo su bandera a los representantes de dos sistemas sociales diferentes, contenía los gérmenes de su ruina. Si hubiese sido completamente feudal, habría conseguido crear una Irlanda independiente, aunque con una población sierva como la de Inglaterra en aquella época. Si hubiese estado compuesta en su totalidad por las viejas familias tribales, habría aplastado el poder inglés y erigido una Irlanda verdaderamente libre; pero como no era sino un híbrido compuesto de ambos, poseía todos los defectos de ambos y toda la fuerza de ninguno y, por lo tanto, desembocó en el desastre. Con su destrucción y las consiguientes masacres, expropiaciones y la dispersión del nativo irlandés, los clanes irlandeses desaparecieron finalmente de la historia.

Junto a estas circunstancias, surgieron ciertas condiciones bien dignas del estudio de todo estudiante que desee comprender la historia irlandesa moderna.

Así, una de las condiciones que surgieron fue que la desaparición del clan como punto aglutinador de rebeliones y posible base de libertad, hizo imposible a partir de entonces la localización del esfuerzo insurreccional o que a éste se le diera un propósito menor o más circunscrito que el de la nación irlandesa. Desde que bajo la mano de acero de Cromwell los clanes irlandeses se sumergieron en la tumba de una común esclavitud, la única reaparición posible de la idea irlandesa en lo sucesivo pasa por la puerta de una insurrección nacional. Y desde aquel día en adelante, la idea de la propiedad común estaba destinada a pasar a último término como principio manifiesto de acción, en tanto que las energías de la nación se comprometían en un proceso lento y penoso de asimilación del sistema social del conquistador, de absorción de los principios de esa sociedad política basada en la propiedad, que había sustituido a la sociedad irlandesa de los clanes, basada en un patrimonio común.

Otra condición que sobrevino a la total desaparición del orden social irlandés fue el crecimiento y la agudización de las contradicciones de clase entre los conquistadores. El hecho indudable que, desde ese día en adelante, la propiedad de todas las industrias que permanecieron en Irlanda estuviese en manos del elemento protestante, no lo explicaremos cómo se han esforzado en hacerlo los historiadores sofisticados anti-irlandeses, al afirmar que surgió del mayor emprendimiento de los protestantes frente a los católicos. En realidad, fue debido al estado de ilegalidad social y política en que los católicos fueron

puestos en lo sucesivo por la ley de la tierra. Según la Constitución inglesa, tal como ésta se interpreta, en beneficio de Irlanda se presumía que los católicos irlandeses no existían y, de ahí, la imposibilidad práctica de que la empresa industrial estuviese en sus manos o fuese iniciada por ellos. Así como la propiedad terrateniente de los católicos pasó a dominio de los aventureros protestantes, también los negocios manufactureros de la nación de las cercenadas garras, de los enemigos perseguidos y proscritos.

Había entre ellos dos elementos: el protestante fanático y el simple aventurero que comerciaba con el entusiasmo religioso de aquél. El segundo utilizaba el fanatismo del primero para desarmar, subyugar y robar al enemigo católico común, y una vez conseguido esto, se estableció él mismo como clase terrateniente y comercial dominante, abandonando al soldado protestante a su destino de arrendatario o artesano. Ya en la época del estallido de la guerra williamista, en la generación siguiente a Cromwell, las industrias del norte de Irlanda se habían desarrollado tanto que, los aprendices de Derry eran el factor dominante para determinar la actitud de esa ciudad hacia los reyes ingleses en contienda, y al término de esa guerra la industria se desarrolló tan rápidamente en el país que llegó a convertirse en una amenaza para los capitalistas de Inglaterra, que pidieron a su rey que restringiese y pusiese trabas a su crecimiento, lo cual hizo éste con la aprobación de esta legislación restrictiva contra las industrias irlandesas. El capitalismo irlandés llegó a ser infiel y disconforme sin tener, en general, el poder ni el coraje de convertirse en revolucionario. Fue una nueva representación de drama, siempre repetido, de la invasión inglesa y el descontento anglo-irlandés, con el trasfondo económico usual. Hemos señalado en un capítulo anterior cómo cada generación de aventureros ingleses establecida en nuestro suelo como propietarios, se resentía de la llegada de la nueva generación, y que, su llamado patriotismo irlandés, estaba inspirado simplemente por el miedo a ser desposeídos a su vez, como ellos habían desposeído a otros. Lo que puede aplicarse a los "patriotas" terratenientes, puede aplacarse también a los manufactureros. Los capitalistas protestantes, con la ayuda de los aventureros ingleses, holandeses y otros, desposeyeron a los nativos católicos y se hicieron prósperos; según crecía el comercio, llegaron a convertirse en serio rival del comercio inglés y, por consiguiente, los capitalistas ingleses forzaron una legislación contra ellos e inmediatamente quienes antaño eran la "guarnición inglesa en Irlanda", se convirtieron en un partido "patriota" irlandés.

De vez en cuando se han desarrollado multitud de teorías, raras y fantásticas, para justificar la transformación de los colonos ingleses de una generación, en patriotas irlandeses de la siguiente. Se nos ha dicho que fue el aire, la lengua, la religión, la hospitalidad o el atractivo de Irlanda y, en todo momento, el hecho económico desnudo, la razón material, era tan clara como mítica y falsa la razón alegada. Pero no hay nadie tan ciego como quienes no quieren ver, pues el hecho es que desde que cesaron las confiscaciones inglesas de tierra irlandesa, ninguna institución de terratenientes irlandeses se ha hecho patriótica o rebelde, y desde que se anuló la legislación regresiva contra los manufactureros irlandeses, los capitalistas irlandeses han seguido siendo valiosas reservas de la estructura inglesa de dominio en Irlanda. Así, podría parecer que, desde que dejó

de funcionar el motivo económico, el aire, la lengua, la religión, la hospitalidad y el atractivo de Irlanda, perdieron toda su capacidad seductiva, toda su fuerza para convertir en patriota irlandés a un colono inglés de las clases poseedoras. Con el desarrollo de esta política "patriótica", entre la clase de manufactureros irlandeses se había desarrollado una política muy intensa y agresiva entre la clase humilde de los protestantes de la ciudad y del campo. De hecho, en Irlanda, no había en aquella época sólo dos naciones, católicos y no católicos, sino que cada una de esas dos naciones a su vez estaba dividida en otras dos, la rica y la pobre. El desarrollo de la industria había llevado a grandes cantidades de protestantes pobres, de las ocupaciones agrícolas al empleo industrial, y la supresión de éste en interés de los manufactureros ingleses, les dejó sin tierra y sin trabajo. Esta situación redujo a los trabajadores de la ciudad y del campo, a la condición de siervos. La feroz competencia en busca de tierras y de trabajo capacitó a la clase de los señores para doblegar, según su voluntad, a protestantes y católicos, y el resultado lo vimos en las rebeliones de que dimos noticia con anterioridad en nuestra historia. El trabajador y el arrendatario protestantes aprendieron que el Papa de Roma resultaba un peligro muy irreal e insignificante comparado con el poder social de su empresario o terrateniente, y en el arrendatario católico nació la percepción del hecho de que, bajo el nuevo orden social el terrateniente católico representaba menos la misa que la renta. Los tiempos eran propicios para una unión de las dos masas populares de Irlanda. Habían viajado desde puntos muy diferentes, atravesando los valles de la desilusión y el desencanto, para encontrarse al fin en las aguas unificadoras de un sufrimiento común.

Para realizar esta unión y convertirla en una fuerza viva en la vida de la nación, se requería la actividad de un revolucionario con suficiente capacidad de estadista como para encontrar un punto común en el que pudiesen unirse los dos elementos, y algún gran acontecimiento dramático para llamar la atención de todos ellos y encender en ellos un sentimiento común. El primero, el hombre revolucionario y estadista, se hallaba en la persona de Theobald Wolfe Tone, y el segundo, el acontecimiento, en la Revolución Francesa. Wolfe Tone, aunque protestante, había sido durante algún tiempo secretario del Comité Católico, y en calidad de tal, había escrito el panfleto citado en un capítulo anterior, pero con el tiempo se había convencido de que había llegado la hora de medidas más amplias y drásticas de las que el Comité podría, posiblemente, iniciar aunque lo quisiera. La Revolución Francesa operó igualmente en las mentes de las masas católicas y protestantes para demostrar este hecho y prepararles para recibirlo. Los trabajadores protestantes vieron en ella una revolución de un gran país católico y dudaron, por tanto, de la creencia que tan insidiosamente les habían inculcado de que los católicos eran esclavos voluntarios del despotismo; y los católicos vieron en ella una gran manifestación de poder popular, una revolución del pueblo contra la aristocracia y, por consiguiente, dejaron de creer que la dirección aristocrática fuese necesaria para su salvación.

Aprovechando este momento propicio, Tone y sus socios propusieron la formación de una sociedad de hombres de cualquier credo con el fin de asegurar una representación igual de todo el pueblo en el parlamento.

Esto se intentaba, como las palabras y los hechos posteriores de Tone demuestran ampliamente, únicamente como medio de unidad; buen conocedor de la naturaleza de los tiempos y de la oligarquía política en el poder, comprendió que dicha demanda tropezaría con toda la resistencia de la fuerza del gobierno, pero calculó sabiamente que dicha resistencia contra una demanda popular haría más íntima y duradera la unión del pueblo, sin diferencias de religión. Y que Tone no se hacía ilusiones sobre el valor de la aristocracia, queda demostrado en muchos de pasajes de su autobiografía. Citamos uno, que demuestra, además de este punto, el efecto determinante de la Revolución Francesa sobre el pensamiento popular en Irlanda:

“A medida que avanzaba la revolución y los acontecimientos se extendían, el espíritu público de Irlanda se elevaba con rápida aceleración. *Los temores y animosidades de la aristocracia crecían en mayor o igual proporción.* En poco tiempo la Revolución Francesa se convirtió en campo de pruebas del credo político de todos los hombres y la nación quedó dividida claramente en dos grandes partes: los aristócratas y los demócratas, copiados de Francia que, desde entonces, han estado midiéndose las fuerzas en todo momento y llevando a cabo una especie de guerra silenciosa que, con el curso de los acontecimientos, muy probablemente desemboque pronto en energía y acción”.

Puede verse pues que Tone basaba sus esperanzas en la prosecución victoriosa de una lucha de clases, aunque los que hoy pretenden imitarle levanten sus manos en santo horror ante la simple mención de la frase.

La sabiduría política de usar una demanda de representación igual como grito aglutinador de la democracia en Irlanda, queda evidenciada por un estudio de la situación del sufragio en aquella época. En una *Proclama de los Irlandeses Unidos de Dublín a la Sociedad Inglesa de Amigos del Pueblo, fechada en Dublín el 26 de octubre de 1792*, encontramos la siguiente descripción de la situación de la representación:

“La situación de la representación protestante es la siguiente: diecisiete burgos no tienen elector residente; dieciséis no tienen más que uno; noventa tiene trece electores cada uno; noventa personas pagan por 106 burgos rurales, es decir, 212 miembros de 300, la cifra total; cinco nobles y cuatro obispos pagan por 54 miembros; y la influencia del burgo ha dado a los terratenientes tanto poder en los condados, que los convierte también en burgos... no obstante, todavía se habla con emocionada veneración de la Majestad del Pueblo; y si se coloca ostensiblemente la corona en alguna parte de la porción protestante, se hace con burla, pues, está rodeada de espinas.

“En cuanto a los católicos, el hecho simple y penoso es el siguiente: tres millones de personas, todas ellas con un interés en el Estado y que colectivamente le dan valor, tienen que pagar impuestos careciendo de representación y se ven obligados a leyes a las cuales no dieron su consentimiento”.

La citada proclama, firmada por Thomas Wright, como secretario, contiene una frase cuyo estudio podía ser útil para ciertos socialistas y otros en Irlanda e Inglaterra, que resulta útil también para ilustrar el pensamiento de la

época. Es la siguiente:

“En cuanto a la unión entre las dos islas, creednos cuando decimos que nuestra unión descansa en nuestra mutua independencia. Nos amaremos mutuamente si cada uno se ocupa de sí mismo.”

Esta era, pues, la situación en la que nació la Sociedad de los Irlandeses Unidos. Esa sociedad fue creada y dirigida por hombres que comprendían la importancia de esos principios de acción a los que fue tan efectiva a la hora de unir al pueblo de Irlanda, como los “patriotas” de nuestros días, en mantenerlo separado, en fracciones religiosas en pugna. Comprendían que la aristocracia era necesariamente hostil al principio y la práctica de la libertad; comprendían que la lucha irlandesa por la libertad no era sino una parte del avance de la raza humana, a escala mundial y, por tanto, se aliaron con los revolucionarios de Gran Bretaña, así como con los de Francia y hablaron poco de glorias antiguas y mucho de la miseria moderna. El *Informe del Comité Secreto de la Cámara de los Comunes*, reimprimió íntegro el *Manifiesto Secreto a los Amigos de la Libertad de Irlanda*, que Wolf Tone y sus asociados hicieron circular por todo el país en el mes de junio de 1791, y ya que éste contiene un esbozo de los planes de la asociación revolucionaria conocida en la historia como Sociedad de los Irlandeses Unidos, citamos unos cuantos pasajes en apoyo de nuestros argumentos y para mostrar las opiniones democráticas de sus fundadores. Se supone que el manifiesto fue escrito por Wolfe Tone, en colaboración con Samuel Nelson y otros:

“Al abandonar los pocos principios claros y simples de la fe política, nuestra política, como nuestra religión, han acabado en el sermón, no en la práctica; palabras, no hechos. Una sociedad como ésta repudiará las apelaciones partidistas que parecen empalizar en pequeños compartimentos los corazones humanos y parcelar en sectas y secciones el sentido, la honestidad y el bienestar comunes.

“No será una aristocracia, que se disfraza bajo el lenguaje del patriotismo, rival del despotismo en interés propio, ni su irreconciliable enemigo en interés de todos nosotros. No detendrá con opiniones netamente retrospectivas la marcha de la humanidad ni le obligará a penetrar en las sendas y callejuelas de sus antepasados.

“Esta sociedad bien puede ser el medio más poderoso para la promoción de un gran fin. ¿Cuál? *Los Derechos del Hombre en Irlanda*. La mayor felicidad para el mayor número de personas de esta isla, las demandas naturales e irrevocables de toda nación libre a seguir siéndolo –la voluntad y el poder de ser feliz para perseguir el bienestar común al igual que un individuo persigue su bienestar privado, y mantenerse en independencia insular un pueblo soberano.

“La Mayor Felicidad para el Mayor Número. Sobre la roca de este principio descansa esta sociedad; que por él se juzgue toda cuestión política y no se considere arriesgado todo lo que haga falta para llevar a este fin, sino más interés, deber, gloria y común religión nuestra. Los Derechos del Hombre son los Derechos de Dios, y reivindicar los unos es mantener los otros.

“Debemos ser libres con el fin de servir a Aquel, cuyo servicio es perfecta libertad.

“Las actividades externas de esta sociedad serán: primero, la publicación con el fin de propagar sus principios y llevar a cabo sus fines. Segundo, que se mantengan asiduamente comunicaciones con las diferentes ciudades y se haga cualquier esfuerzo para celebrar una Convención Nacional del Pueblo de Irlanda, que se beneficiará de los errores pasados y de cualquier circunstancia inesperada que ocurra desde esta reunión. Tercero, comunicaciones con sociedades de tipo similar en el extranjero, como el Club Jacobino de París, la Sociedad Revolucionaria de Inglaterra, el Comité para la Reforma en Escocia. Que las naciones marchen juntas. Que el intercambio entre la humanidad de sentimientos relativos a los Derechos del Hombre, sea lo más inmediato posible.

“Cuando la aristocracia avanza, el pueblo retrocede; cuando el pueblo avanza, la aristocracia, temerosa de quedarse atrás, se insinúa en nuestras filas y se alza como tímido dirigente o traidor ayudante. Quieren utilizarnos como instrumentos; hagámosles, mejor, instrumentos nuestros. Una de ambas cosas debe suceder. El pueblo debe servir al partido, o el partido debe emerger de la fortaleza del pueblo, y Hércules descansará entonces en su bastón. Que el 14 de julio, el día que siempre conmemorará la Revolución Francesa, vierta esta sociedad su primera libación a la libertad europea, con el paso del tiempo a la libertad del mundo, y con las manos entrelazadas y los ojos elevados al Cielo, en Su presencia, que alentó en ellos un alma eterna, juren mantener los derechos y prerrogativas de Irlanda como pueblo independiente.

“*'Dieu et Mon Droit'* (Dios y mi derecho), es el lema de los reyes. *'Dieu et la liberté'* (Dios y la libertad), exclamó Voltaire cuando vio a Franklin, su compañero ciudadano del mundo. *'Dieu et nos droits'* (Dios y nuestros derechos), deben gritarse unos a otros los irlandeses, el grito de la piedad, la justicia y la victoria”.

Sería difícil encontrar en la literatura socialista moderna cualquier cosa más ampliamente internacional en su mira y propósitos, de un carácter de clase más definido en sus métodos, o más manifiestamente democrático, en su naturaleza que este manifiesto, ya que, si bien revela la inspiración y los métodos de un revolucionario reconocido como el organizador más acertado de la revolución en Irlanda desde los días de Rory O'More, todos los que hoy en día se declaran partidarios suyos pisotean y repudian constantemente cada uno de estos principios y los rechazan como posible guía de su actividad política. Sólo el socialista irlandés está en armonía con el pensamiento de éste apóstol revolucionario de los Irlandeses Unidos.

El manifiesto mencionado circuló en junio de 1791 y en julio del mismo año el pueblo ciudadano y las Sociedades de Voluntarios de Belfast, se reunieron para celebrar el aniversario de la Caída de la Bastilla, una celebración recomendada por el constructor del manifiesto como medio para educar y unir al verdadero pueblo de Irlanda, los productores. Del *Dublin Chronicle* citamos los siguientes

pasajes de la *Declaración de los Voluntarios y Habitantes de la ciudad y vecindad de Belfast, sobre el tema de la Revolución Francesa*. Dado que Belfast era el foco de las ideas revolucionarias en Irlanda y se convirtió en la sede de la primera sociedad de Irlandeses Unidos, y dado que todas las ramas restantes de la sociedad estaban basadas en este original, será útil estudiar los sentimientos aquí expresados.

“Acordado por unanimidad en una Asamblea celebrada por anuncio público, el 14 de julio de 1791.

**Coronel Sherman, presidente.”**

“Ni sobre el mármol ni sobre el bronce, pueden registrarse tan perdurablemente los derechos y deberes de los hombres, como en sus memorias y en sus corazones. Nos reunimos este día, por consiguiente, para conmemorar la Revolución Francesa; que el recuerdo de este gran acontecimiento se sumerja profundamente en nuestros corazones, encendidos no solamente por el sentimiento común de los ciudadanos, sino por una simpatía que une a la raza humana en una hermandad de interés, deber y afecto.

“Tomamos aquí, pues, nuestra postura, y si se nos pregunta qué es para nosotros la Revolución Francesa, contestaremos que mucho. Mucho como hombres. Es bueno para la naturaleza humana que la hierba crezca donde La Bastilla estuvo. Nos alegramos por un acontecimiento que significa la destrucción de la esclavitud civil y religiosa, cuando contemplamos que esta deforme pila de abusos, cimentada meramente en la costumbre y levantada sobre la ignorancia de un pueblo, postrado, se tambalea en su misma base, hasta el nivel mismo de la libertad igual y la riqueza común. Nos alegramos realmente por esta insurrección de la naturaleza humana y felicitamos a nuestros hermanos que surgen de las criptas de la tortura y de las cuevas de la muerte. Felicitamos al mundo cristiano por tener en él una gran nación que ha renunciado a todas las ideas de conquista y ha publicado el primer manifiesto glorioso de humanidad, unión y paz. A nuestra vez rogamos a Dios que la paz descansa en su tierra y que la realeza, la nobleza o un clero, jamás tengan poder para dañar la armonía de un buen pueblo que estudia las leyes que deben asegurar su propia felicidad y la de millones de personas que todavía no nacieron.

“Continúa practicando pues, pueblo grande y valiente, la sublime filosofía de tu legislación, ganándote el aplauso de naciones menos dispuestas que tú a la justicia, y no mediante la conquista, sino mediante la omnipotencia de la razón para convertir y liberar al mundo, un mundo cuyos ojos están fijos en ti, cuyo corazón está contigo, que habla de ti con todas sus lenguas; tú eres muy en verdad, la esperanza de este mundo, de todos excepto unos cuantos hombres en unos cuantos gabinetes, que pensaron que era la raza humana la que les pertenecía a ellos, y no ellos a la raza humana; pero ahora han recibido un terrible ejemplo y tiemblan, y no se atreven a confiar en los ejércitos formados contra ti y tu causa”.

Así hablaba Belfast. Puede verse que las ideas de los editores del manifiesto secreto tocaron una fibra sensible de los corazones del pueblo. Una serie de

reuniones del Cuerpo de Voluntarios de Dublín se celebraron en octubre del mismo año, aparentemente para denunciar una proclama gubernamental que ofrecía una recompensa por la captura de católicos en posesión de armas, pero en realidad era para discutir la situación política. La naturaleza de las conclusiones a que se llegaron puede juzgarse por un párrafo final de la resolución, aprobada el 23 de octubre de 1791 y firmada entre otros por James Napper Tandy, en nombre del Cuerpo de Artillería Libertad. Decía:

“En tanto que admiramos la filantropía de esa nación grande y esclarecida, que ha dado un ejemplo de sabiduría política y religiosa a la humanidad, no podemos sino lamentarnos de que las diferencias, injuriosas para ambos, hayan deshonrado durante demasiado tiempo el nombre de los irlandeses; y deseamos muy fervientemente que nuestras animosidades sean enterradas con los huesos de nuestros antepasados; y que nosotros y nuestros hermanos católico-romanos, nos unamos como ciudadanos y exijamos los Derechos del Hombre”.

Esto sucedía en octubre. En el mismo mes, Wolfe Tone fue a Belfast, invitado por uno de los círculos avanzados de Voluntarios y formó el primer círculo de Irlandeses Unidos. De vuelta en Dublín, organizó otro. De las actas de la reunión de inauguración de esta primera Sociedad de Irlandeses Unidos de Dublín, celebrada en el Eagle Inn, Eustace Street, el 9 de noviembre de 1791, sacamos los extractos siguientes, que defienden los principios de los miembros originales de aquellos dos círculos iniciales de una sociedad destinada a cubrir toda Irlanda en poco tiempo y poner en movimiento las flotas de dos auxiliares extranjeros.

“Para la consecución de este importante y gran objetivo, la eliminación de las absurdas y ruinosas diferencias, y para promover una completa coalición del pueblo, se ha formado un círculo compuesto por todas las creencias religiosas, que ha tomado el nombre de La Sociedad de Irlandeses Unidos de Dublín y ha hecho suya la declaración de una sociedad similar en Belfast, que es la siguiente:

“En la gran era actual de reforma, cuando caen los gobiernos injustos en todas las regiones de Europa, cuando la persecución religiosa se ve forzada a abjurar de su tiranía sobre las conciencias; *cuando los Derechos del Hombre son descubiertos en la teoría y esa teoría es verificada por la práctica*; cuando la antigüedad no puede ya defender formas absurdas y opresivas contra el sentido y los intereses del hombre; cuando se reconoce que todo gobierno dimana del pueblo y que, por tanto, sólo es obligatorio en cuanto que proteja sus derechos y promueva su bienestar, creemos que nuestro deber de irlandeses es adelantarnos y declarar lo que consideramos una grave injusticia y lo que sabemos que es remedio efectivo para ella.

“No tenemos gobierno nacional; estamos dominados por ingleses y servidores de ingleses, cuyo objetivo es el interés de otra nación; cuyo instrumento es la corrupción; cuya fuerza es la debilidad de Irlanda; y estos hombres tienen todo el poder y el patrocinio del país como medios para seducir y sojuzgar la honestidad y el espíritu de sus representantes en la legislatura. A un poder extrínseco tal, que actúa con fuerza uniforme en una dirección opuesta con excesiva frecuencia a la línea verdadera de nuestros obvios intereses, sólo se le puede resistir con resultado, con unanimidad, decisión y

espíritu en el pueblo, cualidades que serán ejercidas más legal, constitucional y eficazmente con esa gran medida esencial para la prosperidad y la libertad de Irlanda: una representación igual de todo el pueblo en el parlamento...

“Hemos ido hasta lo que consideramos la raíz del mal; hemos declarado lo que concebimos como remedio: con un parlamento así reformado, todo es fácil; sin él, nada puede hacerse”.

Aquí se nos indica un plan de campaña en la línea de los que seguirían, poco después, con tanto éxito, los socialistas europeos, un partido revolucionario que declaraba abiertamente sus simpatías revolucionarias pero que limitaba su primera demanda a una medida popular que emancipase a las masas en cuyo apoyo descansaba su éxito final. Nadie puede leer el manifiesto que acabamos de citar, sin comprender que estos hombres se proponían nada menos que, una revolución social y política, como la que se había realizado en Francia, o incluso mayor, porque la Revolución Francesa no emancipaba a todo el pueblo, sino que hacía una distinción entre ciudadanos activos y pasivos, pagadores y no pagadores de impuestos. Un estudioso imparcial tampoco puede dejar de comprender que, justamente, este atrevido propósito era el secreto de su éxito, como organizadores, lo mismo que es el secreto de la efectividad política de los socialistas de nuestra época. Ninguna otra cosa habría conseguido hacer que las masas protestantes y católicas estrechasen sus manos por encima del sangriento sacrificio de los odios religiosos, ninguna otra obtendrá ese mismo resultado de entre los obreros irlandeses. Debe atribuirse a la valía de los dirigentes de los Irlandeses Unidos el hecho de permanecer fieles a sus principios, incluso, cuando la moderación les habría asegurado una mitigación de su suerte. Cuando fue interrogado ante el Comité Secreto de la Cámara de los Comunes, en la prisión de Fort George, Escocia, Thomas Addis Emmet no dudó en decir a sus inquisidores que, en caso de haber tenido éxito, habrían inaugurado un sistema social muy diferente del que entonces prevalecía.

Pocos movimientos en la historia han sido más consistentemente falsificados por enemigos abiertos y pretendidos admiradores que el de los Irlandeses Unidos. La *suggestio falsi* y la *suppressio veri* se han utilizado sin remordimiento alguno. Los historiadores, oradores y periodistas “patrióticos” de la clase media de Irlanda, compitieron entre sí siempre con entusiásticas descripciones de sus proezas militares en tierra y mar, sus milagrosas escapadas y su heroico martirio, pero suprimieron o tergiversaron resueltamente sus escritos, canciones y manifiestos. Nos hemos esforzado por invertir el proceso, dar publicidad a su literatura, por creer que revela mejor a los hombres que cualquier biógrafo partidista. El Dr. Madden, un biógrafo muy concienzudo y escrupuloso, declaraba en su volumen de *Obras Restos literarios de los Irlandeses Unidos*, en los que suprimió muchas de sus obras debido a sus “mezquinas” tendencias republicanas e irreligiosas.

Esto es lamentable, pues pone a otros biógrafos e historiadores ante el dilema (mil veces más difícil ahora), de buscar de nuevo y reunir el material literario sobre el que construir una apreciación correcta de la obra de esos pioneros de la democracia en Irlanda. Y ya que los hombres y las

mujeres irlandesas avanzan hacia una apreciación más fiel de los principios sociales y políticos correctos, quizá sea posible decir, sin ser, en lo más mínimo blasfemo o irreverente, que las piedras rechazadas por los constructores del pasado, se han convertido en las piedras angulares del edificio.

## Capítulo IX

### LA CONSPIRACION DE EMMET

*“El rico siempre traiciona al pobre”.*

Henry Joy McCracken, carta a su hermana (1798)

La conspiración de Emmet, la secuela movimiento Irlandeses Unidos de 1798, fue incluso más claramente democrática, internacional y popular que ésta en sus simpatías y afiliaciones. La traición de los jefes de los Irlandeses Unidos en manos del gobierno, había quitado de la escena, prácticamente, a todos los partidarios pertenecientes a la clase media, del movimiento revolucionario y abandonó sus filas a sus propios medios y a dejarse llevar por sus propias tendencias. Por consiguiente, fue con estos humildes trabajadores de la ciudad y del campo con quienes Emmet tuvo que tratar cuando intentó reorganizar las dispersas fuerzas de la libertad para un nuevo choque contra el despótico poder del gobierno de clase que dominaba, entonces, en Irlanda e Inglaterra. Todos los estudiosos que han investigado el asunto, son unánimes en reconocer que la conspiración de Emmet tuvo carácter más obrero que sus predecesoras. Realmente, es de destacar que esta conspiración, extendida por toda Irlanda, Inglaterra y Francia, progresara tan rápidamente, y con preparativos de rebelión armada tan elaborados, entre el sector más pobre de la población a muy poco tiempo de la fecha del proyectado levantamiento, sin que el vigilante gobierno inglés o su poder ejecutivo irlandés, fueran capaces de informarse del asunto.

Probablemente el carácter proletario del movimiento —el hecho de que se reclutase principalmente entre la clase obrera de Dublín y otros grandes centros, así como entre el elemento trabajador de los distritos rurales—, fue la verdadera razón de que no fuese tan prolífico en traidores, como su precursor. Después de que la conspiración fracasase, el Gobierno, por supuesto, pretendió conocerlo todo de antemano —en realidad, el Gobierno inglés en Irlanda siempre pretendió ser omnisciente—, pero nada salió a la luz durante el juicio de Emmet que justificase semejante pretensión. Ni ha salido nada a la luz desde entonces, aunque los investigadores de los documentos gubernamentales de la época, los papeles Castlereagh, los archivos del servicio secreto y otras fuentes de información han podido sacar a la luz, en sus verdaderos colores de infamia, a muchos que, a la vista del público y durante más de una generación, habían sido considerados como animosos patriotas y reformadores. Así se descubrió que Leonard

McNally, abogado y defensor legal de los Irlandeses Unidos, que actuó en nombre de todos los jefes de esa organización en sus juicios, que formó parte del Comité Católico y fue elegido como delegado católico en Inglaterra en 1811, considerado y respetado como intrépido abogado de los derechos católicos y campeón de los nacionalistas perseguidos, había estado en todo momento a sueldo del Gobierno, cumpliendo el detestable papel de informador y entregando sistemáticamente al Gobierno los recónditos secretos de los hombres cuya causa pretendían defender en los tribunales. Pero este secreto se guardó durante medio siglo. Francis Magan, otra persona meritoria, recibía una pensión secreta de 200 libras anuales del Gobierno por dar a conocer el escondrijo de lord Edward Fitzgerald, y murió y vivió respetado como ciudadano honesto e inocente. Un cuerpo de la Milicia Real de Meath, estacionado en Mallow, Condado de Cork, había conspirado para apoderarse de la artillería allí estacionada y unirse con ese valioso armamento a los insurgentes en un solo cuerpo. Uno de los suyos mencionó el complot en sus confesiones al reverendo Thomas Barry, párroco de Mallow, y éste le ordenó revelarlo a las autoridades militares. El dirigente de los conjurados, sargento Beaty, viendo, por las precauciones tomadas de improviso, que el complot estaba descubierto, intentó salir del cuartel con diecinueve hombres, pero fue posteriormente capturado y ahorcado en Dublín. El padre Barry (que irónico suena el título), recibió del Gobierno una pensión de 100 libras anuales y mantuvo en secreto este dinero ensangrentado durante toda su vida, antes de que el crimen fuese descubierto. Se recuerda que el gran Daniel O'Connell palideció una vez al mostrársele un recibo por este dinero ensangrentado, firmado por el padre Barry y se sabe, sin embargo, que el mismo O'Connell, como miembro del Cuerpo Yeomanry de abogados de Dublín, resultó trabajar contra los rebeldes en la noche de la insurrección de Emmet, y Daunt relata en sus *Memorias* que O'Connell le señaló una casa que él (O'Connell) había buscado para los "Croppies" (patriotas), en James's Street.

Este que aquí escribe ha visto en Derrynane, la casa ancestral de O'Connell, en el Condado de Kerry, un trabuco de bronce que un miembro de la familia nos aseguró que regaló a O'Connell el propietario de una casa de James's Street, Dublín, partidario de Emmet, un detalle que llevó a nuestra mente esa "caza de Croppies" de que habla Daunt, y dio lugar a la conjetura de que posiblemente el trabuco en cuestión debía su presencia en Derrynane a aquella memorable incursión.

Pero aunque investigadores posteriores han traído a la luz del día muchas traiciones contra la libertad semejantes a las mencionadas, y han revelado fondos de corrupción en rincones insospechados, nada se ha demostrado que atenúe la gloria y empañe el nombre de los hombres y mujeres de la clase obrera que, portaron el peligroso secreto de la conspiración de Emmet y lo guardaron tan bien y fielmente hasta el final. En relación con esto debe recordarse que, en ese período estaba fuera de la ley la organización abierta de los trabajadores, para cualquier propósito, y que, por consiguiente, los sindicatos que florecieron

entonces entre la clase obrera eran todas organizaciones ilegales cuyos miembros estaban en constante peligro de arresto y deportación por el crimen de organizarse y que, además, la propuesta de derrocar a la represiva clase gobernante y establecer una república basada en los votos de todos los ciudadanos, como Emmet planeaba, era capaz de responder por igual a las necesidades materiales y a la imaginación de los desposeídos irlandeses. Y como estaba ya preparados para la clandestinidad organizativa, fueron, por naturaleza, un material espléndido para el movimiento revolucionario. Es significativo que la única lucha seria en la noche de la desafortunada insurrección tuvo lugar en el distrito de Coombe, de las Libertades de Dublín, un barrio habitado exclusivamente por tejedores,<sup>1</sup> curtidores y zapateros, los sindicatos mejor organizados de la ciudad, y que una fuerza de hombre de Wicklow, llevada a Dublín por Michael Dwyer, el cabecilla insurgente, se refugió en los muelles, entre los trabajadores del puerto, y gracias a ello pudo retornar a sus hogares, sin que ningún traidor revelara su paradero a los numerosos espías del Gobierno que recorrían la ciudad.

La madurez del elemento laborioso del campo, en general, para cualquier movimiento que llevara consigo esperanzas de emancipación social, puede calibrarse por el hecho de que una rebelión parcial hubiera tenido lugar ya en 1802 en Limerick, Waterford y Tipperary, donde, según la *Historia de Irlanda*, de Harvesty, las supuestas causas de la rebelión fueron “la escasez de las patatas” y “el derecho de los antiguos arrendatarios a mantener la posesión de sus granjas”.

Tales eran los materiales domésticos en los que descansaba la conspiración de Emmet: elementos de la clase obrera enardecidos por la esperanza de emancipación política y social. En el exterior buscó la alianza con la República Francesa —la encarnación del descontento y la revolución política, social y económica de la época—, y en Gran Bretaña formó alianza con los reformadores de “Sassenach”, que conspiraban para derrocar la monarquía inglesa. El día 13 de noviembre de 1802, un tal Coronel Despard, con otras 19 personas, fue detenido en Londres, acusado de un crimen de alta traición; fueron juzgados bajo la acusación de conspiración para asesinar al rey; aunque no existía evidencia alguna en apoyo de tal acusación, Despard y otros siete, fueron ahorcados. Según los papeles Castlereagh, Emmet y Despard preparaban un levantamiento simultáneo, siendo un cierto William Dowdall, de Dublín, a quien se describe como uno de los más decididos de los Irlandeses Unidos, el agente confidencial entre ambos. El señor W. J. Fitzpatrick, en sus libros *El Servicio Secreto en la época de Pitt* y *El falso hacendado*, saca a la luz muchos de estos hechos como resultado de una amplia y minuciosa investigación de los archivos del Gobierno y los papeles de familias privadas, pero, sin embargo, aunque estos libros fueron publicados hace medio siglo, cada aniversario de Emmet que pasa, sigue trayéndonos consigo una cosecha de oradores que todo lo saben sobre el martirio de Emmet, pero nada sobre sus principios. Incluso, algunos de sus más entusiastas panegiristas no parecen comprender que empañan su gloria cuando le representan como víctima de una protesta contra la injusticia local de Irlanda, en vez de un apóstol irlandés de un

movimiento a escala mundial, por la libertad, la igualdad y la fraternidad. No obstante eran estos realmente el carácter y la posición de Emmet, y como tal será venerado en el futuro. Compartía plenamente la simpatía internacional de aquella Sociedad de Irlandeses Unidos de Dublín, que nombraron Irlandeses Unidos a un reformador escocés cuando se enteraron de que el Gobierno le había condenado a la deportación por asistir a una convención de reformadores en Edimburgo. Creía en la hermandad de los oprimidos y en la comunidad de las naciones libres y murió por su ideal.

Emmet es el más idolatrado, el más universalmente alabado de todos los mártires irlandeses. Por consiguiente, merece destacarse que, en la proclamación que redactó para publicar en nombre del “Gobierno Provisional de Irlanda”, el primer artículo decreta la total confiscación de la propiedad eclesiástica y su nacionalización, y el segundo y tercer artículos prohíben y declaran inválida la cesión de toda la propiedad terrateniente, títulos, obligaciones y efectos públicos hasta que se establezca el gobierno nacional y se declare sobre ellas las voluntad nacional.

Esto establece, de este modo, dos cosas; a saber: que Emmet creía que la “voluntad nacional” era superior a los derechos de propiedad y podía abolirlos a voluntad; y también que entendía que no puede esperarse que las clases productoras se agrupasen para la revolución, a menos que se les diese a entenderse que significaba su libertad de la esclavitud, tanto social como política.

## **Capítulo X**

### **El primer socialista irlandés: un precursor de Marx**

*“Este es un sistema que, en sus aspectos menos repulsivos, obliga a miles y decenas de miles de personas a sufrir y trabajar hambrientos, en harapos y miseria, con el fin de que unos pocos zánganos holgazanes gocen de comodidad y lujo”.*

*Irish People*, 9 de julio de 1864

Para Irlanda, lo mismo que para cualquier otra parte de Europa, el primer cuarto del siglo XIX, fue un período de oscuridad política, de despotismo y reacción desenfundados. El temor engendrado en el corazón de las clases dominantes por la Revolución Francesa, dio nacimiento a un odio casi insano hacia la reforma, junto a una ferocidad lobuna en la caza de los reformadores más moderados. El triunfo de los soberanos aliados sobre Napoleón fue seguido de una perfecta Saturnalia de despotismo en toda Europa, y toda forma de organización popular fue despiadadamente suprimida o arrojada a la clandestinidad. Pero arrojar

una organización a la clandestinidad no elimina las causas del descontento y, por consiguiente, vemos que tan rápidamente como la reacción triunfó sobre la tierra, sus antagonistas extendieron sus conspiraciones secretas bajo ella. El descontento popular aumentó todavía más por el hecho de que el regreso de los soldados licenciados de las guerras napoleónicas a sus hogares tuvo un grave efecto económico. Privó a los agricultores de un mercado para sus productos y produjo una grave crisis agrícola e industrial. Desempleo a todos los barcos utilizados en abastecer a las tropas, todos los astilleros requeridos para construirlos, equiparlos y repararlos, todas las industrias ocupadas en hacer material de guerra y, junto a la suspensión del trabajo y la inundación del mercado laboral con los hombres y mujeres así desempleados, lanzó a la deriva a decenas de miles de soldados y marineros fornidos, a competir con los trabajadores civiles que les habían alimentado, vestido mantenido durante la guerra. En Irlanda, especialmente, los resultados fueron desastrosos, debido a la proporción excesivamente grande de irlandeses entre los soldados y marineros licenciados. Estos, al regresar a sus hogares, se encontraron el mercado laboral en las ciudades abarrotado de parados y en los distritos rurales a los terratenientes ocupados en una feroz guerra de exterminio con sus arrendados, quienes, al haber perdido su mercado y sus precios de guerra, eran incapaces de hacer frente a la creciente extorsión de los propietarios del suelo. Fue en este período cuando la conspiración de los Ribbon penetró en el trabajador irlandés de los distritos rurales, y aunque nunca se ha desvelado la verdad relativa de este movimiento, se sabe lo suficiente para indicar que fue, en efecto, un sindicato agrícola secreto, de trabajadores y labradores, un sindicato que tomó su propio modo salvaje de hacer justicia al usurpador y aplicar la venganza contra el traidor de sus compañeros. También en esta época, el sindicalismo irlandés, aunque secreto e ilegal, llegó a su máximo de fuerza y compacta organización. En 1824, el principal condestable de Dublín, testificando ante un comité de la Cámara de los Comunes, declaró que los sindicatos de Dublín estaban perfectamente organizados y muchos de los empresarios empezaban a quejarse de la "tiranía de los sindicatos irlandeses". En esas circunstancias, no es extraño que la atención que en el siglo XVIII se había dado a las reformas políticas y la filosofía diese lugar en el XIX al afán de mejora social.

En Inglaterra, Francia y Alemania, surgió una multitud de filósofos sociales, cada uno con su esquema de un orden social perfecto, cada uno con un plan, mediante el cual, se llevaría a cabo la regeneración de la sociedad y serían abolidos la pobreza y todos los males de ella derivados. En su mayoría, estos teóricos no tenían ninguna queja que hacer contra los beneficiarios del sistema social vigente; su queja era contra los resultados del sistema social. En realidad, en su mayoría, creían que las clases gobernante y poseedoras renunciarían voluntariamente a sus privilegios y propiedad e iniciarían el nuevo orden, una vez que se convencieran de sus ventajas. Con esta creencia, era natural que la dirección principal de su crítica de la sociedad fuese hacia un análisis de los efectos de la competencia sobre comprador y vendedor y que la relación entre el trabajador como productor y el propietario como expropiador de la cosa producida, no ocupase parte alguna

de su examen. El resultado de este punto de vista unilateral de las relaciones sociales era necesariamente una completa ignorancia del desarrollo histórico como factor de aceleración del cumplimiento de su ideal; ya que el nuevo orden iba a ser introducido por la clase gobernante, se deducía que cuanto más fuerte fuese esa clase más fácil sería la transición y, por consiguiente, todo lo que tendiese a debilitar el vínculo social acentuando la distinción de clase o deteriorando los sentimientos de respeto mantenido por el trabajador hacia sus señores sería un freno del progreso.

Esos filósofos formaron sectas socialistas, y se sabe que sus partidarios, cuando perdieron el genio inspirador de sus dirigentes, degeneraron en reaccionarios del tipo más pronunciado, opuesto a toda medida de avance de las clases trabajadoras.

Los irlandeses, en general, no son filósofos; pasan muy rápidamente del pensamiento a la acción.

Por tanto, no es de extrañar que el mismo período que produjo los socialistas utópicos antes aludidos en Francia, Inglaterra y Alemania, produjese en Irlanda un economista más plenamente socialista en el sentido moderno que cualquiera de sus contemporáneos: William Thompson, de Clonkeen, Roscarberry, Condado de Cork, un socialista que no dudó en dirigir su atención hacia la esclavitud política y social del trabajo como el peor mal de la sociedad, ni en describir, con una despiadada fidelidad a la verdad las desastrosas consecuencias para la libertad política de la presencia en la sociedad de una clase rica. Thompson creía en la posibilidad de realizar el socialismo formando colonias cooperativas en la línea de las defendidas por Robert Owen, y, en ese sentido, puede ser clasificado de utópico. Por otra parte, creía que tales colonias debían ser construidas por los trabajadores mismos y no por la clase gobernante. Enseñó que la riqueza de la clase dominante se derivaba del pillaje del trabajo y defendió, como preliminar necesario para el socialismo, la conquista de la representación política sobre la base del sufragio adulto de ambos sexos. No creía en el Estado como base de la sociedad socialista, pero insistió en la necesidad de usar armas políticas para destruir todos los privilegios de clase, basados en el derecho y eliminar todos los obstáculos que la clase gobernante quisiese poner en el camino del crecimiento de las comunidades socialistas.

Para que no pueda pensarse que estamos exagerando los méritos de la obra de Thompson, como pensador original, un pionero del pensamiento socialista superior o cualquiera de los Socialistas Utópicos del continente y muy anterior a Carlos Marx, en su insistencia sobre la esclavitud del trabajo como causa de toda la miseria social, el crimen moderno y la dependencia política, así como en su penetrante análisis de la verdadera definición del capital, citaremos un pasaje de su obra más importante, publicada en 1824: "Una indagación en los principios de la distribución de la riqueza que mejor conduzcan a la felicidad humana, aplicados al sistema recientemente propuesto de igualdad voluntaria de la riqueza". Tercera Edición.

"¿Cuál es, pues, la idea más apropiada del capital? Es esa porción del producto del trabajo que, sea o no de naturaleza permanente, es capaz de convertirse en instrumento de beneficio. Tales pueden ser las circunstancias reales que definen a

una porción de los productos del trabajo como capital. Sobre tal distinción, no obstante, se han fundado la inseguridad y la opresión del trabajador productivo – el verdadero padre de toda riqueza bajo la guía del conocimiento –, y la enorme usurpación de las fuerzas productivas por parte de los que, bajo el nombre de capitalistas o terratenientes, adquirieron la posesión de esos productos acumulados: la reserva anual o permanente de la comunidad. De ahí las exigencias opuestas del capitalista y el trabajador. El capitalista, al tener en sus manos, bajo el reino de la inseguridad y la fuerza, el consumo de muchos trabajadores para el año próximo, las herramientas o maquinaria necesarias para hacer productivo su trabajo y las viviendas en que deben vivir, recurrió al mejor cálculo y compró el trabajo y su futuro producto lo más barato posible. Cuanto mayor era el beneficio del capital o cuanto más hiciese pagar el capitalista al trabajador como anticipo por su alimento, el uso de los utensilios o la maquinaria y la ocupación de la vivienda, menos quedaba al trabajador, por supuesto, para la adquisición de cualquier objeto de deseo”.

O veamos, de nuevo, cómo al tiempo que aboga por la reforma política como medio para un fin, describe su ineficacia cuando se la considera un fin en sí misma:

“En tanto el capital acumulado de la sociedad permanezca en unas cuantas manos y el poder productivo de crear la riqueza permanezca en otras, el capital acumulado será utilizado, mientras la naturaleza del hombre continúe como ahora, para contrariar las leyes naturales de distribución y para privar a los productores del uso de lo que su trabajo ha producido. Si fuese posible concebir que bajo simples instituciones representativas se permitiera que continuase existiendo cualquiera de los síntomas de la inseguridad, manteniendo la división de capital y trabajo, tales instituciones representativas (aunque cesara todo el pillaje del poder político), serían para la verdadera felicidad de la humanidad de menos provecho que si constituyesen un fácil medio para el desarrollo del conocimiento y la abolición última de todos estos síntomas. En tanto exista una clase de meros capitalistas, la sociedad permanecerá en una situación enferma. Cualquier pillaje que se salve de las manos del poder político, será recaudado de otro modo bajo el nombre de beneficio, por los capitalistas que, en tanto sean capitalistas, serán siempre los hacedores de la ley”.

Thompson abogaba por la libre educación para todos y se detuvo en grandes detalles para demostrar su factibilidad, dando estadísticas para mostrar que el coste total de tal educación lo soportaría fácilmente

Irlanda, sin aumentar indebidamente la carga de los productores. En esto se hallaba tres generaciones por delante de su época – habiéndose realizado sólo parcialmente en nuestros días la reforma por él defendida entonces –. Aunque vivía en un país en que una pequeña minoría imponía por la fuerza a un pueblo conquistado una religión detestada, con el resultado de que un feroz fanatismo enemistaba a ambas partes, tuvo el coraje y la previsión suficientes para defender la educación laica, y al grito de los fanáticos que antes como ahora declaraban que moriría la religión a menos que contase con el apoyo del Estado, contestaba:

“No sólo ha demostrado la experiencia que la religión puede existir sin interferir en las leyes naturales de la distribución mediante la violación de la

seguridad, sino que creció y floreció, como durante siglos en Irlanda y en Grecia, a pesar de substraérsele por la fuerza los recursos de sus propios comulgantes para satisfacer a un clero rival y odiado o para dar alimento a la fuerza que la encadenaba”.

Qué diferente era el Socialismo predicado por Thompson del visionario sentimentalismo de los Utópicos de Europa Occidental o de Owen en sus primeros tiempos, en Inglaterra, con sus constantes apelaciones a la “humanidad” de las clases poseedoras, queda todavía mejor ilustrado por el siguiente pasaje que, aunque largo, no lamentamos reproducir. Por su mordaz análisis de la actitud del rico en los diferentes estadios de la sociedad política y la codicia de poder que acompaña a la riqueza extrema, el pasaje podía haber sido escrito por un socialista del siglo XX:

“Los ricos ociosos carecen de toda ocupación activa: les falta un objetivo en su vida. Poseen los medios para satisfacer los sentidos, la imaginación, incluso, para saciar todos los deseos y caprichos. Los placeres del poder no los han alcanzado todavía. Esta es una de las inclinaciones más fuertes e inevitables de quienes han sido criados en la indulgencia, para detestar la moderación, para vivir inquieto en la oposición, y para desear, por tanto, el poder con el fin de extirpar esos males de la moderación y la oposición. ¿Cómo adquirirán el poder? Primero, por la influencia directa de su riqueza y las esperanzas y temores que ésta engendra; después, cuando estos medios estén exhaustos, o para hacerlos más efectivos, hacen todo lo posible para tomar y monopolizar los poderes del Gobierno.

“Cuando el despotismo no existe se esfuerzan por coger totalmente en sus propias manos o tomar, en conjunción con la cabeza del Estado u otras instituciones, la porción más amplia posible de las funciones legislativas. Cuando el despotismo no existe o está modificado, comparten entre ellos todos los departamentos subordinados del Gobierno; monopolizan, directa o indirectamente, el mando de las fuerzas armadas, las oficinas de los jueces, curas y de todos los departamentos ejecutivos que dan el mayor poder, no tienen ningún problema y prestan las mayores rentas pecuniarias. Cuando el despotismo existe la clase de los excesivamente ricos llega al mejor acuerdo posible con el déspota para compartir su poder como socios iguales o meros esclavos.

“Si su situación les da confianza en su fuerza, llegan a un acuerdo con el déspota e insisten en lo que ellos llaman sus derechos; si son débiles, se arrastran alegremente ante el déspota y, en su esclavitud, parecen glorificarle en busca del poder delegado de hacer esclavos de ellos mismos al resto de la comunidad. Los historiadores de todas las naciones demuestran que son tales las tendencias de la riqueza.”

En el mundo de habla inglesa la obra de este pensador irlandés es prácticamente desconocida, pero en el continente europeo, su posición ha sido establecida hace mucho tiempo. Junto a la obra ya citada, escribió un “Llamamiento a una mitad de la raza humana —las mujeres—, contra las pretensiones de la otra mitad —los hombres— de retenerlas en la esclavitud política y, por tanto, civil y doméstica”, publicada en Londres en 1825. “El trabajo recompensado, las demandas del trabajo y el capital conciliado o cómo asegurar al trabajo el producto total de

sus esfuerzos”, publicada en 1827, y “Direcciones prácticas para el establecimiento rápido y económico de comunidades”, publicada en Londres en 1830, son otras dos obras conocidas. Dejó también el manuscrito de otras obras sobre el mismo tema, pero nunca han sido publicadas y ahora se desconoce su paradero. Se dice de él que fue durante veinte años vegetariano y abstigente total, y en su testamento dejó el grueso de su fortuna para fundar la primera cooperativa que debía establecerse en Irlanda y su cuerpo para disección en interés de la ciencia. Sus familiares pudieron contrariar su voluntad sobre la base de que “en su testamento se incluían fines inmorales”.

En nuestra opinión, su posición en el desarrollo del socialismo como ciencia se queda a medio camino entre el utopismo de los primeros idealistas y el materialismo histórico de Marx. Se anticipó a este último en sus análisis del sistema económico y previó la parte que debe jugar una democratización de la política para barrer del camino los privilegios legales de las clases profesionales. En un prefacio a la traducción inglesa de la obra de uno de sus biógrafos alemanes, Anton Menger, el escritor H. S. Foxwell dice sobre su contribución a la ciencia económica:

“La fama de Thompson no radicará en su defensa de la cooperación owenista, por mucho que ésta se basase en la devoción y el espíritu público, sino en el hecho de que fue el primer escritor que elevó la cuestión de la distribución justa de la riqueza a la posición suprema que ha ocupado en la economía política inglesa. Hasta entonces la economía política había sido más comercial que industrial, de ahí que vea la necesidad de explicar el significado mismo del término “industrial”, que, según dice, viene del francés adoptado, sin duda, de Saint Simon”.

Si intentásemos estimar los logros relativos de Thompson y Marx, no esperaríamos hacer justicia, poniéndoles en contraste ni elogiando a Thompson con el fin de achicar a Marx, como pretenden hacer algunos críticos continentales de este último. Más bien diríamos que la posición relativa de este genio irlandés y la de Marx, son perfectamente comparables a las relaciones históricas de los evolucionistas predarwinianos con Darwin; así como Darwin sistematizó todas las teorías de sus predecesores y dedicó su vida a la acumulación de los hechos requeridos para establecer su posición y la de ellos, así Marx encontró la línea verdadera del pensamiento económico ya indicada y aportó su genio y su conocimiento e investigación enciclopédicos, para situarla sobre una base inmovible. Thompson acabó con la ficción económica mantenida por los economistas ortodoxos y aceptada por los utópicos de que el beneficio era obtenido en el intercambio y declaró que se debía a la esclavitud del trabajo y la resultante expropiación por parte de los capitalistas y los terratenientes, de los frutos del trabajo de otros”. Toda la teoría de la lucha de clases no es más que una deducción de este principio. Pero aunque Thompson reconoció esta lucha de clases como un hecho, no lo reconoció como un factor, como el factor en la evolución de la sociedad hacia la libertad. Esto estaba reservado a Marx y es en nuestra opinión su gloria principal y culminante. Mientras Owen y los socialistas continentales suplicaban el favor de los reyes, parlamentos y congresos, este

irlandés estaba denunciando al rico, señalando que la codicia de poder, acompaña siempre a los ricos, que “los capitalistas, en tanto sean capitalistas, serán siempre los hacedores de la ley”, pero que “en tanto exista una clase de meros capitalistas, la sociedad permanecerá en una situación enferma”. El hecho de que el atrevido celta que predicaba esta doctrina, denunciando por igual a los gobernantes políticos sociales de la sociedad y a la sociedad misma, exigiese también con vehemencia la extensión del sufragio a toda la población adulta, seguramente es explicación suficiente de que sus escritos no hayan encontrado elogio de las clases respetables de la sociedad, aquellas mismas clases que tan frecuentemente festejaban a los dirigentes de las sectas socialistas de su época.

En nuestra época, otro gran irlandés, Standish O'Grady, quizá el mayor literato de Irlanda, ha venido predicando en las páginas de *El campesino* Dublín, 1908-1909, contra la sociedad capitalista, estimando la formación de comunidades cooperativas en Irlanda como una escapatoria de aquella, y resulta curiosamente significativo de lo poco que los irlandeses conocen de los éxitos intelectuales de su raza, que O'Grady parece desconocer completamente la obra de su gran precursor en el campo de su empeño. Resulta también curiosamente indicativo de la conquista de la mente irlandesa por parte de las tradiciones inglesas, el hecho de que los nacionalistas irlandeses se hallan, a menudo, combatiendo ferozmente al socialismo como una “idea alemana”, aunque cualquier concepción que encontramos en Marx, en forma de flor, podemos encontrarla también en Thompson en forma de capullo, veintitrés años antes de la publicación de *El Manifiesto Comunista*, cuarenta y tres años antes de la aparición de *El Capital*.

Concluiremos este capítulo con otra cita del pionero irlandés del socialismo revolucionario; hablamos conscientemente de socialismo revolucionario porque todas las conclusiones de sus enseñanzas llevan irresistiblemente a la acción revolucionaria de la clase obrera. Como según la filosofía socialista, las demandas políticas del movimiento de la clase obrera dependen en todo momento del grado de desarrollo de la época y el país en que se encuentra, es evidente que las teorías de acción de Thompson eran la expresión más elevada posible del pensamiento revolucionario de la época.

“Los trabajadores productivos fueron despojados de todo capital, herramientas, casas y materiales que hagan productivo su trabajo, trabajan debido a su miseria, a su necesidad de subsistir manteniéndose su remuneración en la cifra más baja compatible con la existencia de hábitos de trabajo...

“¿Cómo pueden ser virtuosos los pobres miserables? ¿Quién les cuida? ¿Qué pueden perder? ¿Qué influencia tiene la opinión pública sobre su acción? ¿Qué preocupación van a sentir por los delicados placeres de la reputación quienes están atormentados por los mordiscos de la necesidad absoluta? ¿Cómo iban a respetar la propiedad o los derechos de otros, quienes no tienen nada propio que engendre la simpatía de los que sufren la privación? ¿Cómo van a sentir los dolores de otros, las quejas pasajeras de otros, quienes están atormentados por sus propias miserias esenciales? La mera mención de las triviales inconveniencias de otros insulta y excita la indignación, en vez de ganar su simpatía: complaciente. Sin decencias ni

comodidades, la carencia de lo imprescindible para la vida engendra ferocidad. Si miran a su alrededor, encuentran a muchos en la misma situación que ellos, que comparten sus sentimientos carentes de benévola simpatía hacia quien es feliz. Se convierten mutuamente en público, un público de sufrimiento, un descontento e ignorancia; forman una opinión pública propia frente a la opinión pública del rico, a quien consideran, junto a sus leyes, resultado exclusivo de la fuerza. ¿De quién aprenderán los míseros los principios si nunca ven la práctica de la moralidad? ¿Del respeto hacia la seguridad de otros? ¿De sus superiores? ¿De las leyes? La conducta de sus superiores, el funcionamiento de esas leyes ha sido para ellos una lección práctica de fuerza, de prohibición, de detracción, sin su consentimiento, sin ninguna compensación, de los frutos de su trabajo. ¿De qué sirven la moral, los principios o las normas cuando se contradicen, cuando son desmentidas por el ejemplo? Estos nunca pueden servir como motivos de conducta virtuosa, *los motivos surgen de las cosas, de las circunstancias circundantes, no de la vaciedad de las palabras y simples declaraciones. Las palabras sólo son útiles para transmitir e inculcar un conocimiento de estas cosas y circunstancias. Si esas cosas no existen, las palabras son una simple burla*".

Con este poco de filosofía económica determinista —la enseñanza de que la moral es una cuestión de crecimiento social, producto de las cosas y circunstancias— dejamos a este temprano apóstol irlandés de la revolución social. Fervientes entusiastas célticos son aficionados a proclamar —y los investigadores de nuestros días parecen corroborarlo— que los misioneros irlandeses fueron los primeros en volver a encender la lámpara de la enseñanza en Europa y disipar la oscuridad intelectual posterior a la caída del Imperio Romano; ¿no deberían enorgullecerse también por el hecho de haber sido un irlandés el primero en penetrar en el barbarismo capitalista, peor que la oscuridad egipcia, y señalar a los desposeídos las condiciones de su esclavitud y los requisitos previos esenciales de su emancipación?

## Capítulo XI

### Una utopía irlandesa

*"Si la mano de Locke tomara del cielo un proyecto de gobierno perfectamente adaptado a la naturaleza y capacidades de la nación irlandesa, caería a la tierra un simple pergamino, sin otros medios para llevarlo a efecto que su intrínseca excelencia. Todos los auténticos irlandeses están de acuerdo en lo que habría de hacer, pero la cuestión está en cómo hacerlo"*.

**Manifiesto Secreto (Irlanda), 1793.**

En nuestro último capítulo señalábamos cómo el término de las guerras napoleónicas precipitó una crisis comercial en Gran Bretaña e Irlanda, y cómo en este último país sirvió también para intensificar la tirantez de las

relaciones existentes entre terrateniente y arrendatario. Durante las guerras contra Napoleón, los precios agrícolas habían aumentado rápidamente, debido a la demanda, por parte del Gobierno británico, de provisiones para abastecer sus enormes ejércitos y armada. Con la subida de los precios, la renta subió también, pero cuando el fin de la guerra cortó la demanda y los precios bajaron, las rentas no cayeron con ellos. Un mercado en baja y unas rentas estacionarias no podían tener en Irlanda más que un resultado, es decir, la guerra agraria.

Los terratenientes insistían en su “libra de carne” y el campesino se organizó en secreto para aterrorizar a sus opresores y protegerse. En el año 1829 apareció una nueva causa de miseria popular, como resultado de la Ley que garantizaba la Emancipación Católica. Hasta ese año ningún católico tenía derecho a sentarse en la Cámara de los Comunes inglesa, a sentarse como juez en el tribunal o aspirar a cualquiera de los puestos superiores en los servicios civil, militar o naval. Como culminación de una larga lucha contra ese inicuo “ascendiente protestante”, después de haber levantado a toda la población católica hasta un extremo de locura contra las injusticias inherentes a ella, el dirigente católico Daniel O'Connell se presentó como candidato para la representación del Condado de Clare en el Parlamento, declarando que si fuese elegido se negaría a hacer el juramento entonces requerido para ser miembro del Parlamento por ser calumnioso para la religión católica. En Irlanda en aquella época prevalecía el voto abierto, teniendo cada elector que declarar abiertamente ante los funcionarios de las elecciones y ante todos los demás que desearan asistir, el nombre del candidato por quien votaban. En Irlanda, también en aquella época, la mayoría de los campesinos eran arrendatarios removibles a mera voluntad del agente o terrateniente. Por tanto, las elecciones eran una combinación de farsa y tragedia —una farsa en cuanto al medio de asegurar la verdadera voluntad de los electores se refiere, una tragedia cuando quiera que cualquier campesino se atreviese a votar contra el protegido del terrateniente. El sufragio había sido extendido a todos los campesinos que pagaban una renta anual de cuarenta chelines, sin distinción de creencia religiosa, pero el terrible poder sobre la vida y la muerte que poseía el terrateniente hacía inútil este sufragio normalmente para los fines populares. No obstante, cuando O'Connell apeló al campesinado católico de Clare a desafiar la venganza de sus tiranos terratenientes y a votar por él en interés de la libertad religiosa, respondieron noblemente. O'Connell fue elegido y como resultado pronto se consiguió la Emancipación Católica. Pero las clases dominantes y el Gobierno británico se tomaron una venganza, añadiendo a esta reforma un proyecto de ley que privaba del sufragio a los campesinos más pequeños, y aumentando a diez libras la cantidad de renta necesaria para poder votar.

Hasta este momento, los terratenientes habían estimulado bastante el crecimiento de la población de sus posesiones, ya que aumentaba el número de sus partidarios políticos, pero con la aprobación de esta ley por el Parlamento esta razón dejó de existir e inmediatamente comenzaron el desahucio en gran escala de su campesinado, y la conversión de las tierras

arables en tierras de pasto. Las clases media, profesional y terrateniente católicas, con la Emancipación Católica tuvieron abierto el camino hacia todos los puestos más remunerativos del Gobierno; los católicos de la clase pobre, como resultado de la misma ley, fueron condenados al exterminio para satisfacer la venganza de un Gobierno extranjero y de una aristocracia cuyo poder había sido desafiado donde más supremo se sabía.

El desahucio a gran escala de los pequeños campesinos y la absorción de sus terrenos en grandes ranchos de pasto, cerrando así toda vía de empleo al trabajo, significaba la muerte de la población agrícola y, por tanto, los campesinos devolvieron el golpe por todos los medios a su alcance. Formaron logias de la Sociedad Secreta Ribbon, hicieron incursiones nocturnas en las casas de las gentes acomodadas para conseguir armas, se reunían de noche en grandes grupos y levantaban las tierras de pasto inutilizándolas para fines ganaderos, abrían zanjas, aterrorizaban a los pastores para que abandonasen sus ranchos, herían o mataban a quienes habían entrado al servicio de los ganaderos o los odiosos terratenientes, asesinaban a los agentes y, algunas veces, en pura desesperación, oponían sus cuerpos desarmados a las armas del ejército. Una guerra civil del carácter más sanguinario convulsionó al país; en mayo de 1831, el virrey y gobernador de Irlanda y una enorme fuerza militar acompañada de artillería, marchó sobre Clare para intimidar al pueblo, pero como no detuvo los desahucios ni proporcionó empleo a los trabajadores, a quienes el establecimiento del pastoreo había privado de su empleo habitual en las granjas, los “desmanes” continuaron. Tampoco fueron los patriotas profesionales ni los católicos ricos recientemente emancipados más compasivos con los desheredados. Se habían abierto su camino hacia la posición y el ascenso utilizando al trabajador y al labrador como palanca para derrotar la fortaleza del fanatismo y el “ascendente” religioso, y ahora, cuando la lucha se había ganado, abandonaron a estos pobres correligionarios suyos a la tierna piedad de sus amos económicos. Al grito de desesperación que brotaba de los corazones de las familias desahuciadas, doblegadas por el hambre en las carreteras, frente a sus hogares en ruinas, al desgarrado lamento del trabajador permanentemente desempleado por la destrucción de su fuente de empleo; al gemido de mujeres y niños hambrientos, los políticos tenían, invariablemente, una respuesta: “Cumplid la ley y esperad a la Abolición de la Unión”. No exageramos. Uno de los más ardientes abolicionistas y de los más íntimos amigos de O'Connell, el señor Thomas Steele, colocó el siguiente manifiesto en la plaza del Mercado de Ennis y otras partes de Clare, dirigido a los desesperados trabajadores y granjeros:

“A menos que desistáis, os denunciaré como traidores a la causa de la libertad de Irlanda... Os abandonaré al Gobierno y al fuego de las bayonetas del ejército. Vuestra sangre caiga sobre vuestras propias almas”.

Este lenguaje de denuncia iba dirigido a los heroicos hombres y mujeres que habían sacrificado sus hogares, su seguridad y las esperanzas de alimentar a sus hijos para ganar la emancipación de la tiranía religiosa para los fachendosos bien alimentados que así les abandonaban. Difícil es ver cómo la prometida Abolición de la Unión podía haber sido de utilidad alguna vez en el futuro, para los hombres

de Clare, muertos de hambre, especialmente cuando sabían que sus padres habían padecido hambre, desahucio y tiranía tanto antes como después de la Unión. En aquella época, sin embargo, se consideraba un acto altamente patriótico achacar a la Unión todos los males heredados por la carne irlandesa. Por ejemplo, un tal Sr. O'Gorman Mahon, que habló en la Cámara de los Comunes de Londres el 8 de febrero de 1831, insinuó que la tormenta de nieve que entonces cubría Irlanda era resultado de la Unión Legislativa. Decía:

“Imaginaban los honorables miembros que podían impedir pensar a los infortunados hombres bajo cinco pies de nieve, que mejorarían su condición mediante la Abolición de la Unión. Puede decirse que Inglaterra no ha causado la nieve, pero la gente tiene la nieve encima y piensa que ha sido su conexión con Inglaterra lo que les ha reducido al estado en que se encuentran.”

Otro patriota, destinado años después a vestir el manto de rebelde irlandés, William Smith O'Brien, publicó en esta época, 1830, un panfleto defendiendo la inmigración como el único remedio de la miseria irlandesa.

Por otra parte, una Comisión nombrada por la Cámara de los Lores en 1839 para investigar las causas del descontento y las conspiraciones secretas entre la clase pobre, interrogó a muchos testigos íntimamente relacionados con la vida del campesinado y obtuvo testimonios muy interesantes, tendentes a demostrar que el mal tenía raíces mucho más profundas que cualquier proyecto político del Gobierno y que sus verdaderas raíces estaban en las condiciones sociales. De este modo, interrogado sobre la actitud de los trabajadores hacia la Asociación del Ribbon, un testigo declaró: Muchos acuden a la Asociación en busca de protección. Piensan que no tienen otra protección.

Pregunta: ¿Cuáles son los principales objetivos que tienen en perspectiva?

Respuesta: Mantenerse en sus tierras. A menudo he oído su conversación, cuando dicen:

¿Qué ha hecho de bueno la Emancipación por nosotros? ¿Estamos mejor vestidos o alimentados, están nuestros hijos mejor vestidos o alimentados? ¿No estamos tan desnudos como estábamos y comiendo patatas secas cuando podemos conseguirlas? Digamos a los granjeros que nos den mejor alimento y mejores salarios y que no den tanto al terrateniente y más al trabajador; no debemos dejar que echen de la tierra a la gente pobre”.

Y un tal Sr. Poulet Scroope, M. P., declaró en uno de sus escritos sobre la necesidad de una ley del pobre: “La cuestión del diezmo, la Iglesia, las leyes del Gran Jurado, el mayor o menor número de católicos nombrados alguacil mayor o magistrado: todo esto son tópicos para la agitación política entre chusmas holgazanas; pero la masacre nocturna, el pillaje diario, la frecuente insurrección, la inseguridad de la vida y la propiedad en todos los distritos agrícolas de Irlanda, «ni son provocados por la agitación ni pueden ser eliminados con agitación”.

Puede verse, pues, que la opinión del miembro independiente del Parlamento coincidía con la de los trabajadores sublevados en cuanto a la relativa falta de importancia que daban los desposeídos a los temas que, entonces como ahora, ocupaban más espacio en las mentes de los políticos.

Este era el estado de cosas político y social en Irlanda en el año 1831, y así como fue en Clare donde se había dado el golpe efectivo final para la emancipación

religiosa, también Clare estaba destinado a ver el primer esfuerzo por descubrir un camino pacífico para conseguir esa Emancipación social, sin la cual cualquier otra libertad, religiosa o política, seguirá siendo siempre como fruto del Mar Muerto para el paladar del trabajo.

En 1823, el gran socialista inglés Robert Owen visitó Irlanda y celebró una serie de reuniones en la Rotunda, Dublín, con el propósito de explicar los principios del socialismo al pueblo de esa ciudad. Su público estaba compuesto principalmente por los habitantes acomodados, como ocurría en todas partes en realidad, en aquel período en que el socialismo era el capricho del rico en vez de ser la fe del pobre. El duque de Leinster, el arzobispo católico Murray, Lord Meath, Lord Cloncurry y otros ocupaban el estrado, y como resultado del cuadro dibujado por Owen de la miseria entonces existente y la consiguiente inseguridad de vida y propiedad entre todas las clases y de su esbozo de las posibilidades que un sistema de cooperación socialista produciría, se formó una asociación denominada Sociedad Filantrópica Hiberiana, para llevar a cabo sus ideas. Se suscribió una suma de dinero para ayudar a los propósitos de la sociedad, dando un general Brow, 1.000 libras; lord Cloncurry, 500 libras; suscribiendo el mismo Sr. Owen, 1.000 libras, y reuniéndose 100 libras de otras fuentes. La sociedad tuvo corta vida y fue ineficaz, pero uno de sus miembros, el señor Arthur Vandeleur, un terrateniente irlandés, quedó tan profundamente impresionado por lo que había visto y oído acerca de las posibilidades del socialismo owenista que, en 1831, cuando el crimen y el atropello habían alcanzado su cenit y la inseguridad de la vida dentro de su misma clase había llegado a su hogar con el asesinato del administrador de su hacienda por su conducta cruel hacia los trabajadores, decidió hacer un esfuerzo por establecer una colonia socialista en su propiedad de Ralahine, Condado de Clare. Para ese propósito invitó a Irlanda al Sr. Craig, de Manchester, seguidor de Owen, y le confió la tarea de llevar adelante la ejecución del proyecto.

Aunque el Sr. Craig no sabía irlandés y el pueblo de Ralahine, en general, no sabía inglés —una situación que complicó grandemente el trabajo de explicación—, al final se llegó a una comprensión, y la hacienda se convirtió en una asociación del pueblo organizada bajo el título de “La Asociación Cooperativa Agrícola y Manufacturera de Ralahine”.

En el preámbulo de las leyes de la Asociación, sus objetivos fueron definidos del siguiente modo:

“La adquisición de un capital común.

“El logro de una mayor participación en las comodidades de la vida de la que actualmente posee la clase obrera.

“La mejora mental y moral de sus miembros adultos. “La educación de sus hijos.”

Los párrafos siguientes, seleccionados de los reglamentos de la Asociación, darán una idea muy clara de sus características más importantes:

### **Bases de la Sociedad**

“Que todos los enseres, aperos de labranza y otras propiedades pertenecen y son propiedad del Sr. Vandeleur, hasta que la sociedad acumule suficiente para pagar por ellas: entonces se convertirán en propiedad conjunta de la Sociedad.

## **Producción**

“Nos comprometemos a utilizar en beneficio de todos cualquier talento que podamos poseer individualmente, mental o muscular, agrícola, manufacturero o científico, tanto mediante su ejercicio inmediato en todas las ocupaciones necesarias, como comunicándonos nuestro conocimiento mutuamente y principalmente a la juventud.

“Que, en la medida en que pueda llevarse a la práctica, cada individuo ayudará en las operaciones agrícolas, particularmente en la siega, quedando completamente entendido que ningún individuo actuará como capataz, sino que todos trabajarán.

“Que toda la juventud, hombres o mujeres, se comprometen a aprender algún oficio útil, junto a la agricultura y la jardinería, entre las edades de los nueve y los diecisiete años.

“Que el comité se reunirá todas las tardes para coordinar las faenas del día siguiente.

“Que las horas de trabajo serán desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, en verano, y desde el amanecer hasta el anochecer, en invierno, con el intervalo de una hora para almorzar.

“Que todo trabajador agrícola masculino recibirá ocho peniques, y toda mujer cinco peniques, por día por su trabajo (estos eran los salarios ordinarios del país, recibiendo algo más el secretario, el jefe del almacén, los herreros, los ensambladores y unos pocos más; el sobrante se lo llevaban los propietarios), con los que se espera que se pagarán las provisiones en el almacén o cualquier otro artículo que la sociedad pueda producir o guardar allí; puede comprarse cualquier otro artículo en cualquier otro lugar.

“Que se espera que ningún miembro lleve a cabo ningún servicio ni trabaje más que aquel que esté de acuerdo con los sentimientos de él o de ella, o que sean capaces de llevar a cabo; pero que si cualquier miembro piensa que cualquier otro no está empleando últimamente el tiempo de él o de ella, su deber es informar al Comité, cuyo deber será llevar la conducta de ese miembro ante una reunión general, que tendrá poder, si fuese necesario, para expulsar a ese miembro inútil.

## **Distribución y economía doméstica**

“Que todos los servicios normalmente llevados a cabo por sirvientes, los llevará a cabo la juventud de ambos sexos con edad de diecisiete años, ya sea por rotación o por elección.

“Que los gastos de la alimentación de los niños, vestidos, limpieza, alojamiento y educación de los niños serán pagados con los fondos comunes de la sociedad, desde el momento en que son destetados hasta que lleguen a la edad de los diecisiete años, en que serán elegibles para convertirse en miembros.

“Que se haga un cargo para la alimentación, vestidos, etc., de los niños instruidos por sus padres y que residan en su domicilio.

“Que toda persona que ocupe una casa, o cocine y consuma sus provisiones allí, deberá pagar por el combustible utilizado.

“Que no se haga ningún cargo por el combustible usado en la habitación pública.

“Que será propósito especial del sub-comité de la economía doméstica o del superintendente de ese departamento, asegurar y llevar a la práctica los métodos mejores y más económicos para preparar y cocinar los alimentos.

“Que todos los lavados se hagan juntos en el lavadero público; los gastos de jabón, trabajo, combustible, etc., serán llevados por igual por todos los miembros adultos.

“Que cada miembro pague la suma de un penique y medio por cada chelín recibido como salario para formar un fondo que se pondrá en manos del Comité, que pagará los salarios de este fondo a cualquier miembro que pueda caer enfermo y sufra accidente.

“Cualquier daño que un miembro haga a enseres, aperos, o cualquier otra propiedad perteneciente a la sociedad, se repondrá de los salarios del individuo, a menos que el daño sea satisfactoriamente explicado al Comité.

### **Educación y formación del carácter**

“Nos garantizamos mutuamente que los hijos jóvenes de cualquier persona muerta, mientras sea miembro de esta sociedad, serán igualmente protegidos, educados y criados juntamente con los hijos de los miembros vivos, y titulados, cuando alcancen la edad de diecisiete años, con todos los privilegios de los miembros.

“Que cada individuo gozará de perfecta libertad de conciencia y libertad de expresión de opinión y de culto religioso.

“Que ningún licor embriagador de ningún tipo, tabaco o rapé serán guardados en el almacén o en las casas.

“Que si cualquiera de nosotros tuviera, desgraciadamente, una disputa con cualquier otra persona, acordamos atenernos a una decisión de la mayoría de los miembros, o cualquier persona a quien el asunto en cuestión sea por ellos referido.

“Que cualquier persona que desee casarse con otra, firmará una declaración con ese fin, una semana antes de que la boda tenga lugar, y que se harán preparativos inmediatos para la edificación o amueblado de un hogar adecuado para recibirles.

“Que cualquier persona que desee casarse con otra persona no miembro, firmará una declaración de acuerdo con la última regla; la persona no miembro será entonces sometida a votación y, en caso de ser rechazada, ambos abandonarán la sociedad.

“Que si la conducta de cualquier miembro es considerada injuriosa para el bienestar de la sociedad, el Comité le explicará en qué aspecto su conducta ha sido injuriosa, y si dicho miembro continúa transgrediendo las reglas, tal miembro será llevado a una reunión general, convocada para el caso, y si la queja se considera firme, tres cuartos de los miembros presentes tendrán

poder para expulsar, por votación, a dicho miembro refractario.

## **Gobierno**

“La sociedad será gobernada y sus asuntos tramitados por un Comité de nueve miembros, que será elegida cada medio año, por votación, por todos los miembros adultos masculinos y femeninos, conteniendo la lista de votaciones al menos a cuatro personas del último Comité.

“El Comité se reunirá todas las tardes y sus gestiones serán incluidas regularmente en un libro de actas, cuyo resumen será presentado por el secretario en la reunión general de la sociedad.

“Que habrá una reunión general semanal de la sociedad; que las cuentas del tesorero serán revisadas por el Comité y leídas a la sociedad; que el “Libro de Sugerencias” será leído también en esta reunión.”

La colonia no utilizaba la moneda ordinaria del país, sino que adoptó en su lugar un sistema de pago de “Nota de Trabajo”, siendo todos los trabajadores pagados con notas, de acuerdo con el número de horas trabajadas, y pudiéndose cambiar las notas en el almacén por todas las necesidades de la vida. Las notas estaban Impresas en una tarjeta dura de un tamaño aproximado de una tarjeta de visita y representaba el equivalente del trabajo de un día entero, medio día, un cuarto, un octavo y un dieciseisavo. Había también notas especiales impresas en tinta roja que representaban, respectivamente, los trabajos de un día y medio y dos días. En su memoria sobre la colonia, publicada bajo el título de Historia de Ralahine por Heywood & Sons, Manchester (un libro que recomendamos encarecidamente a todos nuestros lectores), el Sr. Craig dice: “El trabajo era registrado diariamente en una “Hoja de Trabajo”, que se exponía a la vista durante la semana siguiente. Los miembros podían trabajar o no a discreción propia. Si no trabajaban, no registraban y, por consiguiente, no se les pagaba. En la práctica, la medida fue de gran utilidad. No hubo gandules.” Más adelante comenta:

“Las ventajas de las notas de trabajo pronto se hicieron evidentes en el ahorro de los miembros. No tenían ansiedad en cuanto al empleo, los salarios o el precio de las provisiones. Cada uno podía tomar tanto alimento como él o ella desease. Los gastos de los hijos desde la infancia, de alimentación o educación, eran abonados del fondo común.

“El propósito sería obtener una regla de justicia, si es que buscamos la ley de la rectitud. Esto sólo puede realizarse completamente con esa igualdad que surge de una comunidad de propiedad, donde el trabajo de un miembro se valora según la misma tasa que el de otro miembro y el trabajo se cambia por trabajo. No era posible llegar a esta condición de igualdad en Ralahine, pero organizamos las cosas de modo que impartiesen un sentimiento de seguridad, equidad y justicia para todos. A un trabajador se le cobraba un chelín semanal por todos los vegetales y toda la fruta que quisiera consumir; la leche estaba a un penique el cuarto; la carne de vaca y la chuleta de carnero, cuatro peniques, y el puerco, dos peniques y medio por libra. Los miembros casados que ocupasen cuartos separados tenían que pagar seis

peniques a la semana de renta y dos peniques por combustible.”

Al tratar de Irlanda, nadie puede permitirse el lujo de ignorar la cuestión de la actitud del clero; es interesante, por consiguiente, citar las palabras de un visitante inglés a Ralahine, un tal Sr. Finch, que después escribió una serie de catorce cartas describiendo la comunidad, y se ofreció a presentar un informe especial a un Comité Selecto de la Cámara de los Comunes sobre el tema. Dice:

“La única religión que enseñaba la sociedad era la práctica incesante de la felicidad de todo hombre, mujer y niño, hasta el grado máximo de su alcance. Por tanto, la Biblia no se utilizaba como libro de texto; no se enseñaban opiniones sectarias en las escuelas; no tenían lugar disputas públicas sobre dogmas religiosos o cuestiones políticas de partido; ni se les permitía a los miembros ridiculizar la religión de los demás; no había ningún intento de proselitismo. A todos se les garantizaba perfecta libertad en el cumplimiento de los deberes y ejercicios religiosos. La enseñanza de la religión se dejaba a los ministros de la religión y a los padres; tanto los sacerdotes protestantes como los católicos fueron favorables al sistema tan pronto como lo comprendieron, y una razón fue que vieron que esas personas sobrias e industriosas tenían ahora un poco que darles, además de sus ganancias, cuando antiguamente habían sido mendigos.”

El Sr. Craig afirma también que los miembros de la comunidad, después que ésta llevó un cierto tiempo en funcionamiento, eran mejores católicos que antes de empezar. Al principio tuvo dificultades para rechazar los ataques de celosos proselitistas protestantes, y su firmeza al hacerlo fue uno de los principales factores para ganarse la confianza del pueblo, así como su apoyo al insistir en el carácter absolutamente no sectario de la enseñanza.

Todas las disputas entre los miembros eran arregladas mediante una reunión general, en la que todos los adultos de ambos sexos participaban, y de la que eran rigurosamente excluidos todos los jueces, abogados y demás miembros de la fraternidad legal.

A aquellos que temen que la institución de la propiedad común será enemiga del progreso y la invención, les tranquilizará saber que esta comunidad de “ignorantes” campesinos irlandeses introdujo en Ralahine la primera segadora utilizada en Irlanda y la saludó como una bendición en una época en que los caballeros agricultores de Inglaterra todavía debatían gravemente la practicabilidad de la invención. De una arenga a los trabajadores agrícolas del Condado de Ciare, publicada por la comunidad en la ocasión de la introducción de esta máquina, tomamos los siguientes pasajes, ilustrativos de la diferencia de efecto de la invención, considerada bajo propiedad común y bajo propiedad capitalista:

“Esta máquina es una de las primeras máquinas dadas a las clases trabajadoras para aliviar su trabajo y para incrementar, al mismo tiempo, sus comodidades. No beneficia a ninguno de nosotros en exclusiva, ni priva de empleo a ningún individuo. Cualquier maquinaria utilizada para acortar el trabajo —excepto cuando es utilizada en una sociedad cooperativa como la nuestra— debe tender a disminuir los salarios y dejar a los trabajadores sin empleo y, finalmente, matarles de hambre, obligarle a tomar algún otro empleo (y después reducir allí también los salarios) y obligarles a emigrar.

Ahora, si las clases trabajadoras se uniesen cordial y pacíficamente para adoptar nuestro sistema, ningún poder o partido podría impedir su éxito.”

Esto fue publicado por orden del Comité el 21 de agosto de 1833, y cuando observamos la fecha no podemos por menos de maravillarnos del número de cosas que Ciare –y el resto de Irlanda– han olvidado desde entonces.

No debe suponerse que el terrateniente de la hacienda en la que estaba situada Ralahine permitiese que su entusiasmo por el socialismo le hiciera olvidar su propio interés. Por el contrario, cuando entregó sus granjas a la comunidad estipuló como pago una renta muy pesada en especie. Extractamos de “Brotherhood” (Hermandad), un periódico socialista cristiano editado en el norte de Irlanda en 1891, una declaración de la renta y un resumen muy lúcido de la lección de Ralahine, por parte del director, Sr. Bruce Wallace, durante mucho tiempo un trabajador firme y generoso por la causa del socialismo en Irlanda:

“La Asociación estaba obligada a entregar anualmente, bien en Ralahine, Bunratty, Ciare o Limerick, según requiriese el terrateniente, libre de gastos:

Trigo.....	320 barriles
Cebada.....	240 barriles
Avena.....	10 barriles
Mantequilla.....	10 quintales
Cerdo.....	30 quintales
Carne de vaca.....	70 quintales

“A los precios entonces vigentes, esta cantidad de productos equivaldría a unas 900 libras, 700 de renta por el uso de las fuerzas y capacidades naturales y 200 de interés sobre el capital. Era, pues, un tributo bien duro el que estos pobres trabajadores irlandeses tenían que pagar por el privilegio de hacer fructificar un pequeño pedazo de su suelo nativo. Este tributo era, por supuesto, otro tanto a deducir de los medios para mejorar la condición en que se hallaban sumidos. En cualquier esfuerzo futuro que pueda realizarse para beneficiarse del ejemplo de Ralahine y aplicar de nuevo los principios de la cooperación en la agricultura, debería tomarse el mayor cuidado para reducir a un mínimo el tributo a pagar a los no trabajadores y, si es posible, librarse por completo de él. Si a pesar de esta pesada carga de tener que producir un lujoso mantenimiento de holgazanes, la condición de los desposeídos en Ralahine, como veremos, mejoró maravillosamente con la introducción del principio cooperativo entre ellos. ¿Cuánto más satisfactoria habría sido si hubieran estado libres de ese deprimente peso muerto?”

Tal es la lección de Ralahine. Si toda la tierra y los edificios pertenecieran al pueblo, si todas las demás haciendas de Irlanda hubiesen estado conducidas por los mismos principios y se organizaran también las industrias del país, si cada uno de ellos nombrase delegados para conferenciar sobre el quehacer del país en algún centro como Dublín, la estructura y la base de una Irlanda libre se habría realizado. Y cuando Irlanda se alce con el control completo de sus propios destinos deberá buscar la felicidad de su pueblo en la extensión a una base nacional de las disposiciones sociales de Ralahine, a menos que no quiera

ser otra cosa que otro purgatorio social para sus pobres, un purgatorio donde los tormentos de los que sufren serán exaltados al recordar las promesas engañosas de los reformadores políticos.

En el Condado más pisoteado por el crimen de Irlanda, este experimento parcial de socialismo abolió el crimen; donde se había entablado la más feroz lucha contra la dominación religiosa, llevó la tolerancia más benigna; donde la embriaguez había echado fuego a la más oscuras pasiones, estableció la sobriedad y la caballeridad; donde la pobreza y la privación habían engendrado brutalidad, pillaje nocturno y un desprecio hacia todos los lazos sociales, entronó la seguridad, la paz y el respeto por la justicia, y lo hizo únicamente en virtud de la influencia de la nueva concepción social, basada en la institución de la propiedad común, que lleva consigo un interés común por todos. Allí, donde tales cambios se produjeron en la forma del capullo, ¿qué cosa no podríamos esperar de la flor? Si un experimento parcial de socialismo, con todas las desventajas de un experimento, consiguió tan magníficos resultados, ¿qué cosa no podríamos esperar si toda Irlanda, todo el mundo, estuviese organizado así sobre la base de la propiedad común, y la explotación y la esclavitud para siempre abolidas?

La caída de la Asociación sobrevino como resultado de las inicuas leyes agrarias de Gran Bretaña, que se negaban a reconocer el derecho de semejante comunidad, a tener un arriendo o actuar como concesionarios. El terrateniente, Sr. Vandeleur, perdió su fortuna en una transacción de juego en Dublín y cayó en desgracia, incapaz de pagar sus deudas. Las personas que se hicieron cargo de la hacienda, en trámites de bancarrota, se negaron a reconocer a la comunidad, insistieron en tratar a sus miembros como trabajadores comunes de la hacienda, se apoderaron de los edificios y terrenos y disolvieron la Asociación.

Así terminó Ralahine. Pero en la rejuvenecida Irlanda del futuro se hará hincapié, con admiración, en lo que estos sencillos campesinos lograron, como un hito grande e importante en la marcha de la raza humana hacia su completa emancipación social. Ralahine fue un punto de interrogación irlandés erigido en medio del salvajismo del pensamiento capitalista y la práctica feudal, disputándose ambos, en vano, una respuesta. Otras comunidades menores se establecieron también en Irlanda durante el mismo período. Un tal lord Wallscourt estableció una comunidad en cierto modo similar en su hacienda del condado de Galway; el *Quarterly Review* de noviembre de 1819, afirma que había entonces una pequeña comunidad a nueve millas de Dublín, que tenía treinta acres, mantenía a un sacerdote y una escuela de 300 niños, había erigido edificios, hizo y vendió coches de paseo y abarcaba a carniceros, carpinteros y carreteros; los cuáqueros de Dublín establecieron una Cooperativa Lanera, que floreció hasta que fue destruida mediante litigio instigado por miembros insatisfechos que habían sido ganados al bando de capitalistas rivales, y una casa comunal fue establecida y mantenida

durante mucho tiempo en Dublín por miembros de la misma secta religiosa, pero sin otro motivo que el de colaborar en el avance de la mejora social. Tenemos entendido que el amplio almacén de Messrs. Ganly & Sons, en Usher's Quay, Dublín, era la sede de esta comunidad, que vivía, trabajaba y se divertía en las espaciosas salas y dormía en los cuartos menores de lo que hoy es propiedad de un subastador capitalista.

## Capítulo XII

### Un capítulo de horrores: Daniel O'Connell y la clase obrera

*“Esta es la civilización, decís vosotros y no puede cambiarse por la debilidad de los hombres.*

*Tened cuidado, tened cuidado, es un modo peligroso de llevar al lobo salvaje al fondo de su cueva.*

*Tened cuidado con vuestra civilización, es una pirámide construida sobre corazones trémulos.*

*Hay veces, como en París en el 93, en que los hombres más comunes juegan papeles terribles.*

*Tened cuidado con vuestro progreso, sus pies están calzados con las almas que mató con sus corrupciones.*

*La sumisión es buena, pero el orden de Dios puede encender la antorcha de las revoluciones”.*

**John Boyle O'Reilly**

Tanto en Irlanda como en Gran Bretaña, el período entre la conquista de la Emancipación Católica (1829) y el año 1850 estuvo marcado por una gran miseria y privaciones entre las clases productoras, acompañada por intentos abortivos de revolución en ambos países y la concesión de unas cuantas reformas políticas y sociales poco importantes. En Irlanda, la primera medida contra las fuerzas del privilegio fue la abolición de los diezmos o, hablando más correctamente, la abolición de los rasgos severos y brutales que acompañaban a la recaudación de los diezmos. El clero de la Iglesia Episcopal, la Iglesia establecida por decreto en Irlanda, estaba legalmente titulado para exigir al pueblo de cada distrito, sin diferencia de religión, una determinada tasa por el mantenimiento de dicha Iglesia y sus ministros. El hecho de que esto estuviese en conformidad con la práctica de la Iglesia Católica en países donde era dominante, no lo hizo más digerible para el campesinado católico de Irlanda, que veía continuamente una parte de sus cosechas arrebatada y vendida para mantener a un clero a cuyos cultos nunca asistía y cuya religión odiaba. Con el tiempo, su descontento y las injusticias se hicieron tan agudos que desembocaron en rebelión abierta y, por consiguiente, los campesinos comenzaron a resistirse, en toda Irlanda, a la recaudación de los diezmos por todos los medios a su alcance.

El clero episcopal solicitó la ayuda de la ley y, escoltado por la policía y el

ejército, tomaba el producto de los pobres campesinos y se lo llevaba a venderlo en subasta; el campesinado, por otra parte, se reunía antes de la madrugada y se llevaba las cosechas y el ganado de las granjas donde se iba a llevar a cabo el embargo y, cuando eso era imposible, intentaba aterrorizar mediante actos de violencia a los subastadores y compradores para que no consumasen la venta. Muchas vidas jóvenes se extinguieron en las galeras o se pudrieron en las celdas de las prisiones como resultado de este intento de sostener una religión odiada mediante contribuciones exigidas a punta de bayoneta hasta que, con el tiempo, la lucha asumió todo el aspecto de una guerra civil. En varios lugares, cuando el ejército regresaba de sus incursiones en las granjas de algún campesino pobre, el pueblo del país se reunía, levantaba barricadas y se oponía por la fuerza a su paso. Suficientemente significativo del genio y las cualidades del pueblo en esos combates, es que, generalmente, lograba arrebatarse a la policía y el ejército sus cosechas y ganado, y demostrar que Irlanda todavía poseía todos los requisitos materiales para la rebelión armada.

En un conflicto en Newtonbarry, doce campesinos resultaron muertos a tiros y veinte fueron heridos gravemente; en otro, en Carrigshock, once policías fueron muertos y diecisiete gravemente heridos; y en una gran lucha en Rathcormack, doce campesinos resultaron muertos en una lucha con un gran cuerpo de militares y policía armada. Los testigos declararon que los pobres granjeros y trabajadores combatientes resistieron los tiros y cargas de los soldados tan firmemente como si fueran tropas regulares, un hecho éste que impresionó más al Gobierno que un millón de discursos. La gravedad de la crisis se incrementó por el contraste entre la pequeña suma de que, a menudo, se trataba y el derramamiento de sangre necesario para recogerla. Así, en Rathcormack, los doce campesinos fueron masacrados en un intento de evitar que los bienes de una pobre viuda fuesen vendidos para pagar una suma de cuarenta chelines que debía como diezmos. El efecto último de toda esta resistencia fue la aprobación de una "Ley de Conmutación de los Diezmos", mediante la cual la recaudación de los diezmos era abolida y sustituida por un "Cargo de Diezmo sobre la Renta", mediante el cual las sumas necesarias para el sostenimiento del clero episcopal se incluían en la renta y eran pagadas como parte de ese tributo a la aristocracia terrateniente. En otras palabras, la sangría económica continuaba, pero se le privaba de los rasgos más odiosos e irritantes de su recaudación. Las sociedades de Ribbon y Whiteboys fueron las armas más efectivas del campesinado en esta lucha y la victoria debe atribuirse en gran parte a sus actividades. Los políticos no dieron ayuda ni protección a la lucha y, salvo la defensa de un pequeño periódico de Dublín, llevado por un pequeño pero brillante grupo de escritores protestantes jóvenes, ningún periódico en toda Irlanda defendió su causa. En cuanto al clero católico, basta con decir que mientras se emprendía esta guerra de los diezmos, se mantuvo casi universalmente en silencio acerca de ese "penoso pecado de conspiración secreta" sobre el que usualmente eran tan elocuentes. No nos atrevemos a decir que reconociesen que mientras las sociedades secretas hacían su trabajo

contra un sacerdocio rival era mejor ser parcios en sus denuncias momentáneamente; quizá no sea esa la explicación, pero en todos los acontecimientos es digno de tener en cuenta que tan pronto como la guerra de los diezmos era ganada, todas las viejas invectivas almacenadas contra todo tipo de acción extraconstitucional se renovaron inmediatamente.

Contemporáneamente a esta guerra de los diezmos, había crecido la agitación en pro de la Abolición de la Unión Legislativa, dirigida por Daniel O'Connell y apoyada por el grueso de las clases medias y, prácticamente, por todo el clero católico. Al comienzo de esta agitación, la clase obrera irlandesa, en parte porque aceptaban la explicación de O'Connell de que la decadencia del comercio irlandés era debida a la Unión, y en parte porque no creían que fuese sincero en su profesión de lealtad a la monarquía inglesa ni en su deseo de limitar sus propósitos a la abolición, respaldaron y apoyaron entusiásticamente su agitación. El, por su parte, incorporó a su asociación a los gremios, con derechos iguales a los de los miembros regularmente enrolados, un procedimiento que provocó considerables disidencias de muchos sectores. Así, el *Irish Monthly Magazine* (Dublín), un periódico rabiosamente o'connellista, en su número de septiembre de 1832, se queja de que la Unión Nacional de Abolicionistas se hallaba en peligro porque "hay una unión coetánea compuesta por los gremios y las clases operativas, cuyos miembros están cualificados para votar en sus sesiones, y que en todos los aspectos han sido situados en perfecta igualdad con los miembros de la Unión Nacional". Y en su número de diciembre del mismo año vuelve sobre la acusación con la significativa afirmación de que "De hecho, tememos graves males y poco bueno de los sindicatos, tal como están constituidos en la actualidad". El representante del rey inglés en Irlanda, Lord Anglesey, aparentemente coincidía con la opinión de este partidario de O'Connell en cuanto al peligro de los sindicatos irlandeses en la política, pues cuando las instituciones gremiales de Dublín proyectaron una manifestación gigantesca en favor de la Abolición, lo proclamó inmediatamente y ordenó al ejército que la suprimiese mediante la fuerza armada si fuese necesario. Pero como la fuerza de O'Connell crecía en el país y éste atraía hacia sí más y más a las clases capitalista y profesional de Irlanda, y como se hizo más necesario para los proyectos de los políticos Wigh en Inglaterra y consideraba a estos últimos más necesarios para su éxito, dejó de jugar en favor de los trabajadores organizados y se fue convirtiendo gradualmente en el enemigo más encarnizado e inescrupuloso del sindicalismo que Irlanda ha producido nunca, reservando para los gremios de Dublín su más venenoso ataque.

En 1835, O'Connell tomó asiento en el sillón ministerial de la Cámara de los Comunes, como partidario del gobierno Whig. En esa época, la población trabajadora de Inglaterra era la más explotada, degradada y casi deshumanizada de todos los pueblos de Europa. El relato de su condición revela tal inhumanidad por parte de sus señores, tal dolorosa

degradación de los desposeídos, que si no estuviese garantizado por el sobrio testimonio de los testigos ante diferentes comisiones parlamentarias, el relato sería completamente increíble. Las mujeres trabajaban en las minas de carbón casi desnudas, por un penoso salario, dando a luz a menudo cuando los dolores del parto les sorprendían en medio de la oscuridad tenebrosa de sus lugares de trabajo; niños y niñas pequeños eran empleados para arrastrar pesadas vagonetas de carbón a lo largo de las galerías mediante una correa alrededor de sus cuerpos y que pasaba entre sus pequeñas piernas; en las fábricas de algodón, pequeños chavales de ocho, siete e incluso seis años de edad, de ambos sexos, cuidaban la maquinaria, siendo alquilados como esclavos a los hospicios, con ese fin trabajaban doce, catorce e incluso dieciséis horas diarias, viviendo, durmiendo y trabajando bajo condiciones que les hacían morir como si se tratara de una plaga; en las obras de alfarería, pastelerías, fábricas de vestidos y talleres, el trabajo excesivo y las condiciones de insalubridad en el empleo llevaron a un sufrimiento, degradación y acortamiento de la vida tales, que se puso en peligro la misma existencia de la clase obrera. En los distritos agrícolas, los sufrimientos de los pobres eran tan terribles que el trabajador agrícola inglés —la persona más imperturbablemente paciente y menos imaginativa sobre la faz de la tierra— estalló en motines, destrucción de máquinas y quema de las fajinas de forraje. Así como en Irlanda se suponía que el capitán Rock o el capitán Moonlight eran el genio que presidió las revueltas nocturnas del campesinado, así en Inglaterra el capitán Swing, un personaje igualmente mítico, recibió la inculpación o el crédito. En un panfleto que circulaba entre los trabajadores agrícolas ingleses, se le hace decir al capitán Swing: “No soy el autor de estas quemas. Estos incendios están provocados por granjeros a quienes les ha sido arrebatada su tierra para dar cobijo a los zorros, por campesinos encerrados dos años en prisión por coger una perdiz, y curas que toman la única vaca de un pobre hombre como diezmo de su huerto de coles.”

Tan grande era la miseria, tan brutales las leyes y tan desesperados estaban los trabajadores, que ante un tribunal especial, reunido en Winchester en diciembre de 1830, fueron juzgados nada menos que trescientos presos, siendo sentenciados a muerte un gran número de ellos. Entre éstos, seis fueron realmente ahorcados, veinte deportados de por vida y el resto a períodos menores. En la “Vía Dolorosa Inglesa”, de William Heath, se nos dice que “un niño de catorce años había sido condenado a muerte: y dos hermanos, uno de veinte y el otro de diecinueve, fueron ahorcados sin piedad en Penenden Heath, hasta donde fueron escoltados por un regimiento de Scots Greys. En cuanto a los responsables de todo este sufrimiento, los testigos contemporáneos no dejan duda. El Times de Londres, el más conservador de todos los periódicos capitalistas, en su número del 27 de diciembre de 1830, declaraba: “Afirmamos que las acciones de esta clase de hombres dignos de compasión (los trabajadores) son un comentario sobre el tratamiento que han experimentado a manos de las clases superiores y medias. La población actual debe ser provista, en cuerpo y espíritu, de principios más liberales y cristianos, o toda la masa de trabajadores comenzará a convertirse en legiones

de bandidos, bandidos menos criminales que quienes les han hecho así; quienes, por una justa pero temible retribución, pronto se convertirán en sus víctimas". Y en 1833, una Comisión Parlamentaria informaba que "La condición de los trabajadores agrícolas era brutal y miserable; por el día, sus hijos luchaban con los cerdos para conseguir comida, y por la noche se arracimaban en húmeda paja, bajo un techo de bálago podrido".

En las grandes ciudades prevalecía la misma situación de rebelión, el ejército estaba continuamente de servicio y eran muertas tantas personas que los funcionarios dejaron de hacer interrogatorios. Tal era la situación en Inglaterra – miseria y rebelión abajo y represión sanguinaria arriba, acompañada de una despiadada avaricia en la época en que O'Connell, al tomar sillón en el Parlamento, ponía toda su fuerza al lado del privilegio capitalista y contra la reforma social.

En 1838, cinco hiladores de algodón de Glasgow, en Escocia, fueron condenados a siete años de deportación por actos cometidos en combinación con los gremios para mejorar la miserable condición de su clase. Como el castigo fue considerado excesivo en todas partes, incluso para el espíritu brutal de su tiempo, un tal Sr. Wakley, miembro del Parlamento por Finsbury, presentó el 13 de febrero de aquel año una moción en la Cámara de los Comunes para que se formase un "Comité especial para investigar la constitución, prácticas y efectos de la Asociación de operarios del algodón de Glasgow". O'Connell se opuso a la moción y aprovechó la oportunidad para atacar a los gremios irlandeses. Dijo:

"No había tiranía igual a la ejercida por los gremialistas de Dublín sobre sus compañeros de trabajo. Una regla de los trabajadores prescribía un nivel medio de salarios, de modo que el mejor trabajador no recibiese más que el peor. Otra parte de su sistema tenía como fin privar a los señores de toda libertad en su poder para seleccionar a los trabajadores. Los nombres de los trabajadores eran inscritos en un libro y el empresario estaba obligado a tomar al primero de la lista."

Dijo que en Bandon había sido cerrada una gran factoría debido a los esfuerzos de los hombres por conseguir mayores salarios, lo mismo que en Belfast, y "se calculaba que los gremios hicieron perder salarios en número de 500.000 libras anuales. El gremio de sastres de esa ciudad, por ejemplo, había elevado el precio de los vestidos hasta tal extremo que era preferible para una persona ir a Glasgow y esperar un par de días por un traje, pagando la diferencia de precios y el gasto del viaje". También se atribuyó la desaparición del comercio de construcción naval a los malos efectos de los gremios.

Debido al discurso de O'Connell, sus amigos del Gobierno Whig nombraron un Comité no para indagar los casos de Glasgow, sino para investigar las acciones de los gremios irlandeses y especialmente los de Dublín. El Comité especial se puso en marcha y recogió dos volúmenes de pruebas, proporcionando O'Connell una serie de testigos para dar testimonio contra los gremialistas irlandeses, pero el informe del Comité

nunca fue presentado en la Cámara de los Comunes. En junio del mismo año, 1838, O'Connell tuvo otra oportunidad de desahogar su ánimo contra la clase obrera y servir a los intereses del capitalismo inglés e irlandés y no tardó en aprovecharse de ella. En el 1833, debido principalmente a los esfuerzos de los operarios organizados de las factorías y algunos filántropos de alto espíritu, había entrado en vigor una ley que prohibía el empleo de niños menores de nueve años en factorías, excepto en las fábricas de tejidos, y prohibiendo que los menores de trece años trabajasen más de 48 horas semanales o nueve horas diarias. Las mencionadas darán al lector alguna idea de cuánta sangre infantil había sido sacrificada para saciar la avaricia de la clase poseedora. No obstante, esta ley eminentemente moderada era ferozmente odiada por los devotos capitalistas de Inglaterra, y por todos los medios que pudieron imaginar intentaron contravenirla. Tan constante y efectiva fue su evasión de esas piadosas descripciones, que el 23 de junio el famoso amigo de los operarios de las factorías, lord Ashley, en la Cámara de los Comunes presentó como enmienda al Orden del Día la segunda lectura de un "Proyecto de Ley para regular de modo más efectivo el trabajo en las factorías", cuyo propósito era impedir o castigar cualquier otra transgresión de la ley de 1833. O'Connell se opuso a la mención e intentó justificar la transgresión de la ley por parte de los empresarios afirmando que "ellos (el Parlamento), habían legislado contra la naturaleza de las cosas y contra el derecho de la industria". "Que no sean", dijo, "culpables de la infantil insensatez de regular el trabajo de los adultos ni se pongan a pasear ante el mundo su ridícula humanidad, que terminaría por convertir a sus manufactureros en mendigos". La frase sobre la regulación del trabajo de los adultos fue tomada de la defensa que hacían los capitalistas de que impedir el empleo de los niños había de interferir también en el trabajo de los adultos. ¡Ingenuos ingleses! O'Connell no se creía este artificio, lo mismo que en la anterior ocasión no se creía la falsa pretensión de que la imposición de un salario mínimo fuese a impedir el pago de salarios mayores a cualquier artesano especialmente cualificado.

En esta cuestión de la actitud a adoptar hacia las demandas de las clases trabajadoras, O'Connell difería radicalmente de uno de sus lugartenientes más capaces, Fergus O'Connor. Este último, al ser elegido para el Parlamento como Abolicionista, quedó impresionado por la miserable condición del verdadero pueblo de Inglaterra, en cuyos intereses se suponía que era gobernada Irlanda, y como resultado de su investigación en este asunto llegó a la conclusión de que la base de la opresión de Irlanda era económica, de que las clases trabajadoras en Inglaterra eran oprimidas por la misma clase y por el funcionamiento de las mismas causas que habían empobrecido y arruinado a Irlanda y que la solución del problema en ambos países requería la unión de las democracias en una batalla común contra sus opresores. Se esforzó encarecidamente por inculcar en O'Connell este

punto de vista, para ver sólo que en éste último el sentimiento de clase era mucho más fuerte que el deseo de la libertad nacional irlandesa, y que él, O'Connells, se consideraba mucho más consanguíneo de la clase poseedora de Inglaterra que de la clase obrera de Irlanda. Este quedó demostrado por su acción en los casos antes citados. Esta divergencia de opinión entre O'Connor cerró Irlanda para éste último y se lo dio a los cartistas como uno de sus dirigentes más intrépidos y dignos de confianza. Cuando murió, más de 50.000 desposeídos desfilaron en la procesión funeral que llevó sus restos a su último lugar de descanso. Fue uno de los primeros en esa larga lista de combatientes irlandeses en Gran Bretaña cuyos desprendidos sacrificios dejaron constancia en el movimiento obrero "inglés". Que las clases poseedoras y opresoras conocían bien el valor de los servicios de O'Connell contra la democracia y le estaban agradecidas, quedó testimoniado por la acción de Richard Lalor Shiel cuando, al defenderle durante los famosos juicios del Estado, pidió para O'Connell la consideración del Tribunal por haberse mantenido entre el pueblo de Irlanda y el pueblo de Inglaterra, "impidiendo así una unión que habría sido suficientemente formidable como para derribar cualquier administración que pudiese formarse." Pero por celosos que fuesen O'Connell y los abolicionistas de la clase media por impedir cualquier acción internacional de la democracia, la clase obrera irlandesa era igualmente entusiasta en su deseo de consumarla. Las Asociaciones Cartistas irlandesas surgieron por toda la isla, y un escritor nos informa en el Irlandeses Unidos de John Mitchell, en 1848, que en Dublín habían crecido tan fuertes y hostiles al o'connellismo que en una ocasión se mantuvieron negociaciones para un debate público entre el Liberador y un representante de los gremios de Dublín. Pero con la detención y encarcelamiento de O'Connell, dice a continuación, la clase obrera decidió abandonar sus organizaciones independientes con la idea de presentar un frente común al Gobierno, una medida que posteriormente lamentarían. A esta carta, John Mitchell, como director, añadía una nota recordando a sus lectores el historial antiobrero de O'Connell y aduciéndolo como una razón más para repudiar su dirección. No obstante, es curioso que en su *Historia de Irlanda* Mitchell omita toda referencia a este lado vergonzoso de la carrera de O'Connell, como hacen en realidad todos los demás "historiadores" irlandeses. Si quien calla asiente, entonces todos los escribanos de nuestra historia (?) han consentido y por tanto aprobado esta supresión de los hechos de la historia con el fin de ayudar a perpetuar la ceguera y la servidumbre de las clases trabajadoras.

### Capítulo XIII

#### **Nuestros girondinos irlandeses sacrifican al campesinado irlandés en el altar de la propiedad privada**

*“Hay una clase de revolucionarios, llamados girondinos, cuyo destino histórico es bastante notable. Hombres que se rebelan e instan a las clases bajas a rebelarse, deberían tener algo más que fórmulas con las que Jugar. Hombres que en la miseria del trabajo, que afecta a millones de personas, no ven miseria sino solamente una materia prima que puede pulirse y con la que se puede comerciar en favor de las pobres teorías y egoísmos ocultos de uno mismo, para quienes millones de criaturas vivientes con corazones latiendo en sus pechos – con latidos, sufrimientos y esperanzas –, son 'masas', meras masas explosivas para derribar Bastillas, para votar en las tribunas públicas por 'nosotros', hombres tales, pertenecen a dudosas especies”.*

**Thomas Carlyle.**

El estallido del hambre, que comenzó a pequeña escala en 1845 y aumentó en área e intensidad hasta 1849, llevó a un límite los antagonismos de clase en Irlanda, de los cuales la ruptura con los gremios fue una manifestación y de nuevo reveló la cuestión de la propiedad como el campo de pruebas por el cual se regula la conducta de los hombres públicos, incluso cuando esos hombres asumen la vestidura de la revolución. No es necesario decir que no damos la interpretación de la historia de ese horrible período que dan los escritores irlandeses o ingleses ortodoxos. Los nacionalistas irlandeses de todo pelaje y los críticos ingleses de todo tipo concuerdan con maravillosa unanimidad en atribuir la división que se produjo en la Asociación Abolicionista, que llevó a la formación por parte de los escisionistas de la institución conocida como Confederación Irlandesa, a la cuestión académica de si la fuerza podría o no utilizarse para conseguir un fin político. La mayoría de los miembros de la Asociación Abolicionista, nos dicen, se sometieron al principio enunciado por O'Connell de que “las mayores bendiciones terrenales no merecerían el derramamiento de una sola gota de sangre humana”, y que John Mitchell, el padre Meahn, Gavan Duffy, Thomas Francis Meagher, Devin Reilly, William Smith O'Brien, Fintan Lalor y otros repudiaron esta doctrina, teniendo lugar la secesión con O'Connell en este punto de divergencia puramente teórico. Es difícil creer que ningún número considerable de irlandeses haya mantenido nunca semejante doctrina; es completamente cierto que el clero irlandés católico, los principales lugartenientes de O'Connell, no mantuvo ni aconsejó semejante doctrina durante la Guerra de los Diezmos. El mismo O'Connell había declarado que de buena gana se sumaría a Inglaterra para colaborar a “derribar al águila americana en su mayor orgullo de vuelo”, lo cual implicaría seguramente una guerra, y en la Cámara de los Comunes, en una ocasión, replicando a lord Lyndhurst, que había caracterizado al irlandés como “extranjero en sangre, lenguaje y religión”, Richard Lalor Shiel, campeón del o'connellismo, pronunció una magnífica disertación vanagloriándose de las proezas de los soldados irlandeses en el ejército inglés. De paso observamos que Shiel, consideró como un insulto la frase anterior de lord Lyndhurst; los nacionalistas irlandeses modernos defienden triunfalmente la idea contenida en esa frase como base verdadera del nacionalismo irlandés.

Ni tampoco los secesionistas, los Jóvenes Irlandeses, como se les llamaba, estaban a favor de la fuerza física, salvo como tema de vuelos poéticos y oratorios. En

realidad la secesión tuvo lugar sobre un punto falso; la mayoría de ambos lados admitía disciplinadamente, aunque no lo confesasen, el verdadero asunto que les dividía. Ese asunto era el viejo asunto del principio democrático de la sociedad humana contra el aristocrático. Los Jóvenes Irlandeses, jóvenes y entusiastas, sintieron la furia del principio democrático que agitaba entonces a la sociedad europea, en realidad el nombre mismo de Joven Irlanda era una adaptación de los nombres usados por el revolucionario italiano Mazzini para las asociaciones revolucionarias Joven Italia, Joven Suiza, Joven Francia y Joven Alemania, que fundó después del año 1831. Y como el progreso del movimiento revolucionario en el continente, acompañado por la popularización de las ideas socialistas entre las masas revolucionarias, se sincronizaba con el declive del sistema social irlandés a causa del hambre, los dirigentes del partido Joven Irlanda respondían y se movían de acuerdo con la marcha revolucionaria de los acontecimientos sin ser tan siquiera capaces de comprender la profundidad y la fuerza de la corriente sobre cuya superficie se habían embarcado. Esta verdad es evidente para todos los que estudien su acción cuando llegó por fin el día de la revolución, del que tanto habían hablado. En aquella época, 1848, Irlanda se hallaba en la agonía del mayor hambre de su historia.

No estará de más, para algunos de nuestros lectores, que expliquemos esta situación en unas pocas palabras. El producto alimenticio principal del campesinado irlandés era la patata; todos los demás productos agrícolas, los cereales y el ganado, eran vendidos para pagar la renta del terrateniente. El valor ordinario de la cosecha anual de la patata era aproximadamente de veinte millones de libras en dinero inglés; en 1848, en medio del hambre, el valor de los productos agrícolas en Irlanda fue de 44.958.120 libras. En aquel año, toda la cosecha de patata fue un fracaso y el hambre se atribuye plácidamente a este hecho, cuando, sin embargo, estas cifras prueban ampliamente que había suficientes alimentos para dar de comer al doble de la población si las leyes de la sociedad capitalista fuesen derogadas y los derechos humanos elevados a su posición debida. Entre los nacionalistas irlandeses un dicho común es que la "providencia envió la roya de la patata, pero Inglaterra creó el hambre". La afirmación es cierta y sólo necesita enmienda para añadirle que "Inglaterra creó el hambre mediante una rígida aplicación de los principios económicos que se hallan en la base de la sociedad capitalista". Nadie que acepte la sociedad capitalista y sus leyes puede lógicamente considerar culpables a los estadistas ingleses por sus acciones en este horrible período. Defendieron los derechos de la propiedad y la libre competencia y aceptaron filosóficamente sus consecuencias en Irlanda; los dirigentes del pueblo irlandés defendían también los derechos de la propiedad y se negaron a rechazarlos incluso cuando vieron sus consecuencias en la matanza por hambre de más de un millón de desposeídos. El primer fracaso de la cosecha de patata tuvo lugar en 1845, y entre septiembre y diciembre de aquel año se registraron 515 muertos de hambre, aunque habían sido exportadas 3.250.000 arrobas de carne de vaca e innumerable cantidad de ganado. Desde entonces hasta 1850 el hambre se extendió y las exportaciones de alimentos continuaron. Así, en 1848 se estimó que 300.000 personas murieron de hambre y se exportaron 1.826.132 arrobas de carne de vaca y cebada. La fiebre

tifoidea, que siempre sigue los talones al hambre, derribó un número similar a los directamente periclitados por hambre, hasta que finalmente resultó imposible conseguir, en muchos distritos, suficientes trabajadores con la fuerza necesaria para cavar tumbas independientes para los que morían. El recurso fueron las fosas de hambre, donde los cadáveres eran arrojados sin distinción; familias enteras murieron en sus miserables chozas y yacían y se pudrían allí, y los que viajaban a remotas partes del país tropezaban a menudo con pueblos enteros cuya población había muerto de hambre. En 1847, "el negro 47", 250.000 personas murieron de fiebre; 21.770 de inanición. Debido a los esfuerzos de los agentes de emigración y a las remesas enviadas por parientes del extranjero en ese mismo año, 89.783 personas embarcaron hacia Canadá. Huían del hambre, pero no podían huir de la fiebre que sigue los talones al hambre, y 6.100 murieron y fueron arrojados por la borda durante el viaje, 4.100 murieron a su llegada a Canadá, 5.200 en hospitales y 1.900 en ciudades del interior.

Gran Bretaña estaba más cerca que América, y muchos que no pudieron escapar a esta última se arrojaron a las inhóspitas playas de la primera; pero la urgencia dependía de las compañías de buques y éstas elevaron las tarifas de todos los pasajeros de proa a un precio casi prohibitivo. En esta huida a Inglaterra ocurrió una de las tragedias más espantosas de toda la historia, una tragedia que, en nuestra opinión, sobrepasa a la del Agujero Negro de Calcuta en su acumulación de horrores espantosos y horribles. El 2 de diciembre de 1848, un buque de vapor partió de Sligo con 200 pasajeros de proa a bordo con destino a Liverpool. En esa fría costa noroccidental ese pasaje siempre es tempestuoso y las tormentas son repentinas y feroces. Una de esas tormentas se desencadenó durante la noche, y como el número poco usual de pasajeros se hacinaba en la cubierta, la tripulación, brutalmente y sin ceremonias, les hizo bajar de la cubierta y fijó los listones de los encerados de las escotillas para impedir que volviesen a subir. Cuando el tiempo es bueno, la proa de semejante buque costero es, incluso vacía de flete humano, fétida, sofocante e insoportable; la imaginación nos falla cuando intentamos comprender lo que debe haber sido aquella horrible noche. Para colmo del horror, cuando algunos de los más desesperados golpearon las escotillas y pidieron que les dejaran salir, el segundo de a bordo, en el paroxismo de la cólera, ordenó cubrir con alquitrán las aberturas, para callar los gritos. Calló los gritos, quitó también el aire y la luz y allí, en aquel infierno, aquellos 200 seres humanos combatieron, lucharon y boquearon en busca de aire mientras los elementos guerreaban en el exterior y el frágil cascarón del buque era sacudido en la superficie de las aguas. Al fin, cuando alguien más fuerte que los demás consiguió abrirse camino y alcanzar la cubierta, enfrentó a los oficiales del buque con la noticia de que su brutalidad les había convertido en asesinos, que la fea muerte realizaba su siega entre los pasajeros. Era demasiado cierto. De los 200 pasajeros encerrados bajo cubierta, 72, más de un tercio del total, habían expirado, sofocados por la necesidad de aire o despedazados en la ciega lucha de desesperación en la oscuridad. ¡Tal es el relato de ese viaje del buque "Londonderry",

seguramente el más horrible relato de mar en los anales de cualquier pueblo blanco!

En medio de tales condiciones, la Confederación Irlandesa había venido predicando la rectitud moral de la rebelión y disertando doctamente en inglés a un pueblo hambriento, cuya memoria sólo sabía irlandés, acerca de los ejemplos históricos de Holanda, Bélgica, Polonia y el Tirol. Unos cuantos hombres, especialmente John Mitchell, James Fintan Lalor y Thomas Devin Reilly, digámoslo en su honra, defendieron abiertamente como primer deber del pueblo la negativa a pagar las rentas, la retención de las cosechas para alimentar a sus familias, la destrucción de los puentes y el levantamiento de las líneas de ferrocarril para impedir que se llevaran el alimento del país. Si tal consejo lo hubiesen seguidos los Jóvenes Irlandeses como institución, habría sido apoyado entusiásticamente por el pueblo en general, como el desarrollo de los acontecimientos mostró, en cuyo caso ninguna fuerza en el poder en Inglaterra podría haber salvado a los terratenientes o al Imperio Británico en Irlanda. Según explicaba Fintan Lalor, el intelecto más penetrante de Irlanda en aquel tiempo, se trataba de evitar cualquier batalla campal con el ejército inglés y llevarle a una lucha sobre principios y sobre un plan de campaña donde su disciplina, preparación y métodos fuesen un freno más que una ayuda y donde no se requiriese de las masas insurgentes ninguna movilización, entrenamiento de batallones o conocimiento técnico de la ciencia militar. En resumen, implicaba una revolución social y nacional, apoyándose la una sobre la otra. Pero los hombres que defendían esto eran una minoría desesperada y los jefes de los Jóvenes Irlandeses eran tan rabiosamente cuidadosos de los derechos de los terratenientes como los jefes del Gobierno inglés. Mientras el pueblo perecía, los Jóvenes Irlandeses hablaban y su charla era muy hermosa, totalmente gramatical, finamente educada y con la cantidad debida de pasión introducida siempre en el momento psicológico debido. Pero, no obstante, el pueblo perecía. Finalmente, el Gobierno se apoderó del hombre verdaderamente peligroso —el hombre que tenía el odio hacia la injusticia suficientemente enraizado para desear destruirla a toda costa, el hombre que tenía fe suficiente en las masas para confiar en un estallido revolucionario de sus impulsos nativos y que poseía la facultad de combinar el pensamiento con la acción: John Mitchell. Con su detención el pueblo, y también el Gobierno y el mismo Mitchell, esperaban la revolución inmediata. Todos se vieron defraudados. John Mitchell fue enviado a cumplir trabajos forzados en un penal de la tierra de Van Diemen (Tasmania), después de negarse desdeñosamente a firmar un manifiesto que le presentaron en su celda Thomas Meagher y otros, aconsejando al pueblo que no intentara rescatarlo. La clase obrera de Dublín y la mayoría de las ciudades clamaba a sus dirigentes para que diesen la señal del alzamiento; en muchos lugares del país los campesinos actuaban

espontáneamente. Finalmente, al llegar a Dublín noticias, en julio de 1848, de que habían sido hechos públicos mandamientos de detención de los Jefes del partido Joven Irlanda, se decidieron a hacer un llamamiento al país. Pero todo tenía que hacerse de una manera "respetable"; el ejército inglés de un lado, provisto de armas de fuego, bandas de música y banderas; el ejército irlandés del otro lado, provisto también de armas de fuego, bandas de música y banderas, "filas apretadas de reluciente acero", no una mera insurrección proletaria y ninguna interferencia en los derechos de la propiedad.

Cuando C. G. Duffy fue detenido, el sábado 9 de julio, en Dublín, los trabajadores irlandeses rodearon la escolta militar en el camino a la prisión de Newgate, pararon el carruaje, presionaron a Duffy ofreciéndole iniciar la insurrección allí y entonces. "¿Quieres ser rescatado?", dijo uno de los dirigentes, "Desde luego que no", dijo Duffy. Y los confundidos trabajadores volvieron atrás y dejaron marchar a la prisión al futuro premier australiano. En Cashel, Tipperary, fue detenido Michael Doheny. El pueblo asaltó la prisión y le rescató. El insistió en ser devuelto y solicitó la libertad bajo fianza. En Waterford fue detenido Meagher. Cuando le llevaban a través de la ciudad, guardado por las tropas, el pueblo erigió una barricada en el camino a lo largo de un estrecho puente sobre el río Suir, y cuando el carruaje llegó al puente algunos cortaron los enganches de los caballos y llevaron la cabalgada a un otero. Meagher les ordenó entonces que quitasen la barricada; ellos le pidieron que diese la señal para la insurrección y que la comenzarían allí y entonces. La importante ciudad estaba en sus manos, pero Meagher persistió en ir con los soldados y los pobres rebeldes de la clase obrera de Waterford le dejaron ir gritando: "lo lamentarás, lo lamentarás, y será tu propia culpa". Meagher posteriormente demostró ser un intrépido soldado de un ejército regular, pero como insurgente carecía de la iniciativa necesaria. Pero el disparate más completo de todos fue la dirección de William Smith O'Brien. Vagó por todo el país diciendo al campesinado hambriento que se preparase, pero negándose a permitirles alimentarse a costa de los terratenientes que durante tanto tiempo les habían despojado, matado de hambre y desahuciado; no permitía a sus partidarios que tomasen las carretas de grano que pasaban por las carreteras donde el pueblo moría por falta de alimentos; en Mulinahone se negó a permitir a sus partidarios que derribasen árboles para construir una barricada a lo largo de una carretera hasta que no hubiesen pedido permiso a los terratenientes propietarios de los árboles; cuando el pueblo de Killenaule tenía un cuerpo de dragones atrapado entre dos barricadas, libró de esa peligrosa situación a los dragones después que su jefe le asegurase que no llevaba mandamiento de detención contra él, O'Brien; en otro lugar sorprendió a un grupo de soldados en el Town Hall con las armas apartadas para limpiarlos y en vez de confiscarles les dijo que sus armas

estaban tan seguras como en el Castillo de Dublín.

Cuando recordamos la situación de Irlanda entonces, con la población pereciendo de hambre, toda la narración anterior se lee como una página de ópera cómica. Por desgracia no lo es; es una página del período más negro de la historia de Irlanda. Leyéndola podemos comprender por qué Smith O'Brien tiene un monumento en Dublín, aunque el nombre y los escritos de Fintan Lalor fuesen boicoteados durante más de cincuenta años. W. A. O'Connor, B. A., en su "Historia del Pueblo Irlandés", resume así la carrera de Smith O'Brien: "Este hombre disolvió por causa de la guerra una organización pacífica, prometió la guerra a un pueblo que se hallaba en estrechas condiciones, fue al campo para desencadenarla y después le pareció pecado llevar a cabo cualquier acción de guerra." Debemos conceder, por supuesto, que Smith O'Brien fuese un hombre de alta probidad moral, pero resulta igualmente necesario afirmar que era un terrateniente vehementemente solícito hacia los intereses de su clase y que permitió que su cuidado por esos derechos se interpusiera entre los millones de personas de la raza irlandesa y sus esperanzas de vida y libertad. Debe recordarse también, no obstante, para paliar su conducta en esa horrible crisis, que había heredado vastas haciendas como resultado de la apostasía social, nacional y religiosa de sus antepasados, y en vista de semejante linaje es más asombroso que haya soñado con la rebelión que con el hecho de repudiar la revolución.

Si los principios socialistas se hubiesen aplicado en Irlanda en aquellos días, ninguna persona necesitaría haberse muerto de hambre ni habría sido necesario suscribir ningún centavo de caridad para mancillar el nombre irlandés. Pero todos, excepto unos pocos hombres, habían elevado la propiedad terrateniente y la economía política capitalista al nivel de un fetiche que tenía que ser adorado, y sobre el altar de ese fetiche murió Irlanda. Según las cuentas más bajas, 1.225.000 personas murieron de hambre absoluta; todos ellos fueron sacrificados en el altar del pensamiento capitalista.

En los primeros momentos del hambre, el Primer Ministro inglés, lord John Russell, declaró que nada debía hacerse que perjudicase a la empresa privada en el curso regular del comercio, y esta fue la política establecida del Gobierno, de principio a fin. Un "Acta" del Tesoro del 31 de agosto de 1846, estipulaba que se estableciesen "depósitos para la venta de alimentos en Longford, Banagher, Limerick, Galway, Waterford y Sligo, y depósitos subordinados en otros lugares de la costa oeste", pero las reglas estipulaban que dichos depósitos no se abriesen donde el alimento pudieran proporcionarlo vendedores privados. En todas las leyes que establecían obras de beneficencia se estipulaba que toda la mano de obra debía ser totalmente improductiva, para no impedir que los capitalistas, bien entonces o en el futuro, extrajesen un beneficio. Los vendedores privados hicieron fortunas entre 40.000 y 80.000 libras. En 1845 se organizó un Departamento Comisario de Beneficencia para traer maíz indio para venderlo en Irlanda, pero no se vendió nada hasta que todos

los almacenes privados liquidaron sus existencias; el estado de Massachusetts alquiló un barco de guerra americano, el "Jamestown", lo cargó de grano y lo envió a Irlanda; el Gobierno almacenó la carga, afirmando que ponerlo en el mercado provocaría disturbios en el comercio. Un proyecto de Ley de Ayuda al Pobre disponía, en 1847, el empleo de mano de obra en obras públicas, pero estipulaba que no se emplearía a nadie que tuviese más de un cuarto de acre de tierra; esto indujo a decenas de miles a entregar sus granjas con el fin de conseguir algo de comer y salvó a los terratenientes de todo el problema y gasto de un desahucio. Cuando esto alcanzó un grado suficiente, 734.000 personas fueron despedidas y, como habían abandonado sus granjas para conseguir empleo en las obras, se vieron tan desamparados como hombres en una balsa en medio del océano. El Sr. Mulhall, en sus Cincuenta años de progreso nacional, estima el número de personas desahuciadas entre 1838 y 1888 en 3.668.000; la mayoría vieron sus hogares destruidos durante los años en consideración, y el Poor Relief Bill, que recibió el mote de "Ley para facilitar el desahucio", fue arma principal para su ruina. En 1846, Inglaterra, hasta entonces un país proteccionista, adoptó el libre comercio, aparentemente con el fin de permitir la entrada libre y barata de maíz para los hambrientos irlandeses. En realidad, ya que Irlanda era un país exportador de maíz y cereal, la medida estableció la competencia de los productos agrícolas occidentales con los de Irlanda y, por tanto, al bajar todavía más los precios agrícolas, intensificó la miseria de las clases productoras irlandesas. El verdadero significado de la medida fue que, al ser Inglaterra una nación manufacturera, deseaba abaratar el alimento para que sus esclavos asalariados se quedasen contentos con salarios bajos, y verdaderamente uno de los resultados más inmediatos del libre comercio en Irlanda fue una reducción a gran escala de los salarios del proletariado manufacturero.

La clase capitalista inglesa, con esa hipocresía que siempre caracteriza a esa clase en sus actos públicos, utilizó la miseria de Irlanda como medio para vencer la oposición de la clase terrateniente inglesa al libre comercio de los cereales, pero en esto, como en cualquier otra medida de los años del hambre, actuó consecuentemente con las líneas de la economía política capitalista. Dentro de los límites de ese sistema social y sus teorías, esas acciones son inatacables e irrecusables; solamente cuando rechazamos ese sistema y las cadenas intelectuales y morales que impone, adquirimos el derecho de denunciar la administración inglesa de Irlanda durante el hambre como un crimen colosal contra la raza humana. El hombre o la mujer irlandesa no socialistas que montan en cólera contra esa administración, se hallan en la posición ideológica de quien denuncia un efecto cuya causa defiende. Esa causa era el sistema de propiedad capitalista. Con la excepción de esos pocos hombres que antes nombramos, los dirigentes de Joven Irlanda de 1848 fueron incapaces de estar a la altura de la grandiosa oportunidad que se les ofreció de escoger entre los derechos del hombre y los derechos de la propiedad como base de la nacionalidad, y la medida de su fracaso fue la

medida del desastre de su país.

## Capítulo XIV

### Enseñanza socialista de los Jóvenes Irlandeses; los pensadores y los obreros

*“¿Qué haces en nuestra puerta?,  
guardas los graneros de nuestro señor de las manos delgadas del pobre”.*

#### Lady Wilde (*Esperanza*)

*“Dios de Justicia, grité, envía tu espíritu  
cobre señores tan crueles y orgullosos.  
Ablanda sus corazones y relaja su ceño,  
o bien, grité en voz alta,  
concédele fuerza a la mano del campesino  
para expulsarles lejos de la tierra”.*

#### Thomas Davis

Hemos señalado que los jefes de Joven Irlanda, que tan fervientemente habían declamado sobre la revolución, fueron totalmente incapaces de aceptarla cuando al fin se presentó ante ellos. Por cierto que Doheny utiliza esta misma palabra para describir las escenas de Cashel. “Era la revolución”, dijo, “si la hubiésemos aceptado”. Podemos aplicar con perfecta justicia a estos hombres brillantes pero infortunados las palabras de otro escritor, Lissagaray, al describir a una clase similar de dirigentes en Francia y decir que “habiendo cantado toda su vida las glorias de la Revolución, cuando se alzó ante ellos huyeron aterrados, como el pescador árabe ante la aparición del genio”. Al historiador corriente, que trata las relaciones entre Irlanda e Inglaterra como una lucha entre dos naciones, sin comprensión alguna de las condiciones económicas o de los grandes movimientos mundiales en cuyo puño se vieron cogidas ambas naciones, la indecisión y vacilación de los jefes de Joven Irlanda en la crisis de destino de su país constituye un problema insoluble que a menudo se ha utilizado para burlarse de los irlandeses, cuando el escritor era inglés, o para justificar una repugnante apología cuando el escritor era irlandés. Ninguna de las dos acciones es, en absoluto, de fiar. El hecho simple es que los trabajadores irlandeses de la ciudad y del campo estaban dispuestos y deseosos de sublevarse, y, que el Gobierno inglés de la época se salvó de un grave peligro sólo por el hecho de que Smith O'Brien y los que después le imitaron tuvieron miedo de confiar la nación a la pasión de las llamadas clases bajas. Si la rebelión hubiese estallado en ese momento en Irlanda, los cartistas ingleses, que se habían estado armando y preparando para un propósito similar, habrían aprovechado la ocasión, como Mitchell, realmente, señalaba continuamente en su periódico, para salir también a campaña. Muchos regimientos del ejército eran también favorables a

la sublevación y habían expuesto repetida mente su espíritu saludando públicamente a la causa irlandesa y cartista. Un dirigente irlandés de los cartistas, John Frost, fue sentenciado a una fuerte pena de deportación por sus declaraciones sediciosas en esta época, y otro gran campeón inglés de la clase obrera Ernest Jones, al comentar el caso, declaró desafiante en una reunión pública que “llegará la hora en que John Mitchell y John Frost regresen, y lord John Rusell sea enviado a ocupar su lugar y ondee la bandera verde triunfante sobre Downing Street y el Castillo de Dublín”, siendo Downing Street la residencia del primer ministro. Por pronunciar este sentimiento, Ernest Jones fue detenido y condenado a doce meses de prisión.

En su actitud hacia toda manifestación de sublevación de la clase obrera de Inglaterra, los Jóvenes Irlandeses se encontraban penosamente divididos. En su periódico, *The United Irishmen* (El Irlandés Unido), John Mitchell los aclamaba alborozadamente como una ayuda a Irlanda y como un presagio de la victoria de la verdadera democracia, reservando una considerable porción de su espacio en cada número a dar crónicas del progreso de la causa del pueblo en Inglaterra. Su actitud en este asunto fue una de las causas más potentes de su permanente popularidad entre las masas. Por otro lado, el sector de Jóvenes Irlandeses, que había hecho de Smith O'Brien su ídolo, por ninguna otra razón visible más que por el hecho de ser rico y respetable, intentó por todos los medios a su alcance disociar la causa de Irlanda de la causa de la democracia. Sobrevino una guerra de palabras entre Mitchell y sus críticos, apelando cada parte al antecedente de 1798, con el resultado de que Mitchell pudo demostrar fácilmente que los revolucionarios de ese período —especialmente Wolfe Tone— no sólo aliaban la causa de Irlanda con la causa de la democracia en general, sino que insistían vehementemente en la necesidad de una revolución social en Irlanda a expensas de la aristocracia terrateniente. Imitando a Fintan Lalor, Mitchell hizo de los principios implícitos en aquellas ideas las consignas de la campaña revolucionaria. Insistió correctamente en una insurrección social, en que el mismo levantamiento insurreccional que destruyese y pusiese fin a la esclavitud de las clases productoras pondría fin a la odiosa tiranía extranjera construida sobre ella. Dos pasajes de sus escritos son especialmente útiles para corroborar y testificar su posición sobre estos puntos —puntos que aún son los más feroces temas de disputa en Irlanda. En su “Carta a los Pequeños Agricultores de Irlanda”, el 4 de marzo de 1848, dice: “Pero me dicen que es vano hablaros de este modo; que la política de paz de O'Connell es para vosotros más querida que la vida y el honor, que muchos de nuestros clérigos también os exhortan a morir antes de violar lo que el inglés llama 'ley' y que estáis decididos a aceptar su oferta. Morir pues; morir en vuestra paciencia y perseverancia, pero tener bien por seguro esto: que el cura que os ofrece perecer pacientemente entre vuestras doradas cosechas predica el Evangelio de Inglaterra, insulta a la humanidad y el sentido común, levanta falso

testimonio contra la religión y blasfema contra la Providencia de Dios.

Cuando el Gobierno republicano, que llegó al poder en París después de la revolución de febrero de 1848, reconociendo que debía su existencia a los trabajadores armados y que esos trabajadores exigían alguna seguridad para su propia clase en recompensa por su sangrienta faena, puso en vigor una ley garantizando “el derecho al trabajo” para todos y recibiendo la confianza de la nación para asegurar ese derecho, Mitchell saludó gozosamente esa ley como indicación de que las absurdas teorías de lo que él justamente titulaba “sistema inglés”, o capitalismo, no tenían ya lugar en las mentes del pueblo francés. Citamos una porción de ese artículo. Nuestros lectores se darán cuenta de que el libre comercio al que se hace referencia es el libre comercio de la mano de obra frente a la protección por parte del Estado de los derechos del trabajador:

“Las dinastías y los tronos no son la mitad de importantes que los talleres, las granjas y las factorías. Antes bien, debemos decir que las dinastías y los tronos, e incluso los gobiernos provisionales, son buenos para cualquier cosa, justamente en la proporción en que aseguran el juego limpio, la justicia y la libertad de los que laboran.

“He aquí que Francia está verdaderamente a la cabeza de todo el mundo. La Tercera Gran Revolución ha derribado a la ilustrada y pedante economía política (lo que en Irlanda conocemos como economía política inglesa o Economía Política del Hambre), y ha establecido de una vez por todas, los verdaderos y viejos principios de la protección del trabajo y el derecho y el deber de la asociación entre los trabajadores.

“Por decreto del Gobierno Provisional, fecha del 25 de febrero:

“Se compromete a garantizar trabajo a todos los ciudadanos. Reconoce el derecho de los trabajadores a asociarse con el fin de gozar del producto legítimo de su trabajo.

“Los Republicanos Franceses no reconocen, como ignorantes y bárbaros **Whigs** ingleses, un derecho a empobrecer la ayuda y convertirla en premio a la holgazanería. Saben que el hombre tiene carta de privilegio para conseguir el pan con el sudor de su frente y no de otro modo, y conocen la misión mayor y más sagrada del gobierno: cuidar de que pueda tener pan quien lo produce. Por esta razón, expresamente y en términos resueltos, renuncian a la 'competencia' y el libre comercio' **en el sentido en que el whig inglés usa estas palabras** y adopta deliberadamente la asociación y la protección: que la nación se asocie para proteger mediante leyes su propia industria nacional y que los individuos se asocien con otros individuos para proteger, mediante instituciones sindicales, las diferentes ramas de la industria nacional.

“El libre comercio y la competencia —en otras palabras, el sistema inglés— está muy bien comprendido ahora; su obvio propósito y efecto es hacer al rico más rico y al pobre más pobre, hacer al capital absoluto gobernante del mundo y al trabajo un esclavo ciego y desamparado. Mediante el libre comercio los

comerciantes de Manchester pueden vestir a India, China y Sudamérica, y los artesanos de Manchester apenas pueden mantenerse a cubierto del frío. A fuerza de libre comercio, en Belfast el traje de lienzo prolifera más que nunca; pero los hombres que lo tejen apenas tienen una camisa para sus espaldas. El libre comercio llena de cereal los almacenes de los capitalistas especuladores, pero deja sin sustento a quienes lo han sembrado y recogido. El libre comercio despuebla villas y puebla casas de beneficencia, consolida granjas e inunda los cementerios de cadáveres de hambre.

“Ya no habrá más de este libre comercio en Francia. Los hombres ya no pueden hacer con sus cosas lo que quieren.

“Llegó febrero de 1848 y el pretexto del banquete de la reforma. De nuevo París tuvo su agonía de tres días y le fue entregada su revolución tercera y mejor nacida.

“Esta vez no podía haber error; la basura de los tronos y las dinastías es expulsada para siempre y el pueblo se asienta soberano sobre la tierra. Uno de sus primeros y más grandes actos es la puesta en vigor de una comisión para indagar en toda la gran cuestión laboral y en todos los documentos publicados por esta comisión aparecen firmados los nombres de Louis Blanc y el insurgente lionés Albert Ouvrier (obrero). No se avergüenza de su título, aunque ahora sea un gran funcionario del Estado. Ouvrier es un trabajador y se muestra orgulloso de serlo 'en cualquier compromiso, recompensa su obligación'.

“Hace sesenta y seis años los agricultores de Francia tuvieron su revolución. Hace dieciocho años la 'respetable' clase media tuvo la suya y desde entonces ha sacado sus buenos peniques de ella, pero sobre esta tercera y última todo el mundo puede ver el sello y la impresión del hombre que la hizo: Albert Ouvrier, su marca. Nosotros tenemos que hacer todas esas revoluciones, y cuanto antes nos pongamos a ello, mejor. Esperemos, únicamente, que todo el trabajo pueda hacerse de una vez. Que las lecciones de la historia no sean totalmente inútiles.

“El detestable sistema del 'libre comercio' y la 'limpia competencia' que Louis Blanc describe como ese “engañoso sistema que deja sin límite todos los tratos pecuniarios entre hombre y hombre, que deja al pobre a merced del rico y a la avaricia que espera promete su hora y la fácil victoria sobre el hambre que no puede esperar”, el sistema, que procura que Mammon y no Dios o la Justicia gobierne este mundo – en una palabra, el sistema inglés o del hambre – debe ser abolido totalmente; y serán necesarias para hacerlo tres revoluciones, o tres veces tres.”

Así escribía Mitchell cuando, encendido de un sagrado odio hacia la tiranía, vertía el vitriolo de su escarnio sobre todos los pedantes que se pavoneaban a su alrededor, pedantes que eran tan inescrupulosos en pulir una frase para una lectura como una espada para un desfile – e incapaces de avanzar más allá de cualquiera de ellas.

Su alegría era, lo sabemos, en cierto modo prematura, ya que el Gobierno que aprobó la ley era él mismo un gobierno capitalista y tan pronto como se vio suficientemente fuerte y se había ganado al ejército, derogó sus propias leyes y suprimió, con el más espantoso derramamiento de sangre, la insurrección de Junio

de los obreros que intentaban imponer su cumplimiento. Es esta última insurrección la que Mitchell denuncia en su Diario de la Cárcel cuando, seducido por las informaciones pervertidas de los periódicos ingleses, anatematiza a los mismos hombres a quienes había alabado valiente y justamente en su artículo cuando tenía a su alcance fuentes de información más completas. Pero otro revolucionario, Devin Reilly, en el "Irish Felon", valoró más correctamente la posición de los insurgentes de Junio y apreció el hecho de que Irlanda requiriera para su redención algo de mayor alcance, algo que hiciese vibrar fibras más profundas de acción humana, algo más a tono con las enseñanzas que inspiraron a los heroicos obreros de Francia que lo que podía encontrarse en la "probidad personal", los "altos principios", la "alcurnia aristocrática" o la "eminente respetabilidad" de unos cuantos dirigentes.

Cuando Mitchell fue detenido y su periódico suprimido, surgieron otros dos periódicos para tomar el puesto de peligro que quedó vacante de aquel modo. Uno "The Irish Tribune", representaba al elemento que defendía el "derecho moral de la insurrección", y el otro "The Irish Felon", encarnaba las ideas de aquellos que insistían en que la conquista inglesa de Irlanda era doble, social o económica, y política, y que por consiguiente la revolución debe tener esos aspectos. Estos últimos tuvieron en todo momento la mayor simpatía por los movimientos de la democracia de la clase obrera en su patria y en el extranjero. John Martin editó el "Irish Felon", siendo James Fintan Lalor y Devin Reilly sus escritores principales. Reilly, oriundo de Monaghan, había sido desde hacía mucho tiempo un atento observador y simpatizante de los movimientos de la clase obrera y de todos los proyectos de redención social. Como escritor del periódico "Nation" había aportado una serie de artículos sobre el gran socialista francés Louis Blanc, en un examen de su gran obra "Dix Ans" (Diez Años), en la cual, aunque disintiendo de los esquemas de regeneración social del "Estado Socialista" preconizados por Blanc, mostró no obstante la más penetrante apreciación de la gravedad y la universalidad de la cuestión social y comprendió el heroísmo innato y la sublimidad del movimiento de la clase obrera. Esta actitud la mantuvo hasta el final de sus días. Cuando se hallaba exiliado en América, después de la insurrección, fue elegido por los impresores de Boston para dirigir un periódico, el "Protective Unión", que habían fundado sobre los principios cooperativos para defender los derechos del trabajo, y fue así uno de los primeros pioneros del periodismo obrero en los Estados Unidos —una posición de orgullo y conformidad con un verdadero revolucionario irlandés. Como escritor en la "American Review", escribió una serie de artículos sobre la situación europea, de los cuales Horace Greeley dijo que si fuesen reunidos y publicados en forma de libro provocarían una revolución en Europa. Al comentar el levantamiento de Junio en Francia, dice en el "Irish Felon":

"No somos Comunistas —abjuros del Comunismo por la misma razón por la que abjuros de los sistemas de leyes de pobres y los sistemas basados en la soberanía absoluta de la riqueza. El comunismo destruye la independencia y la dignidad del trabajo, convierte al trabajador en un pobre del Estado y le priva de su humanidad. Pero comunismo o no, estos 70.000 trabajadores tienen un claro derecho a la existencia —tenían más derecho a la existencia que

cualquier hombre en Francia, y si hubiesen podido afirmar su derecho por la fuerza de las armas estarían plenamente justificados. El sistema social en el que el hombre que desea trabajar es obligado a morir de hambre es una blasfemia, una anarquía, no un sistema. Por el momento estas víctimas de la dominación monárquica, repudiadas por la república, están conquistadas; 10.000 fueron muertos, 20.000 enviados quizás a las Marquesas. Pero no obstante, los derechos del trabajo no han sido conquistados y no serán ni pueden ser conquistados. Una y otra vez el trabajador se levantará contra el ocioso –los trabajadores se enfrentarán con la burguesía y se enzarzarán y guerrearán con ella hasta que su igualdad se establezca no de palabra, sino de hecho.”

Este era el espíritu de los hombres agrupados en torno al “Irish Felon”, exceptuando solamente a su director. Los estudiosos del socialismo advertirán que muchos de los que más fervorosamente trabajan hoy por el Socialismo habrían abjurado, como Devin Reilly, del crudo comunismo de 1848. El hecho de insistir en el derecho absoluto de la clase obrera a conseguir su propia salvación por la fuerza de las armas si fuese necesario, es lo que ha reservado para Devin Reilly un alto lugar de honor en la estima del proletariado militante de Irlanda. El pasaje inicial de una “Proclama de los Estudiantes de Medicina de Dublín a todos los Estudiantes Irlandeses de Ciencia y Arte”, adoptada en una reunión celebrada en Northumberland Buildings, Eden Quay, el 4 de abril de 1848 y firmada por John Savage como Presidente y Richard Dalton Williams como Secretario, muestra también que entre los jóvenes educados de aquella generación había un reconocimiento general del hecho de que la lucha de Irlanda contra sus opresores estaba ligada naturalmente, y debería llevarse en conjunción con el movimiento de la democracia a escala mundial. Dice que “una guerra se libra en estos momentos en toda Europa entre la Inteligencia y el Trabajo por un lado y el Despotismo y la Fuerza por el otro”, un sentimiento que Joseph Brennan versificó en su poema sobre el “derecho divino”, en el que la excelencia del pensamiento compensa la pobreza de la poesía. Un verso dice:

“El único derecho reconocido  
por el pueblo hoy viviente  
es el derecho a obtener honor  
con el sudor del cerebro y la frente.  
El Derecho Divino del Trabajo  
es lo principal de las cosas terrenales,  
que el pensador y el obrero  
son los únicos reyes de la humanidad.

Pero la palma de honor por la exposición más clara de la doctrina de la revolución, social y política, debe ser concedida a James Fintan Lalor, de Tenakill, condado de Queen Lalor, desgraciadamente, padecía una ligera inhabilidad física que le incapacitaba para tomar otra dirección que no fuese la intelectual, un hecho, que en semejante época y entre semejante pueblo era fatal para su influencia inmediata. No obstante, encontramos en sus escritos, al

estudiarlos hoy, principios de acción y de sociedad que contienen en su seno no solamente el mejor plan de campaña conveniente para un país que busca su libertad mediante la insurrección contra una nación dominante, sino que contienen también los gérmenes de la más perfecta paz del futuro. Todos sus escritos en este período son tan iluminadores que encontramos difícil seleccionar del total algunos pasajes particulares que merezcan la reproducción más que otros. Pero como indicación de la línea argumental perseguida por este incomparable pensador y como bienvenido contraste del paralizante respeto, negatividad y reverencia hacia la institución de los terratenientes mostrados por Smith O'Brien y sus adoradores, quizá sirvan los pasajes siguientes. En un artículo titulado "La Fe de un Felón", publicado el 8 de julio de 1848, cuenta cómo intentó convertir a sus puntos a la Confederación Irlandesa y fracasó. Dice:

"Querían una alianza con los terratenientes. Decidieron considerarles irlandeses e imaginaron que podían inducirles a agitar la bandera verde. Deseaban preservar una aristocracia. No deseaban una revolución democrática, sino simplemente una revolución nacional. Yo señalé que si la Confederación, en mayo o junio del 47, hubiese puesto su corazón, mente y medios en el movimiento, lo habría llevado a la victoria y habría solucionado de una vez y para siempre todas las cuestiones entre nosotros e Inglaterra. Las opiniones que entonces mantuve, y en las que todavía me mantengo firme, son éstas:

"1. Con el fin de salvar nuestras propias vidas, los campesinos que ocupan el suelo de Irlanda deberán, el próximo otoño, rechazar todas las rentas y atrasos de renta debidos entonces, excepto el valor del superávit del producto de la cosecha que quede en sus tierras después de haber deducido y reservado una' provisión conveniente y completa para su propia subsistencia durante los próximos doce meses siguientes.

2. Que deberán negarse y resistirse a ser convertidos en mendigos, sin tierra y sin hogar, bajo los efectos de la ley de expulsión inglesa.

3. Que deberán después, por principio, negarse a entregar toda renta a los actuales propietarios usurpadores hasta que el pueblo, los verdaderos propietarios (o soberanos, en lenguaje legal) hayan decidido, en congreso o convención nacional, qué rentas hay que pagar y a quién hay que pagarlas.

4. Y que el pueblo, por exigencias de política y economía, deberá decidir (como regla general que admite salvedades) que estas rentas les sean pagadas a ellos mismos, el pueblo, para fines públicos y en provecho y beneficio propios, de todo el pueblo general."

"Me han dicho que semejante guerra, sobre los principios que propongo, sería detestada por Europa. Yo afirmo lo contrario; digo que semejante guerra se propagaría por toda Europa. Anotad las palabras de esta profecía: el principio que propongo afecta a las bases mismas de Europa y tarde o temprano hará que Europa se levante. La humanidad será, a pesar de todo, dueña

de la tierra. El derecho del pueblo a hacer las leyes: esto produjo el primer gran terremoto moderno, cuyos golpes latentes, aun ahora, se levantan en el corazón del mundo. El derecho del pueblo a poseer la tierra: esto producirá el próximo. Preparad vuestras manos y las manos de vuestros hijos, caballeros de la tierra, porque vosotros y ellos tendréis que usarlas.”

El párrafo es importante para demostrar que Fintan Lalor, como todos los revolucionarios verdaderamente peligrosos de Irlanda, defendía sus principios como parte del credo de la democracia mundial y no simplemente como algo aplicable sólo a los incidentes de la lucha de Irlanda contra Inglaterra. Pero esta última es la interpretación que los políticos e historiadores de la clase media de Irlanda han pretendido dar a sus enseñanzas, tras el fracaso de su intento, permanente durante medio siglo, de ignorar o suprimir toda referencia a su contribución a la literatura revolucionaria irlandesa. Es de esperar que la democracia de la clase obrera de Irlanda, por su parte, sea tan insistente en afirmar la universalidad de las simpatías de Lalor como lo son sus compatriotas burgueses en negarla. La clase obrera accedería inútilmente a mancillar su propia memoria si permitiese la castración del mensaje de este apóstol irlandés del socialismo revolucionario. Y al poner de relieve sus simpatías católicas, así como el rigor de su penetración en la estructura social, esa clase obrera hará bien en confrontar el patriotismo apóstata de los políticos y antisocialistas de Irlanda con el siguiente pasaje brillante de la obra ya citada, mostrando así cómo Lalor respondía al alegato de quienes le pedían que moderase o modificase su posición predicándola como una necesidad de la situación entonces desesperada y no como un principio universal.

“Yo confirmo y estimo la opinión de la completa y desesperada necesidad de fortificar su reivindicación (de Irlanda), pero no que se fije ahí. Yo la hago descansar no sobre condiciones temporales y pasajeras, sino sobre principios que son permanentes, imperecederos y universales —aprovechables en todas las épocas y en todos los países, así como en el nuestro. Yo penetro en el estrato superior de las circunstancias ocasionales y cambiantes con el fin de apoyarme y basarme en la roca que hay debajo. Yo planteo la cuestión en su forma eterna: la forma en la que por frecuente que sea su supresión temporal jamás podrá ser sometida, sino que permanecerá y retornará, sobreviviendo y perdurando más que la cobardía y la corrupción de generaciones. La veo como la ven las edades: no a través de las nieblas de un hambre, sino con las luces vivas del firmamento.”

A través de tales luces vemos hoy las enseñanzas de Fintan Lalor, con el resultado de que, a medida que se aleja de nosotros en el tiempo, su grandeza como pensador es cada vez más reconocida; su forma se alza más clara y más distinta ante nuestros ojos, del mismo modo que los pequeños agitadores y charlatanes rebeldes que parecían dominar el escenario en ese período histórico se hunden en su justo lugar como factores inconscientes del plan imperial británico de conquista por el hambre. Condenados por el fatal don de la elocuencia, nuestros Girondinos irlandeses de la Confederación dominaron el ánimo del pueblo irlandés y se embriagaron ellos mismos

hasta el punto de incapacitarse para pensar seriamente; borrachos de palabras, no pudieron comprender que las ideas originadas por Fintan Lalor y adoptadas y expuestas en parte con tanta fuerza dramática por Mitchell, eran una amenaza más seria contra el odiado poder de Inglaterra que cualquier sueño de que una unión de clases pudiese materializar nunca sobre el suelo irlandés; los huesos de las víctimas del hambre blanqueando en cada colina y valle irlandeses o sacudiéndose en cada cala del Atlántico, fueron el precio pagado por Irlanda por la elocuencia de sus rebeldes y su despreciativo rechazo de las enseñanzas socialistas de sus pensadores.

## Capítulo XV

### Algunos otros pioneros irlandeses del movimiento socialista

*“El Sermón de la Montaña puede regir este mundo o puede no hacerlo. El diablo tiene derecho a regir, si le dejamos, pero no tiene derecho a llamar Civilización Cristiana a su Gobierno”*

**John Boyle O'Reilly.**

Volviendo la vista a ese memorable período (después del 48), ahora podemos ver que habían perecido para esa generación todas las esperanzas de un movimiento revolucionario, habían sido estranguladas en los brazos amorosos de nuestros girondinos; pero ese hecho, lógicamente, no estaba tan claro para los hombres de la época. No es de extrañar, por tanto, que no cesase la actividad periodística de los revolucionarios con la supresión del *United Irishmen*, el *Irish Tribune* o el *Irish Felon*. Una pequeña publicación fugitiva denominada *Irish National Guard*, editada al parecer por un grupo de valerosos trabajadores de Dublín con opiniones avanzadas, tuvo una movida existencia defendiendo la causa de la revolución, y en enero de 1849 salió otro periódico, *The Irishman*, de Bernard Fullam, que había sido director comercial del Nation. Fullam inició también una nueva organización, la “Asociación Democrática”, descrita como “una asociación de fines casi enteramente socialistas y revolucionarios”. Esta asociación se extendió también entre los obreros irlandeses de Gran Bretaña y contó con el apoyo y el respaldo cordiales de Feargus O'Connor, que vio en ella la realización de su tan ansiado sueño de un programa común que uniese a las democracias de Irlanda y Gran Bretaña. Pero el tiempo de la revolución había pasado y era demasiado tarde para que los revolucionarios de la clase obrera reparasen el daño hecho por las doctrinas de la clase media. El periódico murió en mayo de 1850, después de una existencia de diecisiete meses. Entre sus colaboradores estaba Thomas Clarke Luby, posteriormente uno de los principales escritores del equipo del *Irish People*, órgano de la Hermandad Feniana, un hecho que explica en gran parte la

doctrina avanzada defendida por ese periódico. Otro miembro del equipo del *Irishman* en aquellos días fue Joseph Brennan, a quien hemos citado ya como escritor en el *Irish Tribune*. Brennan emigró finalmente a América y colaboró ampliamente en las páginas del "Delta" de Nueva Orleans, mostrando muchos de los poemas que publicaron en ese periódico los efectos de su anterior asociación con las corrientes del pensamiento social revolucionario de Irlanda.

Antes de abandonar este periódico, debemos decir unas palabras sobre la impresión que los exiliados de la clase obrera irlandesa dejaron en el movimiento obrero de Gran Bretaña. Un escritor inglés, H. S. Foxwell, ha dicho que "la propaganda socialista ha sido realizada principalmente por hombres de sangre celta o semita", y, aunque pueda no ser válida como afirmación general, al menos es cierto que a los hombres de sangre celta de los países de habla inglesa se les debe la mayor parte de la propaganda inicial de la concepción socialista de la sociedad. Ya nos hemos referido a Feargus O'Connor; otro irlandés que dejó su nombre profundamente grabado en las estructuras iniciales del movimiento obrero y socialista de Inglaterra como autor y dirigente cartista fue James Bronterre O'Brien. Entre sus obras más conocidas están: "Surgimiento, progreso y fases de la esclavitud humana: Cómo vino al mundo, y cómo puede ser expulsada de él", publicada en 1830; "Proclama al pueblo oprimido y engañado de Gran Bretaña", 1851; "Cartas Europeas; y las páginas del *National Reformer*, que fundó en 1837. Defensor en un principio de la fuerza física, se entregó en sus últimos días casi exclusivamente al desarrollo de un sistema de bancos agrarios, en el que creía haber encontrado un camino para escaparse del poder político y militar de la clase capitalista. Se afirma que Bronterre O'Brien fue el primero que acuñó en Inglaterra la definición de social-demócrata como apelativo de los partidarios del nuevo orden.

Un apóstol irlandés anterior del movimiento socialista de la clase obrera, John Doherty, es mucho más conocido por la nueva generación que O'Brien, si bien sus métodos contenían más las características del estadista revolucionario constructivo y su mensaje era igualmente claro. Al parecer fue una figura casi dominante en el movimiento obrero de Inglaterra e Irlanda entre el año 1830 y 1840, que no perdió mucho tiempo en el desarrollo de las teorías socialistas, sino que dedicó todas sus energías a organizar a la clase obrera y enseñarle a actuar por propia iniciativa. Fue Secretario General de la "Federación de Sociedades del Hilado", que se proponía unir a todas las industrias textiles en un gran sindicato industrial nacional y que se extendió por toda Gran Bretaña e Irlanda; fundó una "Asociación Nacional para la Protección del Trabajo", que dirigió sus esfuerzos hacia la construcción de un sindicato de la clase obrera efectivo tanto para fines económicos como políticos, y llegó a tener 100.000 miembros, dirigiéndole una solicitud de afiliación en bloque los gremios de Belfast; fundó y dirigió un periódico, "La Voz del Pueblo", en 1831, que aunque costaba siete peniques el ejemplar alcanzó una circulación de 30.000, y se dice que "prestaba gran atención a la política Radical y al progreso de la revolución en el continente". En su "historia del Sindicalismo", Sidney Webb cita a Francis Place —el hombre mejor informado sobre el movimiento obrero en la Inglaterra de su época—, quien declara que durante la crisis del Proyecto de

Ley de Reforma inglés de 1832, Doherty, en vez de desviarse, como muchos dirigentes del movimiento obrero, para agruparse junto a los reformadores de la clase media, “aconsejaba a la clase obrera aprovechar la ocasión para una Revolución Social”. Esta era, verdaderamente, la tónica del mensaje de Doherty; cualquier cosa que hubiese que hacer la haría la clase obrera. Le resumen como un hombre de “amplia información, gran sagacidad natural y propósitos de vasto alcance”. Nació en Lame en 1799.

Otro Doherty Hugh alcanzó alguna prominencia en los círculos socialistas de Inglaterra, y nos lo encontramos en Londres, en 1841, dirigiendo un periódico socialista, *The Phalanx*, dedicado a la propagación de las opiniones del socialista francés Fourier. Tuvo poca influencia en el movimiento obrero debido a su actitud extremadamente doctrinaria, pero parece haber tenido difusión y corresponsales en Estados Unidos. Fue uno de los primeros periódicos compuestos en tipografía y uno de sus números contiene una minuciosa descripción de la máquina, que hoy constituye una curiosa lectura.

En general, el efecto de la gran afluencia de trabajadores irlandeses en el movimiento obrero inglés ha sido beneficioso. Es cierto que su competencia en la busca de empleo tuvo, en un principio, gravísimas consecuencias en los salarios, pero, por otra parte, un estudio de la literatura fugaz del movimiento de esa época muestra que los exiliados de la clase obrera irlandesa estaban activos y presentes en las filas del movimiento obrero militante en número desproporcionado al porcentaje de población que significaban. Y eran siempre los avanzados, los menos dispuestos a las componendas, el elemento más irreconciliable del movimiento. Desde luego que a los sectarios y filósofos socialistas no les gustaban los irlandeses —Charles Kingsley, esa curiosa combinación de prelado, socialista, chovinista y virulento fanático, apenas puede mantenerse en los límites del lenguaje decente cuando lleva un irlandés al hilo de sus narraciones—, pero la aversión estaba producida por su miedo a la impaciencia ante el compromiso y el ansia de acción de los obreros irlandeses. Y por tanto, las mismas cualidades que hicieron al obrero irlandés apreciado como el rebelde más activo contra la iniquidad capitalista, le privó de los afectos de aquellos cuya posición social les capacitó para convertirse en los historiadores de su movimiento.

## Capítulo XVI

### **La clase obrera: heredera de los ideales irlandeses del pasado, depositaria de las esperanzas del futuro**

*“¿Es cristiano morir de hambre, doblegarse, ceder  
como ante un alto mandato consagrado,  
alabando las antiguas máximas, 'La debilidad es fuerza'  
y 'Venga lo que sea'?  
¡Oh textos de envilecimiento! ¡Oh credo de profunda vergüenza!  
¡Oh evangelio de triple infamia!  
Quien golpea cuando es golpeado y toma cuando se muere de hambre  
no es rebelde a los ojos del Señor.”*

J. F. O'Donnell.

Este libro no aspira a ser una historia de las clases trabajadoras de Irlanda; es más bien un memorial de las clases trabajadoras en la historia de Irlanda. Por esta razón, en el plan del libro se ha evitado cualquier intento de tratar en detalle el crecimiento, desarrollo o decadencia de la industria en Irlanda, excepto cuando afectaba a nuestro argumento general. Este argumento nos pedía una explicación de la posición del trabajo en las grandes épocas de nuestra historia moderna y la actitud de los dirigentes irlandeses hacia las esperanzas, aspiraciones y necesidades de los que viven de su trabajo. Ocasionalmente, como cuando analizamos la "prosperidad" del Parlamento de Grattan y la decadencia del comercio irlandés a continuación de la Unión Legislativa de 1800, nos hemos visto obligados a examinar las causas fundamentales que provocan el progreso industrial o comercial de algunas naciones y el retroceso de otras. No hacemos ni pedimos justificación alguna; era imposible dar a nuestros lectores una idea clara de la posición histórica del trabajo en cualquier momento dado sin explicar las causas económicas y políticas que contribuyeron a hacer posible o necesaria su actitud. Por la misma razón, ha sido necesario algunas veces volver sobre nuestros pasos en algún período ya cubierto, con el fin de llamar la atención sobre una fase del tema, cuya introducción en la narración previa habría desfigurado la visión de la cuestión entonces en examen. De este modo, no hemos tratado el origen del sindicalismo en Irlanda, aunque en el curso de nuestro estudio hemos mostrado que los gremios irlandeses estaban bien organizados. Ni estamos ahora preparados para entrar en ese tema. Quizá en algún momento más propicio podamos examinar los materiales que tratan el asunto y trazar el crecimiento de esa institución en Irlanda. Por el momento es suficiente con afirmar que los gremios existían en Irlanda, al igual que en el continente e Inglaterra, durante los días católico-romanos anteriores a la Reforma; que después de la Reforma esos gremios se convirtieron en exclusivamente protestantes e incluso anticatólicos bajo jurisdicción inglesa; que continuó negándose la admisión de católica y que esos viejos gremios fueron abolidos oficialmente por decreto en 1840. Pero los trabajadores católicos y protestantes excluidos de la afiliación gremial (sólo eran elegibles los episcopales), a pesar de todo se organizaron y fueron sus uniones gremiales (**trade unions**), las que dominaron el mundo laboral para ira de capitalistas, terratenientes y disgusto de gobiernos. Una característica notable e instructiva de su organización en la ciudad y el campo fue la circunstancia de que cualquier intento de rebelión política en Irlanda era siempre precedida por desarrollo notable de malestar, descontento y conciencia de clase entre sus miembros, demostrando que en el pensamiento del previsor obrero irlandés la esclavitud política y la esclavitud social estaban muy íntimamente relacionadas. En el *Dublin Chronicle* del 28 de enero de 1792, se informa de una gran huelga de los oficiales de sastre de

Dublín, en el curso de la cual, se dice, sastres armados acudieron a los talleres de Messrs. Miller, en Rose Lane; Leet, en Merchant's Quay; Walsh, en Castle Street, y Ward, en Cope Street, atacaron a ciertos esquirols que trabajaban allí, les cortaron las manos a dos y a otros los arrojaron al río. En un número posterior del mismo período se informa de cómo la unidad de reclutamiento de Su Majestad, cogió a unos cuantos porteadores de carbón (obreros portuarios) con la intención de obligarles a prestar servicio en la Marina, y cómo los obreros organizados de los muelles, al enterarse, reunieron a sus miembros y, marchando sobre la caseta de guardia donde se hallaban detenidos aquellos hombres, la atacaron, derrotaron a la guardia y pusieron en libertad a sus camaradas. En el mismo periódico, el 3 de enero de 1793 hay una carta de un "caballero residente en Carrickmacross, condado de Monaghan, que describe cómo una partida armada de Defensores desfilaron por esa ciudad, en camino hacia Ardee, cómo se llamó al ejército para atacarles y unos cuantos fueron muertos. El 24 de enero de 1793, otro corresponsal nos cuenta cómo tuvo lugar una batalla entre Bailieborough y Kingscourt, condado de Cavan, "entre esas personas que se autodenominan defensores y una parte del ejército", en la que murieron dieciocho trabajadores, cinco resultaron gravemente heridos y treinta fueron hechos prisioneros "y encerrados en la cárcel de Cavan". Hay también, el 23 de julio de 1793, el siguiente relato de una batalla en Limerick:

"Anoche oímos que llegó un mensajero de Limerick con el siguiente aviso: que la noche del sábado una turba de 7 u 8.000 personas atacó dicha ciudad e intentó quemarla; que el ejército, la guardia nacional y los ciudadanos se vieron obligados a unirse para rechazar a esos atrevidos ofensores y sacar la artillería a las calles, y que tras una fuerte y obstinada resistencia los insurgentes fueron dispersados con pérdidas de 140 muertos y varios heridos". Batallas similares entre el campesinado y la soldadesca, apoyada por los terratenientes locales, tuvieron lugar en el condado de Wexford.

En el informe del Comité Secreto de la Cámara de los Comunes, 1793, al hablar de los Defensores (que, como hemos dicho antes, eran los trabajadores organizados que se esforzaban por mejorar sus condiciones por los únicos medios que tenían abiertos), dice: "primero aparecieron en el condado de Louth", "pronto se extendieron por los condados de Meath, Cavan, Monaghan y partes adyacentes", y "sus medidas parecen haber estado concertadas y conducidas con el mayor secreto y un grado de regularidad y sistema no usual en gente de tan humilde condición y como si estuviesen dirigidas por hombres de un rango superior."

Todo esto sucedía, téngase en cuenta, en la víspera de la lucha revolucionaria de 1798, y muestra cómo las luchas de clase de los obreros irlandeses formaron la escuela preparatoria del esfuerzo insurreccional.

Ya hemos dicho que el prolongado esfuerzo de la lucha contra los diezmos y el espíritu militante de los gremios irlandeses y los hombres de Ribbon proporcionaron el material revolucionario de 1848, del cual fueron incapaces de hacer uso Smith O'Brien y sus seguidores. En el siguiente período revolucionario,

conocido como la Conspiración Feniana, se advierte la misma coincidencia de sentimiento militante de clase y nacionalismo revolucionario. En verdad, no es extraño que los verdaderos nacionalistas de Irlanda, los separatistas, hayan sido siempre hombres de amplias simpatías humanas e intensa democracia, porque fue siempre en el corazón de la clase obrera, de su patria, donde encontraron el apoyo más leal y en la clase obrera extranjera sus defensores más resueltos.

La Hermandad Feniana se estableció en 1857, según la declaración del señor John O' Mahon, uno de sus dos jefes, siendo el otro James Stephens. De O'Mahony dice el señor John O'Leary, en sus *Memorias de los Fenianos y del Fenianismo*, que era un demócrata avanzado de opiniones socialistas, y W. A. O'Connor, en su *Historia del Pueblo Irlandés*, declara que tanto O'Mahony como Stephens habían entrado en las sociedades secretas de Francia, O' Mahony por "simple simpatía". Una confirmación posterior de este punto de vista sobre el carácter de los hombres responsables de la Sociedad Feniana se halla en un pasaje de un periódico establecido en defensa de los intereses del fenianismo y editado en Londres, después de la supresión del órgano de la Hermandad, "The Irish People", en Dublín, en 1865. Este periódico, *Flag of Ireland* (Bandera de Irlanda), citando al corresponsal en París, del *Irishman*, dice el 3 de octubre de 1868:

"Tuvo su surgimiento en el Barrio Latino de esta ciudad, cuando John O'Mahony, Michael Doheny y James Stephens estuvieron exiliados en ella después del 48.

"Este fue el triunvirato de cuyos cerebros conspiradores salió la idea del fenianismo. O'Mahony, profundo conocedor de Irlanda y amante de sus tradiciones, inventó el nombre de la nueva sociedad; Doheny, con su obstinado, agudo y vigoroso carácter, le imprimió gran parte de la fuerza que le dio vida, pero a Stephens se debe la dirección que tomó de simpatía con los movimientos de la Revolución en el continente. Este vio que la cuestión irlandesa ya no era una cuestión religiosa; su sentido común era también demasiado grande para permitirle considerarla una cuestión de raza; sintió que se trataba de la vieja lucha que agitó a Francia a finales del siglo pasado llevada a un nuevo terreno; las fuerzas opuestas eran las mismas, con esta diferencia, que en Irlanda el pueblo no tenía el consuelo, en todo caso, de saludar como compatriotas a sus tiranos."

La circunstancia de que el general escogido por Stephens como comandante en jefe del ejército republicano irlandés fue nada menos que un carácter como el del general Cluseret, que, posteriormente, sería comandante en jefe de los Federados, durante la Comuna de París, dice más en favor de los principios de los hombres que fueron los cerebros del movimiento feniano que cualquier testimonio de subordinados.

Coincidente con el inicio del fenianismo en 1857, comenzó en Irlanda una decidida agitación laboral que culminó en un vigoroso movimiento de los aprendices de panaderos contra el trabajo nocturno y en favor de una reducción de las horas de trabajo. Se celebraron grandes reuniones en todo el país durante los años 1858-60 en las cuales los derechos de trabajo se afirmaron con gran vehemencia y se expuso y denunció la tiranía de los

empresarios irlandeses. En Wexford, Kilkenny, Clonmel y Waterford se abolió el trabajo nocturno y se estableció el trabajo diurno. El movimiento fue considerado tan serio, que se constituyó un Comité Parlamentario para investigarlo; de su informe, según lo cita Karl Marx en su gran obra sobre el "Capital", tomamos los extractos siguientes:

"En Limerick, donde quedó demostrado que los males de los aprendices eran excesivos, el movimiento había sido derrotado por la oposición de los maestros panaderos, siendo los maestros molineros los máximos oponentes. El ejemplo de Limerick provocó un retroceso en Ennis y Tipperary. En Cork, donde tuvo lugar la mayor manifestación posible de malestar, los maestros, haciendo uso de su poder de expulsión del trabajo, han derrotado al movimiento. En Dublín los maestros panaderos han ofrecido la oposición más decidida al movimiento y, al despedir a tantos aprendices promotores como pudieron, han conseguido llevar a los hombres a la aquiescencia con el trabajo dominical y el trabajo nocturno, contrarios a sus convicciones.

"El Comité cree que las horas de trabajo están limitadas por leyes naturales que no pueden ser violadas con impunidad. Que el hecho de que los maestros panaderos indujeran a sus trabajadores, mediante el miedo a perder el empleo, a violar sus convicciones religiosas y sus mejores sentimientos, a desobedecer las leyes de la tierra, a despreciar la opinión pública, está calculado para provocar el sentimiento de malestar entre aprendices y maestros, y proporciona un peligroso ejemplo para la religión, la moralidad y **el orden social**. El Comité cree que cualquier trabajo constante después de las doce horas diarias abusa de la vida doméstica y privada del trabajador y lleva pues a desastrosos resultados morales, interfiriendo en el hogar de cada hombre y el abandono de sus deberes familiares como hijo, hermano, marido o padre. Que el trabajo por encima de las doce horas tiene una tendencia a minar la salud del trabajador y lleva pues a la vejez y la muerte prematuras, con gran daño para las familias de los trabajadores así privadas del cuidado y el apoyo del cabeza de familia cuando más falta hace."

El lector observará que las ciudades donde este movimiento era más fuerte, donde los obreros llevaron la lucha más fuerte y el sentimiento de clase era más elevado, eran los lugares donde el fenianismo estaba más desarrollado; la historia testimonia que Dublín, Cork, Wexford, Clonmel, Kilkenny, Waterford y Ennis y sus respectivos condados fueron los más sensibles al mensaje del fenianismo. Richard Pigott, que antes de sucumbir a la influencia del oro ofrecido por el Times de Londres tuvo una larga y útil carrera como cabeza responsable de periódicos avanzados de Irlanda, y que en calidad de tal adquirió un conocimiento de los hombres y movimientos que apadrinaba, incluye en sus "Memorias de un Periodista Irlandés este testimonio sobre el personal del Fenianismo, un testimonio, se observará, que corrobora plenamente nuestro análisis de la relación entre el movimiento revolucionario y la clase obrera:

"Es notorio que el Fenianismo fuese considerado con aversión nada disimulada, por no decir furibundo odio, no simplemente por los terratenientes y la clase dominante, sino por el clero católico, los católicos de la clase media y la gran

mayoría de las clases agrícolas. De hecho, sólo encontró apoyo entre los más jóvenes y más inteligentes de la clase trabajadora, de los jóvenes de las grandes villas y ciudades metidos en los caminos más humildes de la vida mercantil, de las clases artesana y obrera.”

Karl Marx extrae una cita de los “Informes de los Inspectores de la Ley de Pobres Sobre los Salarios de los Trabajadores Agrícolas de Dublín, 1870”, para mostrar que entre los años 1849 y 1869 mientras que los salarios en Irlanda habían aumentado en un 50 o un 60 por 100, los precios de todos los productos vitales habían más que doblado. Incluye el siguiente extracto de los cálculos oficiales de un hospicio irlandés:

<i>Coste medio semanal por cabeza</i>			
<i>Año concluido</i>	<i>Provisiones y necesidades</i>	<i>Vestido</i>	<i>Total</i>
29 sept. 1849	1 chelín = $\frac{3}{4}$ peniques	3 peniques	1 chelín = 6 $\frac{1}{4}$ peniques
29 sept. 1869	2 chelines = 7 $\frac{1}{4}$ peniques	6 peniques	3 chelines = 1 $\frac{1}{4}$ peniques

Los hechos demuestran que el período en el que el movimiento Feniano obtuvo su influencia sobre las masas irlandesas, en las ciudades los obreros andaban metidos en feroces luchas con sus empresarios y el precio de todas las necesidades vitales había aumentado el doble –dos causas suficientes para producir el fermento revolucionario, incluso, en un país que no tuviese la justificación histórica para la revolución poseída por Irlanda. Gran Bretaña se hallaba también en los dolores de una feroz agitación, como resultado del terrible sufrimiento de la clase obrera resultante de la crisis industrial de 1866-67. El *Morning Star*, un periódico de Londres, declaraba que en seis distritos de Londres 15.000 obreros se hallaban en una situación de indigencia con sus familias; el *Reynold's Newspaper*, el 20 de enero de 1867, recogía de un gran cartel, que según dice se hallaba pegado por todo Londres, las palabras: “Bueyes Gordos - Hombres Hambrientos: los bueyes gordos en sus palacios de cristal, han ido a alimentar al rico en sus lujosas residencias, mientras que a los pobres hambrientos se les deja pudrirse y morir en sus miserables cuevas”, y comentaba que esto recuerda una de las asociaciones secretas revolucionarias que prepararon al pueblo francés para los acontecimientos de 1789. En este momento, mientras los obreros ingleses con sus esposas e hijos mueren de frío y hambre, hay millones de dinero inglés --el producto del trabajo inglés--, invirtiéndose en empresas rusas, españolas, italianas y otras empresas extranjeras”. Y el “Standard” de Londres, el 5 de abril de 1866, declaraba: “un espantoso espectáculo se vio ayer en una parte de la metrópoli. Aunque los miles de parados del East End no desfilaban en maese con sus banderas negras, el torrente humano era bastante impresionante. Recordemos por qué sufre esta gente. Se mueren de hambre. Ese es el hecho simple y terrible. Hay 40.000 de ellos. En nuestra

presencia, en un barrio de esta maravillosa metrópoli, están atestados; junto a la enorme acumulación de riqueza nunca vista en el mundo; cara a cara con ella, se hallan 40.000 personas desamparadas, hambrientas. Estos miles están penetrando ahora en los, demás barrios.”

“Esta situación de hambre y rebelión en Gran Bretaña nos ofrece una explicación del curioso fenómeno, mencionado por A. M. Sullivan en *New Ireland*, de que los periódicos constitucionalistas o del Home Rule llevasen fácilmente su lucha en la misma Irlanda contra el *Irish People*, mientras que en Gran Bretaña un periódico feniano barría del camino a sus competidores irlandeses. Los exiliados de la clase obrera irlandesa en Gran Bretaña vieron que las aspiraciones nacionalistas de su raza apuntaban hacia la misma conclusión, llamaban a la misma acción que los intereses materiales de su clase, es decir, la completa destrucción del gobierno capitalista y de la tiranía nacional y social sobre la que éste descansaba.

Cualquier lector que esté atento a los poemas de J. E. O'Donnell —como por ejemplo “El desván del artesano”, que expresa en palabras el ardiente estado de ánimo de un artesano feniano de Dublin, *en paro*, junto al lecho de su mujer moribunda por hambre—, o la poesía dulcemente suplicante de J. K. Casey (Leo), no puede sorprenderse de la cálida recepción que tuvieron en Gran Bretaña los periódicos que contenían tales enseñanzas entre los hombres y las mujeres de la raza irlandesa y de una clase sometida.

Así como el año 98 fue una expresión irlandesa de las tendencias encarnadas en la Primera Revolución Francesa, así como el 48 vibró de simpatía hacia los levantamientos democráticos y sociales del continente de Europa e Inglaterra, del mismo modo el Fenianismo fue una vibración del corazón irlandés sensible a las pulsaciones del corazón de la clase obrera europea que produjeron, en otro lugar, la Asociación Internacional de Trabajadores. Ramas de esa Asociación florecieron en Dublín y Cork hasta después de la Comuna de París, y resulta un estudio interesante trazar la analogía entre el curso de desarrollo del movimiento socialista de Europa después de la Comuna y el de la causa revolucionaria irlandesa, después del fracaso del 67. En ambos casos contemplamos el abandono de la insurrección y la iniciación de una lucha en la que la clase sublevada, aunque apuntando hacia la revolución, renuncia conscientemente al arbitraje de una lucha armada. Cuando los nacionalistas revolucionarios unieron su destino con el de la Liga Agraria irlandesa e hicieron de la lucha agraria la base de su guerra, no sólo se pusieron en contacto nuevamente con esas canteras inagotables de los intereses materiales, de los cuales todos los grandes estadistas irlandeses, desde St Lawrence O'Toole a Wolfe Tone, sacaron las piedras con las que construyeron el edificio de una organización patriótica militante irlandesa, sino que se situaban también, consciente e inconscientemente, de acuerdo con los principios que sirven de base e inspiran al moderno movimiento obrero.

Este hecho fue reconocido en la época por los espectadores más desapasionados. De este modo, en un libro bastante sorprendente editado en Francia en 1887 bajo el título de “*Chez Paddy*”, traducido al inglés como “*Paddy at Home*” (Paddy en casa), el autor, un aristócrata francés, el barón E.

de Mandat-Grancey, al relatar su viaje por Irlanda en 1886, en el curso del cual conoció a muchos de los dirigentes de la Liga Agraria al mismo tiempo que visitaba las mansiones de una serie de terratenientes, hace este comentario: “porque de hecho, aunque, intenten disimularlo, las demandas irlandesas, si no llegan todavía al comunismo como objetivo declarado —y todavía pueden mantener algunas ilusiones al respecto—, sin embargo es muy cierto que los métodos empleados por la Liga Agraria no serían repudiados por los más avanzados comunistas.”

Fue el reconocimiento de este hecho lo que indujo al “Irish World”, principal abogado de la Liga Agraria en América, a llevar el subtítulo de “Liberador Industrial Americano”, y a ser el intérprete del naciente movimiento obrero de aquellos tiempos, y fue también el reconocimiento de este hecho lo que impulsó a los dirigentes irlandeses de la clase media a abandonar la lucha parlamentaria tan pronto como un retroceso temporal les dio una oportunidad para aconsejar un cambio de táctica.

Temían dar pie a un espíritu de investigación de los derechos de la propiedad que no se parase en una negación de la santidad de las fortunas basadas en la renta, sino que pudiera también desafiar la justicia de las fortunas extraídas del beneficio y del interés. Instintivamente comprendieron que tal investigación revelaría que no había ninguna diferencia fundamental entre tales fortunas; que no provenían de la tierra en un caso o de los talleres en el otro, sino de la esclavitud social de la clase no poseedora, obligada a trabajar como arrendatarios en la tierra o como empleados en el taller o la factoría.

Por la misma razón, la Liga Agraria (que fue fundada en 1879 en Irishtown, condado de Mayo, en una reunión celebrada para denunciar las extorsiones de cierto cura en su capacidad de terrateniente chantajista), al comienzo había tenido que abrir brecha en Irlanda contra la oposición de toda la prensa oficial del Home Rule, y en Gran Bretaña, entre los exiliados irlandeses, había tenido que depender completamente de la defensa de los trabajadores pobres y de los socialistas ingleses y escoceses. De hecho, estos últimos fueron durante años' los principales exponentes e intérpretes de los principios de la Liga Agraria ante las masas británicas y cumplieron valerosamente su tarea en una época en que los “respetables” hombres adinerados de las comunidades irlandesas en Gran Bretaña se agachaban, temerosos del desagrado de sus ricos vecinos británicos.

Posteriormente, cuando la ola en alza de rebelión victoriosa en Irlanda obligó al Partido Liberal a dar una mezquina aquiescencia a las demandas del campesinado irlandés y cuando se consumó la alianza Home Rule-Partido Liberal, los hombres de negocios irlandeses en Gran Bretaña se pusieron al frente y se introdujeron en todos los lugares de confianza y dirección de las organizaciones irlandesas. Uno de los primeros y más amargos frutos de esa alianza fue la utilización del voto irlandés contra los candidatos de los partidos socialista y laborista. A pesar de las horrorizadas y enérgicas protestas de hombres como Michael Davitt, la sólida falange de votantes irlandeses fue lanzada una y otra vez contra los hombres que habían luchado y soportado el sufrimiento, el ostracismo y el abuso por Irlanda, en una época en que el Gobierno

Liberal atestaba las cárceles irlandesas de hombres y mujeres irlandesas cuya culpabilidad no estaba comprobada. Al maniobrar de este modo para separar a las masas irlandesas en Gran Bretaña de sus viejos amigos, los círculos socialista y laborista, y arrojarles en los brazos de sus viejos enemigos, los capitalistas liberales, los políticos burgueses irlandeses seguían muy astutamente a sus intereses de clase, incluso, cuando disfrazaban su actuación bajo el nombre de patriotismo. Obviamente, una unión del patriotismo irlandés y la actividad socialista, en caso de ser fomentada y apoyada por las organizaciones irlandesas en Gran Bretaña, no podría haber sido apartada, o no podría ser combatida del todo en Irlanda en caso de introducirse allí. De aquí su frenético e ilógico esfuerzo por torcer y distorsionar el significado de la historia irlandesa y poner la cuestión de la propiedad, su posesión y desarrollo, fuera de orden en todas las discusiones sobre la nacionalidad irlandesa.

Pero esta cuestión tan temida surge de nuevo; no morirá ni puede ser suprimida. El éxito parcial de la Liga Agraria ha efectuado un cambio en Irlanda, cuyo portento pocos comprenden. Brevemente dicho, significa que las recientes leyes agrarias que actúan contemporáneamente al desarrollo del tráfico trasatlántico, están convirtiendo Irlanda, de un país gobernado según la concepción del feudalismo, en un país que va conformándose según las leyes del comercio capitalista. Hoy, la competencia de las granjas monopolizadas de los Estados Unidos y la República Argentina es un enemigo más mortal para el agricultor irlandés que los restos morosos de la institución terrateniente o el oficialismo burocrático del Imperio británico. Ahora el enemigo es el capitalismo, llega por el océano; y cuando el agricultor irlandés ha reunido su cosecha y la ha lle vado al mercado, se encuentra con que un competidor que vive a tres mil millas bajo bandera amiga, ha vendido a un precio más bajo, arruinándole. La herejía meramente política bajo la cual los doctrinarios de la clase media disfrazaron durante casi 250 años la lucha irlandesa por la libertad, ha llegado de este modo a su fin. La lucha que emprendieron las familias tribales irlandesas contra la jurisdicción inglesa y todo lo que esta significaba, la lucha de los campesinos y trabajadores de los siglos XVIII y XIX, la gran lucha social de todas las épocas, surgirán de nuevo y tomará una nueva forma en Irlanda, para ajustarse a las nuevas condiciones. Esa guerra que la Liga Agraria emprendió y después abandonó, antes de ganarla o perderla, será emprendida por los desposeídos irlandeses a un nivel más alto, con armas más duras y un conocimiento más vasto de todos los elementos esenciales para una victoria permanente. Del mismo modo que las familias tribales irlandesas del pasado eran consideradas irlandesas o inglesas según rechazasen o aceptasen el orden social nativo o extranjero, del mismo modo que su opresión o su libertad era medida por la pérdida o recuperación de la propiedad colectiva de sus tierras, los desposeídos irlandeses de aquí en adelante basarán su derecho a la libertad no sobre la conquista o la pérdida del derecho a hablar en un parlamento irlandés, sino sobre su progreso hacia el dominio de esas factorías, talleres y granjas de las que dependen el pan y las libertades de un pueblo.

Como hemos señalado una y otra vez, la cuestión social. Toda la vieja lucha del pueblo irlandés contra sus opresores se reduce, en última instancia, a una

lucha por el dominio de los medios de vida, de las fuentes de producción, en Irlanda. ¿Quién debe poseer y controlar la tierra? ¿El pueblo o los invasores? Y si son los invasores, ¿qué grupo de ellos – la caterva *más* reciente de ladrones de la tierra o los hijos de los ladrones de una generación anterior? Estas eran las cuestiones de fondo de la política irlandesa, y todas las cuestiones restantes eran valoradas o depreciadas según la proporción en que contribuyesen a servir a los intereses de alguna de las facciones que habían tomado ya postura en su lucha alrededor de los intereses de la propiedad. Sin esta llave para el significado de los acontecimientos, esta guía para descifrar las acciones de los “grandes hombres”, la historia irlandesa no es más que un tumulto de hechos sin relación, un caos irremediable de esporádicos estallidos, traiciones, intrigas, masacres, asesinatos y guerras sin propósito. Con esta llave todas las cosas se hacen comprensibles y puede seguirse su pista desde su primer origen; sin esta llave, las oportunidades perdidas de Irlanda parecen sonrojar el rostro del obrero irlandés; con esta llave la historia irlandesa es una lámpara para sus pies en las tormentosas veredas del presente. Por claro que esto esté hoy para nosotros, es innegable que durante por lo menos 200 años todos los movimientos políticos irlandeses ignoraron este hecho y fueron conducidos por hombres que no miraban debajo de la superficie política. Estos hombres, para levantar las pasiones del pueblo, invocaban las pasiones de males sociales, como desahucios y hambres, pero para estos males proponían solamente remedios políticos, como cambios de impuestos o transferencia del sillón del gobierno (dominio de clase) de un país a otro. De aquí que no se consiguiese nada. Porque los remedios políticos propuestos no estaban relacionados con la esclavitud social que se hallaba en la raíz del asunto. Los revolucionarios del pasado eran sabios, los socialistas irlandeses hoy son más sabios. En su movimiento, el Norte y el Sur estrecharán sus manos nuevamente, se demostrará nuevamente, como en el 98, que la presión de una explotación común puede convertir en entusiastas rebeldes a una clase obrera protestante y a los católicos en fervorosos campeones de la libertad civil y religiosa, haciendo de ambos una democracia social unida.

[1] Las Leyes Brehon gobernaron la vida cotidiana y política en Irlanda hasta la invasión normanda de 1171. “Brehon” significa juez. Fueron escritas durante los años 600 y 900, se supone que reflejaban las leyes tradicionales de Irlanda.

[2] Así es como se conocía al parlamento durante el período del Reino de Irlanda, en honor a uno de los principales líderes de la oposición política irlandesa en esa época, Henri Grattan. El Reino de Irlanda abarca los años 1542 a 1547 y 1760 a 1801, en este período el país estuvo gobernado por los ingleses.

